en 1892, y á ponerlos por obra poco á poco cuando tenga de 20 á 30 años.

La dominicana Santa Catalina de Racconigi, cuyo espíritu profético puso tan en claro el célebre Pico de la Mirandola, profetizó la batalla de Cariñán, acaecida en 1544, y aseguró que unos trescientos años después de ésta (1844 ó poco después) nacería el Gran Monarca.

San Fransisco de Paula señaló igualmente una época de 400 años, desde 1489 (V. *Revelación de un Secreto*, crisis, núm. 67 y sig.), al principio del cumplimiento de su profecía.

La Virgen Santísima, apareciéndose en la Saleta el 19 de Septiembre de 1846, dijo que la época de los castigos aun duraría *más de treinta y cinco años*. No se sabe cuándo empiezan éstos, pero desde que lo dijo van ya cincuenta y cinco.

Dude quien quiera de cada uno de estos datos en particular; pero considerándolos en conjunto, no es posible dudar de que los tiempos han llegado: son fechas vencidas.

Señales y acontecimientos.

Examinando á la luz de la sana crítica las señales anunciadas por los profetas, corrobórase la certeza que dan las fechas anteriores.

San Vicente Ferrer y el Venerable Taulero anunciaron por señal la actual manera de vestir de hombres y mujeres. El Santo anunció también el estado actual de Cataluña, con otras particularidades muy notables, y el célebre Taulero anunció asímismo la confusión que reina entre los católicos y la escandalosa facilidad con que se concede y recibe la santa Comunión.

San Francisco de Paula profetizó asímismo, para el tiempo del gran hombre, lo que punto por punto

estamos viendo hacer, así á los príncipes eclesiásticos como á los civiles.

En el libro del Beato Joaquín de Flora sobre San Cirilo, se anuncia que llegará la gran época «cuando haya entre nosotros una gente comunmente llamada *sin cabeza* (esto quiere decir *anarquista*) y sin rey» *(sine duce)*, como son los republicanos y socialistas.

En la obra *Tableau des trois époques* del canónigo M. Thèard, de Nantes, leemos que la célebre profetisa conocida por «La Monja Trapista», muchos de cuyos vaticinios se han cumplido ya, dijo: «Cuando los malos hayan esparcido una grandísima cantidad de libros perversos, estarán próximos estos sucesos». Lo mismo indican otros profetas.

El piadoso vidente Soufrand, cura de Maumuson en Francia, profetizó: que «estará muy cerca la venida de este Gran Monarca, cuando el número de los legitimistas *permanecidos verdaderamente fieles*, fuese tan reducido que, á decir verdad, podrán contarse». Y tanto puede contarse hoy, que de seguro no llegan á cincuenta en toda Francia.

Áñádanse á todas esas señales las indicadas por las profecías que acabamos de copiar, y se tendrá una prueba acabada. ¿Se desea otra? Pues los acontecimientos la dan: veámoslo.

En confirmación de todo esto vienen los acontecimientos que estamos presenciando ó acabamos de presenciar, como son: Las guerras coloniales de España; la actual de los Balkanes y otras; el movimiento católico en Inglaterra, según lo predijo San Eduardo; los belicosos preparativos de Alemania; la propaganda republicana en Italia y en España; la impiedad del gobierno francés; el decaímiento de Inglaterra, y en fin, cien acontecimientos que sería pesado nombrar, todos más ó menos explícitos en las profecías.

Además, hay en éstas una particularidad muy notable, y es que llegan á Napoleón III, y unas alu-

diendo después á la tercera república y otras no, pasan todas al Gran Monarca. Entre las más notables citaremos la atribuída á San Metodio, la de Santa Hildegarda, la de Santa Brígida, la de Noel Olivario, la de Orval, que abrió los ojos á Napoleón; en fin, todas las que siguen algún orden cronológico, que son la mayoría.

Concíbese que hay profecías falsas; pero ¿dónde están las verdaderas, si se rechazan las que anuncian estas cosas, pues no se conocen otras sobre la historia de la Iglesia? ¿Y no es infalible que la profecía abunda mucho en la Iglesia? Pues ¿dónde está, repetimos, si éstas no son profecías? Algunos, como el abate Leganu, desatentado crítico que publicó contra ellas dos tomos en folio y trató de ilusos á Santos como un Bernardo, un Vicente Ferrer, una Brígida, una Catalina de Sena (*Dictionnaire des propheties*, etc., obra que poseemos y hemos leído mucho), creen haberlo dicho todo con llamarlas «profecías políticas». Pues ¿no son también políticas las del Antiguo Testamento y las del Apocalipsis?

Ahí está la profecía de San Malaquías, Arzobispo de Armagch, acerca de los Papas, que ha sido fieramente combatida. Con sólo los motes que aplica á Pío IX y León XIII, basta para tenerla por auténtica. *Cruz de cruz*: Pío IX, que tenía en sus armas una cruz, la padeció muy pesada de la casa de Saboya, que en las suyas tiene otra cruz. *Luz en el cielo*: León XIII tiene en sus armas un cometa en campo azul, y ha sido gran luz en el cielo, ó sea en la Iglesia, con sus luminosas Encíclicas sobre el orden religioso-social: ningún Papa ha derramado en esta tanta luz de doctrina. Los críticos más duros convienen en que esta profecía no es posterior al siglo XVI. Pues en verdad, tan milagroso es que esto se anunciara en el XVI por cualquiera como en el XII por San Malaquías.

Críticos hay que son los primeros en atropellar

la crítica, y bástales oír el nombre de profecía para que se burlen. Cicerón, Plutarco, Maquiavelo, Dalembert, Napoleón I, es decir, no ya santos ni católicos, sino paganos é incrédulos, dan fe de la verdad de las profecías, según vimos arriba, cap. II, art. I, y ellos se empeñan en negarlas. ¿Es racional esto?

Papas y Reyes.

Pues bien; la profecía de San Malaquías llega á León XIII, y en seguida vienen tres Papas que durarán muy poco, según algunos profetas. Son *Fuego ardiente*, *Religión despoblada* y *Fe intrépida*, durante los cuales, sea ó no sea antipapa alguno de ellos, vendrá el horroroso cisma general que tan buena preparación tiene ya. Luégo viene el *Pastor Angélico*, el Gran Papa de todas las profecías, que debe triunfar juntamente con el Gran Monarca en toda la extensión del mundo.

La profecía de Hermann de Lhenin, monje cisterciense alemán del siglo XIII, ni siquiera por los protestantes combatida, pone todos los reyes de Prusia hasta hoy, con rasgos tan notables, que más parecen de historiador que de profeta. Llega al último (el actual), profetizando la infame obra internacional que están llevando á cabo los judíos, según lo confesó no ha mucho el mismo Drumont en *La Libre Parole*, y enseguida pone la paz que dará el Gran Monarca, acabando con ella la profecía.

La de San Cesáreo, Obispo de Arlés, relativa á Francia, es también un maravilloso compendio histórico, de carácter apocalíptico. Llega á la guerra franco-alemana que describe, alude á la tercera república, y luégo «llega el noble desterrado, dice, el dado por Dios, que sube al trono de sus antepasados y obra la reforma del mundo».

Recordamos haber leído también una predicción

que enumera los sultanes de Constantinopla, llegando al actual, que es el último, y viene el Gran Monarca. No la tenemos presente ahora ni tratamos ya de consultar esa ni otras muchas análogas, porque nos extenderíamos demasiado.

Terminemos preguntando: después de tantas fechas y señales, ¿habrá quien dude de que el tiempo del Gran Monarca ha llegado ya? Si lo hay, consulte la marcha actual de los sucesos; vea, repetimos, qué significa esa espectación universal acerca de un cambio de orden social en el mundo; ese desear la paz y ese prepararse para la guerra, esa tendencia espontánea á la unidad en todo, lo mismo en ciencias que en política y gobierno, y hallará que no es posible dudar de lo que espera la humanidad en masa y de lo que á gritos dicen los acontecimientos.

¡Adoremos la Providencia de Dios! Ella lo ha de hacer todo, valiéndose de lo pequeño para confundir los planes y soberbias de los hombres que esperan lo grande de lo grande.

Voz común de los profetas es que, cuando más desolación haya, cuando más abatida esté la Iglesia y la impiedad más pujante, más próximo estará el triunfo del Gran Monarca, porque Dios quiere que brille con espléndida claridad la milagrosa intervención de su Providencia. «Cuando el aspecto de los sucesos—dice, por ejemplo, el V. P. Pechi—parezca desesperado á los ojos del mundo, entonces se hará visible y manifiesto el cambio de la situación».

Antes que el Gran Monarca se revele, es menester que venga una gran ruína religiosa y social, y estamos en víspera de ella. Sólo entonces se unirán los católicos.

(*Luz Católica*, núm. 121=29 Enero 1903).

De 1902 á 1907.

Debemos casi todas las siguientes noticias á *L' Echo du Merveilleux*, núm. de 1.° de Julio de 1903.

El abate Combe y otros comentadores del secreto de la Saleta, anuncian: unos que la subversión y reparación acontecerán de 1894 á 1899, ó de 1899 á 1904; otros que de 1900 á 1905; otros que de 1906 á 1909, y algunos dicen que de 1910 á 1915. Seguramente alguno de ellos estará en lo cierto, porque los acontecimientos se precipitan de suerte que no puede menos de esperarse una catástrofe en día cercano.

Pero hay dos predicciones que no necesitan de cálculos, porque señalan de una manera muy precisa la época de los grandes sucesos. Son la del santo Cura de Ars, que pondremos en el artículo siguiente, y la del famoso labrador y vidente Tomás Ignacio Martín, de cuya inspiración no duda nadie que conozca el desempeño de su misión en la corte de Luis XVIII, ni este mismo dejó de darle entera fe, en vista de los secretos de su corazón que le descubrió Martín. *Luz Católica* se ocupó bastante de este asunto.

Pues bien; hay una carta de Martín, de fecha 2 de Abril de 1821, acerca de un hecho muy misterioso que aconteció á él mismo, escrita á su anciano Cura el abate Laperruque, entonces retirado á Versalles. *L'Echo du Merveilleux* toma esta carta de un libro muy raro é interesante, publicado en 1832 é intitulado: *Lo pasado y lo futuro, explicados por los sucesos extraordinarios sobrevenidos á Tomás Martín, labrador de la Bauce.* —Librería de Eduard Bricón, rue du Vieux Colombier, n. 19, París.

Este libro, muy documentado y casi imposible de hallar hace ya mucho tiempo hasta en las grandes bibliotecas, está, sin embargo, en la Biblioteca Nacional de París, entre los libros reservados.

Fué compuesto muy concienzudamente y con notable crítica por el abate Perreau, *Vicario general de Monseñor el Gran Limosnero de Francia*, de 1824 á 1830. Por este título que los *Almanaques Reales* de aquella época dan al abate Perreau, se ve claro que el libro en cuestión no es una bagatela, no acoge fruslerías y cuentos de vieja, sino que es una obra verdaderamente digna de estudio. El Gran Limosnero, cuyo Gran Vicario fué el abate Perreau, era S. A. el Príncipe de Groy, Arzobispo de Roán, al cual siguió S. E. el conde Frayssinous, Obispo de Hermópolis.

Ahora bien; la carta de Martín, tal como se lee en las páginas 211 y 212 de dicho libro, dice así, fielmente traducida:

«2 de Abril de 1821.

»Monsieur: os comuniqué ya que yo vi una mano que trazó unas letras; pero no os dije qué letras eran, y os lo voy á decir. Fué trazada una cruz bastante grande, y á seguida de ella estas letras: R. M. P. G. Q. H. L. V. D. No sé si las pongo por orden. Después de trazadas estas letras, la misma mano pasó por encima de ellas y las borró. Quizá vos podáis comprender alguna cosa; yo nada comprendo; yo estaba entonces en la granja haciendo rodrigones. Nada más se me ocurre comunicaros».

TOMÁS MARTÍN. (Rubricado).

Dos páginas más adelante, el mismo libro del abate Perreau declara: que en los últimos meses de 1831 fué revelado á Martín que las nueve letras significaban *otros tantos años; el momento en que la mano permaneció inmóvil después de trazar las letras y antes de borrarlas, significaba, poco más ó menos, una duración de seis meses más*. Aquellas letras significaban también otras cosas, de las que *algunas se habían cumplido ya y otras se cumplirían.*

Siete años más tarde, en Julio de 1838, fueron dadas algunas explicaciones no menos misteriosas, pero más precisas, á un hijo de Martín, que aun vive y es un célebre homeópata, años ha muy conocido

y apreciado en París, donde llegó á tener una numerosa clientela de todas las clases sociales. A causa de sus 88 años de edad, se retiró hace poco á Nogent, en casa de uno de sus hijos. He aquí, pues, lo que no ha mucho refirió el hijo de Martín á un magistrado de Bailleul:

«En 1838, no recuerdo qué día del mes de Julio, dos personajes desconocidos llamaron á la puerta cochera de nuestra casa de Gallardón. Estaba yo levantado ya, para despertar á los demás, porque habíamos de recoger enseguida las lentejas. Fuí, pues, á abrir la puerta, y los dos personajes me preguntaron:

—¿Es esta la casa de Martín?

—Sí, les respondí; y uno de ellos añadió:

—Ya sé que murió mártir (1).—Y continuó diciendo:

—Vosotros esperáis grandes acontecimientos para 1840...; pero no habrá más que un pequeño cambio.—Después añadió:

—Vuestro padre vió trazar en 1821, estando en su granja, *nueve letras mayúsculas*. Pues bien; sabed que *cada letra representa nueve años*.

—Eso hace ochenta y un años, le respondí yo.

—Entonces será, repuso, cuando llegarán los grandes acontecimientos.

—¡Oh! exclamé; pues yo no los veré ya, porque entonces hará tiempo que me habré muerto.

—*No habréis muerto*, me replicó, VOS LOS VERÉIS.

Después me habló de las magníficas cosas que sucederán entonces: el reino glorioso de Jesucristo, el amor del Espíritu Santo en todos los corazones, etc., etc. Y como yo no comprendiese nada de todo aquello, díjeles que se fuesen á contarlo al Cura de Rambouillet, que era muy ilustrado en materias teológicas, y al efecto les mostré el camino que debían tomar.

Entonces dieron algunos pasos, y desaparecieron de mi vista como si se hubieran evaporado.

Se me olvidaba decir que uno de aquellos dos personajes desconocidos era de una hermosura admirable, de una hermosura celestial».

(1) En la noche del 8 de Mayo de 1894, día de la Ascensión, murió Martín en Chartres de manera tan extraña como trágica. *El Labrador Vidente de Gallardón*, como solían llamarle, desapareció del modo como desaparecieron, desde cuarenta años antes, muchos de los que sabían demasiado ó hablaban demasiado alto sobre la discutida y aun no demostrada evasión de Luis XVII del Temple. Cosas de los Borbones...

Hasta aquí el venerable anciano hijo de Martín, quien á sus 88 años sabe que debe vivir algunos más, pues tiene prometido ver los grandes acontecimientos. Ahora digamos algo de los pronósticos que el mismo anciano hace, fundados en la interpretación de las nueve letras que le dió uno de los desconocidos.

Estas nueve letras, significando cada una nueve años, representan *ochenta y un años*; partiendo, pues, del fin de Marzo de 1821, que fué cuando Martín las vió trazar en una pared de su granja por una mano misteriosa, venimos á parar á 1902, año en que, efectivamente, la persecución contra las Ordenes religiosas y otras impías persecuciones, ya empezadas en 1901, tomaron proporciones gravísimas, tales como en 1900 las predecía *Luz Católica*, cuando casi nadie pensaba en ellas. La gravedad no ha cesado, sino que aumenta de día en día.

Pero al llegar á 1902, fin de los 81 años de las nueve letras, tenemos todavía el momento que la mano permaneció inmóvil, antes de borrarlas, momento equivalente á *unos seis meses;* pero que muy bien podría equivaler—dice el hijo de Martín—*á un gran período de cuatro ó cinco años*, contando hasta el día en que todo el mundo debe quedar ya pacificado por obra del gran Restaurador.

«Así pues,—concluye la citada revista—este período particularmente crítico parece deba extenderse del año 1902, fecha inicial de los grandes acontecimientos predichos al casi *nonagenario hijo de Martín*, hasta principios de 1907, año en que todas las cosas deben ser restablecidas por una magnífica restauración del orden, de la justicia y de la Religión, antes vilipendiadas, odiadas, pisoteadas...

»Entretanto, por consejo del venerable anciano, lo que debemos hacer es rogar á la divina Providencia que abrevie los días de prueba, que mitigue las calamidades predichas, y que acelere la hora del triunfo final que debe seguir á los males inminentes y á las catástrofes ya inevitables».

Téngase presente que, según veremos, el despertar de la república en España es la señal profética de los

acontecimientos, y que España debe ser restaurada antes de la subversión general, pues ella, con su Gran Monarca, es la que ha de dar la paz al mundo.

En otros capítulos hablaremos aún del tiunfo de la república en España. Séanos permitido adelantar que, cuando anunciamos este triunfo por primera vez, en *Luz Católica*, no ofreciendo entonces la república ningún síntoma de próximo triunfo, sino todo lo contrario, nuestro anuncio nos valió la nota de visionarios y soñadores. Ahora todos ven lo qne entonces nadie vió fuera de *Luz Católica*; y lo chocante es que nuestros mismos detractores lo ven venir, mas no por eso dejamos de ser visionarios en su concepto.

IV

Profecías sobre nuestros tiempos.

Profecía del Venerable Taulero, Dominico.

Nos parece muy conveniente poner por extenso las principales profecías citadas en el artículo anterior, que versan sobre nuestros tiempos, y empezaremos por la del Doctor Iluminado, Venerable P. Taulero.

«El riesgo que padecemos, dice, es grande, así del cuerpo como del alma. Verdaderamente, las señales que prometen estas terribles y espantosas plagas, en parte son éstas: vestidos rasgados, breves y rotos, ya de esa forma, ya en un instante de la otra; ahora así, y al punto con abominable transformación variados con insolentes y lascivos modos. Todo lo cual sin duda procede de la sugestión de los malignos espíritus y de su introducción en los corazones de los hombres: como casi doscientos años ha predixo clarissimamente Santa Hildegardis: y profetizándolo procuró avisar al mundo.

»Qué tales han de ser las plagas susodichas, con mucha distinción las pintó la misma Santa; pero ninguno se atreve á publicarlas porque no las comprehende, y es de temer que con tal publicación se azeleren más, que se impidan; empero para que sepan y tengan entendido algunas personas pías cómo se han de portar en los tiempos de aquestas calamidades, me ha parecido proponerlas aquí debaxo de parábolas y semejanzas.

»Tirarán á nuestra Sacrosanta Fe, á los Sacramentos y á todas las ecclesiásticas y christianas Constituciones, por lo qual caerán los hombres en tal fluctuación y error, que totalmente ignorarán á quál por más segura de las católicas verdades podrán creer y en quál deberán confiar; y la razón por qué permitirá esto la Divina Justicia certísimamente es porque viviendo nosotros tanto tiempo ha tan negligente, ó por mejor decir, tan viciosamente, hemos contradicho con nuestra vida y costumbres á la misma fe, y nos hemos atrevido á tratar y recibir con tan manifiesta irreverencia, tan indigna, li-

bre é infructuosamente el dignísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesu-Christo, juntamente con todos los demás Sacramentos, y finalmente con toda la demás santidad christiana.

»Entonces, pues, amenazan grandes peligros á los torpes, viciosos y menospreciadores de la Divina inspiración. Mas los que tuvieren impressa en sus frentes la señal del Thau, esto es, todos los que por la fe viva de Jesu-Christo fueren hallados en algún principio y aprovechamiento de mejor vida, quedarán libres de estas plagas; y esto es lo que el glorioso Apóstol San Juan, en el capítulo nono del Apocalypse, asegura contando estas calamidades, aunque debaxo de obscuras palabras, pero descubiertas más claro que la luz por Santa Hildegardis.

»Demás de esto, la suma é intención del fiel y saludable consejo que nos reveló Santa Hildegardis para todos aquellos que alcanzaron aquellos peligrosos tiempos, es ésta: conviene á saber, que condescenciendo pacífica y humildemente con ánimo resignado y prontissima voluntad con su anciana y casi exausta Madre la Santa Iglesia, obedezcan con voluntaria y obediente resignación á todos sus institutos y doctrinas que públicamente hasta ahora se nos proponen en los púlpitos por los predicadores, y no den crédito á otra cualquiera persuasión, aunque un ángel del cielo lo diga ó procure persuadir fuera de lo que nos está evangelizado, como diligentemente estamos prevenidos por Nuestro Señor Jesu-Christo quando dixo: «*Sobre la Cathedra de Moyses se sentaron los escribas y fariseos, todo lo que os dixeren guardatlo y hacetlo; pero no queráis hacer según sus obras*». También San Pablo dice: «*Mas aunque nosotros ó un ángel del cielo os anunciare fuera de aquello que os hemos anunciado, sea maldito*».

»Ahora, pues, muy amados míos, estad ciertos que si no procuramos mudar en otra mejor nuestra vida, nos amenazan gravemente las calamidades dichas; de suerte que será tanta la aflicción, que nos traiga á la memoria el día del juicio; porque lo que ahora parece gozar mucha paz, se verá entonces en grandísima molestia. Serán pervertidas las palabras de Dios y casi olvidado el culto divino: unos huirán allí, otros allá, y no se podrá fácilmente saber qué fin tendrán tantas desdichas. *En medio de esto el fidelísimo Dios se reservará algún nido en que conserve y guarde los suyos.*

»Aprenda, pues, cada uno á padecer y negarse á sí mismo, escuchando dentro la voz de su Padre, atendiendo á lo que en sí le habla; y fuera la de su Madre, esto es, la Iglesia Santa, porque es una la voz de entrambos; por lo qual el que no trabajare en conocer estas voces es necesario que perezca eternamente, porque se levantará una voz falsa que inducirá

en error á todos los que no quisieren oir esta voz paternal, la cual para nosotros suena por la voz de Nuestra Santa Madre la Iglesia en todas las doctrinas, preceptos y consejos.

»¡Ay por esto! ¡y otra vez ay! de todos aquellos que á esta voz no quisieren obedecer, para que en verdad se menosprecien á sí mismos y aprendan á ser humildes, porque á éstos inspirará una voz horrenda de desesperación, diciendo unos falsos doctores que es falso y fingido cuanto los Doctores de la antigua verdad aquí han enseñado.

»Cualesquiera, pues, que en su fondo estuvieren destituídos de humildad y perseveraren por su propio sentido y beneplácito en aquellos sus engañosos y sutiles conceptos, todos éstos se precipitarán en tantos errores, que creerán que todos los ritos é institutos de la Iglesia son mentirosos y ajenos de toda verdad, lo cual verdaderamente por la mayor parte procederá de su viciosísimo fondo, y también porque estarán totalmente apartados del vivo y verdadero fondo, porque la verdadera humildad es amar á Dios de todo, en todo y por todo. Este es, muy amados míos, el verdadero fundamento de todo bien.

»¡Oh, si pudierais prevenir, carísimos, en cuántas angustias y peligros se han de ver envueltos el mundo y todos aquellos que en el centro de su alma no se llegaren puramente á Dios, ó á lo menos á sus amigos! ¡y cuán terriblemente se hará con ellos! y, finalmente, ¡cómo será pisada y ultrajada la Fe verdadera! Digo que si lo llegarais á entender, vuestros sentidos naturales de ninguna manera lo pudieran sufrir; los que alcanzaréis á vivir entonces, pensad cuánto tiempo antes se os ha dicho». (*Instituciones divinas,* cap. XLVI. Traducción del siglo XVII).

(*Luz Católica*, núm. 3=18 Octubre 1900).

Del P. Lorenzo Ricci, general de la Compañía de Jesús.

Tomamos esta profecía del *Nouveau Liber Mirabilis* de Adrien Peladán. Tal vez la crítica pueda presentar alguna objeción seria sobre si pertenece ó no al P. Ricci, por más que esto importa harto poco: ello es que, si se compara con las demás profecías, tiene todos los caracteres de autenticidad, pues con todas conviene y explica y completa muchas. Sus dos primeras partes, la una referente á la masonería y la otra al imperio napoleónico, se han cumplido al

pie de la letra; la tercera se refiere al Gran Monarca, y es como sigue:

«La asistencia de Dios se declarará precisamente en los tiempos aquellos en que llegará á creerse que el mundo entero va á derrumbarse. Habrá un cambio tan asombroso, que ningún mortal lo hubiera imaginado... La palabra del Señor, en cuanto á ser el mundo suficientemente castigado, se habrá cumplido, y entonces vendrá el Duque Fuerte, vástago de una de las nobles razas que durante muchos siglos permanecieron fieles á la religión de sus padres, y cuya casa habrá sido muy afligida y reducida por la necesidad á una dura servidumbre.

»Las manos de este Duque serán admirablemente fortalecidas, y su brazo vengará la Religión, la Patria y las Leyes. Desde que este Monarca Fuerte se dé á conocer, en general se hará causa común contra él y contra los reyes y príncipes que con él se unan. Se empleará todo el dinero y todos los medios posibles para hacerle guerra; pero él vencerá en batalla campal á sus enemigos, y los anonadará así en Oriente como en Occidente.

»Entonces la Francia, dividida y privada de toda defensa (1), verá al Duque fuerte tomar de los malos una venganza inaudita, por medio de batallas y fuego y otros castigos. El Duque Fuerte allanará todos los obstáculos, y dará una parte de su imperio, situada hacia el Norte, á un hijo de la raza de los antiguos Reyes, que arrojado de su herencia y privado de su bien propio, tuvo que huir, siendo niño, á un país extranjero.

»¡Ay de aquellos que habrán hecho traición á la flor de Lis, privada de su corona! ¡Ay de los que se habrán apoderado de un bien que no era suyo! Ya no habrá ningún nuevo Acab, ninguna nueva Jezabel. El Duque Fuerte se tomará una terrible venganza de los traidores á la Patria. ¡Ay de los reyes y de los príncipes que hubieren despojado la Iglesia y de los que se hubieren apoderado de los Estados que rigieron los antepasados del Duque! Tendrán que devolver el céntuplo; ninguna de sus casas subsistirá, y hasta sus nombres serán borrados. No podrán evitar el castigo, porque el Duque Fuerte ha jurado ante Dios que no pondrá la espada en la vaina hasta tanto que haya obtenido una reparación suficiente para la Patria ultrajada.

(1) Esto prueba que el Gran Monarca irá allí desde España con su ejército, en lo cual todos los profetas convienen, unos implícita y otros explícitamente.

»La gran Babilonia (París) será destruída. El Duque Fuerte acabará con el judaísmo y aniquilará el imperio de los turcos. Será el Monarca más poderoso del universo, y su cetro se parecerá al de Manasés, en la asamblea de los fieles que se hayan distinguido por su piedad y conducta fiel. Honrado por todas las naciones y auxiliado por un Papa santo, hará leyes nuevas y dará una nueva constitución á la sociedad».

(*Luz Católica*, núm. 16=17 Enero 1901).

La profecía de los Papas

De San Malaquías, Arzobispo de Armagh.

(1094-1148).

Es la más conocida de las profecías no canónicas, porque ha sido la más impugnada y la más victoriosa. San Malaquías anunció, uno por uno, todos los Papas que habría desde su tiempo hasta el fin de una época que generalmente se interpreta por el fin material del mundo. Con una sola frase ó divisa para cada Papa, los describió tan admirablemente, que no estando cegado por la pasión de la crítica, todo hombre un poco razonador se halla subyugado por la evidencia de la inspiración sobrenatural de esta profecía.

El Abate De la Tour de Noé publicó hace pocos años, con el título de *El fin del mundo*, un libro, una magnífica apología de la Profecía de los Papas, que no es posible leer sin convencerse. En 1895 lo tradujo al español y lo publicó en Tolosa un sacerdote, con aprobación eclesiástica. De esta traducción vamos á copiar algunos párrafos.

«En la profecía de San Malaquías el dedo de Dios está visible en todas partes; pero el del hombre en ninguna; su autoridad nunca será, pues, abolida. De todas las predicciones que la crítica de los siglos ha marcado con el sello de una veracidad perfecta, la más notable es la que de cuarenta años acá ocupa mi existencia. Desde 1853 meditamos sin cesar en esa profecía; nosotros, que la hemos estudiado cada día con constancia, ardimiento y sin pasión, la consideramos como *auténtica* y como tal la ofrecemos.

»Prevenimos todavía á sus adversarios, que no intenten atacarla si se hallan armados á la ligera. Sin embargo, la discusión está abierta. Todo el mundo puede argüir contra la tesis que sustentamos; empero, avisamos caritativamente á todos nuestros contradictores, que *no admitimos ningún* GRATIS NEGATUR, *ningún* NO *puramente gratuito*. Demostrando nuestras afirmaciones, están obligados á probar sus negaciones. En cuanto á los *mofadores de todo pelo*, les rogamos que se acuerden que *sólo los locos y los idiotas tienen derecho para reirse de lo que ignoran*.

»Jamás se borrará el espíritu profético en la Iglesia Católica. No basta el ingenio para ser profeta; sólo Dios hace los verdaderos profetas. La profecía de los Papas se ha revelado sin interrupción con una fisonomía tan augusta, presentada á todos los siglos con un viso de inspiración divina tan manifiesto, que por todas partes y siempre ha cautivado la atención de los hombres probos, serios, superiores é ilustres. Ante esta aureola de gloria y este cúmulo de documentos justificativos, será preciso que la hostilidad se calle y la crítica se incline. Yo mismo no podré ya discutir en lo sucesivo el valor de un título tan evidentemente incontrastable, á no ser por lujo y abundancia de pruebas.

»El mismo Espíritu divino que hubo dictado el Apocalipsis inspiró esta profecía, que no es otra cosa que su digno complemento. El ojo poderoso de la nueva águila de aquella isla que la poesía llama la verde Erín, vió en lontananza la serie de todos los Papas venideros, y una pluma de su ala escribió las *divisas personales* que los designan en la tierra. Con verdadero orgullo asumo el derecho de probar mi cualidad de ser su atrevido propagador; que emprendo la enumeración de los títulos de esta divina revelación como de la más indisputable autenticidad humana.

»Mi oráculo favorito acaba de verse honrado con una consagración solemne que está por encima de todas las demás. *La Civitta Cattolica*, redactada en Roma bajo los auspicios mismos del Pontífice infalible, por Jesuítas los más instruídos de la ilustre Compañía, se ha pronunciado poco ha en favor de la autenticidad de la profecía de los Papas. Sacerdotes distinguidos que obtuvieron una audiencia privada de Pío IX, me han dicho que, según las declaraciones que salieron de aquellos augustos labios, es lícito afirmar que aquel gran Pontífice admitía la *autenticidad é inspiración divina* de la profecía de San Malaquías.

»Ha sufrido, pues, la prueba que exige el Apóstol San Juan: *Probate si ex Deo sint;* «probad si los espíritus, si los profetas son de Dios». Y supuesto que es corriente para la

alta crítica que ella sale de aquella fuente elevada, hay que clasificarla, según San Pablo, entre las predicciones que no es lícito desechar. *Prophetias nolite spernere;* «no menospreciéis las profecías». Después de una semejante aprobación, no sólo es mi derecho, sino todavía un deber el creer en su autenticidad y divinidad, y presentarla como tal á todo el mundo. No dejaré de hacerlo.

Un paso más por este camino tan canónicamente aprobado, y estaré casi tentado á exclamar: ¡Si alguien se atreviese á negar que mi *fin del Mundo* sea una verdad, ANATEMA SIT; sea anatema!».

El Abate De la Tour de Noé, admirable en la defensa de la profecía de los Papas, no lo es algunas veces en interpretarla para lo futuro: lo que dice en una parte no siempre se concilia con lo que dice en otra, ni con la mente general de las profecías, que anuncian para el pontificado de *Pastor Angelicus* lo que el Abate hace empezar en *Ignis Ardens*, que es el primer Sucesor de León XIII. Esto supuesto, sigamos copiando. Los paréntesis son nuestros.

«I.—*Ignis Ardens*; el Fuego ardiente...

»Europa, extragada hoy, para no creer más que en las operaciones de bolsa y en los milagros del oro, inflamada entonces por el fervor angelical del Jefe de la Cristiandad y el ardor de la fe, se esforzará en propagarla entre las naciones infieles, según las ordenanzas del célebre Concilio comenzado bajo Pío IX y terminado por *Ignis Ardens* y los decretos del *Gran Monarca* (ya hemos dicho que todo esto será bajo otro Papa).

»Este Príncipe, según Orval, «será tan prudente y sabio», que «Dios se creerá que guerrea con él». Después de tantas victorias, «muchos sabios reglamentos atraerán la paz» al universo, por todas partes vencido. *Pax erit reddita soeculo*. Es también el parecer del sabio Holzhauser (pero no lo pone bajo este Papa) en su *Interpretación del Apocalipsis*, y de las profecías de la biblioteca de San Agustín y de Orval.

»Varios entienden (y entienden bien) por el *Fuego ardiente* la gran tempestad que se lavantará en la Iglesia Católica y los terribles combates que tendrá que librar para alcanzar tantos triunfos. *Ignis Ardens*, después de haber vivido poco, morirá santamente».

«II.—*Religio depopulata;* la Religión despoblada.

»He aquí el reinado de la revolución, y el mal progresando indefinidamente. (¿Qué se han hecho, pues, todas aquellas

venturas del pontificado de *Ignis Ardens*?)... Permitirá Dios que los hijos de Mahoma, en alianza con una nación inmunda y feroz (Alemania. *Luz Católica* ha tratado mucho de esto), venida de lejanas regiones, caiga sobre los católicos y los despoje y degüelle como un rebaño de tímidas ovejas. Serán para los cristianos días de mortandad y de crueles pruebas. Este es el sentir de Santa Hildegarda y del piadoso Holzhauser (y de San Vicente Ferrer y otros muchos profetas).

»Me inclino respetuosamente ante estas autoridades, admitiendo que el dragón de Turquía, antes de abandonar á Europa, tendrá más valor, un acceso de rabia y esfuerzos de un jabalí acosado.

»Todavía se han omitido otras muchas opiniones sobre este Pontífice de terrible divisa. Paréceme que este lúgubre emblema se verificará por las matanzas que diezmarán los católicos, por todas partes perseguidos, y *despoblarán* así la religión de Cristo. Este pontífice, inconsolable por la muerte de sus numerosos hijos, sucumbirá de dolor». (O de muerte violenta; así parecen indicarlo varios profetas).

»III.—*Fides intrepida;* la Fe intrépida.

»Según algunos intérpretes, será desde luego la persecución á todo trance. Como en tiempos de Nerón, la sangre de los mártires inundará la tierra; pero luégo, á ruegos del Santo Pontífice, *el Gran Monarca, Príncipe del Aquilón,* caerá sobre el imperio turco (y sobre Alemania, á la manera que cien veces hemos expuesto), y hará de él su conquista. Según mis cálculos, *pronto se realizará este gran acontecimiento.*

»El famoso conquistador reinará entonces en Oriente y Occidente. La Iglesia Griega se reunirá á la Iglesia Católica. Encantada de la gloria del pueblo cristiano, una multitud de paganos se convertirá al Catolicismo. *Maxima turba paganorum* (esto será más bien en el pontificado siguiente). Santa Hildegarda, en sus tres libros de Revelaciones, predice estos inefables prodigios. Los judíos mismos (sólo una parte), conmovidos por tantos milagros, aceptarán el Evangelio. Esta reacción, tanto tiempo diferida, de Orval la anuncia en su cándido estilo; dice v. 30: «Gracias al Padre de las Misericordias, la santa Sión vuelve á cantar en los templos á un solo Dios grande».

«IV.—*Pastor Angelicus.* El Pastor Angélico.

»Este Pontífice, cuyos términos de su leyenda respiran el aire apacible de los campos, de la paz y del apostolado, según el corazón de Dios, reformará el universo entero, con su eminente santidad, y reducirá á la antigua manera de vivir de los primeros discípulos de Cristo, los sacerdotes y religiosos cató-

licos. Enemigo del lujo y amigo de la mortificación, predicará con los pies descalzos.

»Como hombre verdaderamente apostólico, será aún secundado por el Gran Príncipe del Aquilón (el Gran Monarca), que merecerá ser clasificado entre aquellos reyes que la antigüedad y la Sagrada Escritura llaman buenamente *Pastores* de los pueblos. Aventajándose aún á la clemencia del pastor ordinario, como el Papa su contemporáneo, será un *Pastor Evangélico.*

»Verá pasar bajo su reinado varios Papas, siempre dichoso y ufano, por ser en vida y en muerte el protector y amigo. El Señor se servirá de la espada de este nuevo Carlomagno ó Constantino para proteger á su Vicario».

(*Luz Católica*, núm. 34=23 Mayo 1901).

Lo actual responde de esto que publicamos hace dos años y medio. Elegido ahora felizmente el Eminentísimo Cardenal Sarthó y Sansón para gobernar la Iglesia, con el nombre de Pío X, nos parece oportuno añadir algo más sobre el mote *Ignis Ardens* que le corresponde.

Ignis Ardens (1).

Vulgar es ya este mote con que el profeta irlandés San Malaquías, Arzobispo de Armagch, designó hace más de siete siglos al Papa sucesor de *Lumen in coelo*, como fué designado León XIII. La inspiración sobrenatural de la profecía de San Malaquías, muy combatida en otros tiempos, está hoy enteramente fuera de duda; lo que no está es la interpretación de la divisa *Ignis Ardens*, Fuego Ardiente, que pertenece á Pío X.

Mucho se ha discurrido ya sobre lo que puede significar *Ignis Ardens*; pero creemos que nadie ha fijado todavía el verdadero sentido, sin duda porque, al parecer, pocos ó ninguno de los motes dados por

(1) Publicamos este artículo en *La Señal de la Victoria*, número 3=15 Octubre 1903.

San Malaquías á los Papas tienen tanta abundancia de sentidos. Ninguno fijaremos nosotros, que no nos juzgamos para eso, ni sabemos hebreo, ni somos orientalistas; haremos, no obstante, algunas indicaciones que nos parece deben ser tenidas en cuenta.

SARTO Y SANSÓN son los apellidos de Pío X. ¿Cuál es su origen etimológico, cuál su significado histórico? Claro nos parece á todas luces que *Sarto* es palabra de origen hebreo, y mejor siriaco, como lo es *Sardis,* nombre de la ciudad que fué en antiguos tiempos capital de la Lydia y primera ciudad del territorio conocido hoy por Asia Menor, de donde procedían los *sardos,* que con otros comerciantes é invasores asiáticos preponderaron en la isla de *Sardinia* (Cerdeña) y otros países italianos.

Sardis es la quinta de las ciudades del Apocalipsis, á los Obispos de cuyas Iglesias dirigió San Juan los capítulos II y III de su Visión. El mismo origen tienen los nombres de varias ciudades hebreas, v. gr., el de *Sarthan* (Saredata), de la tribu de Efraim.

Ahora bien; todos esos nombres, incluso el apellido *Sarto,* en nuestra opinión se derivan del siriaco-hebreo *saar* ó *schaar,* que significa *hervir, encender,* etc. Y si atendemos sólo al siriaco, *Sardis* viene de *sarad,* que quiere decir *marmita* ó *caldera,* evocando así la idea de *fuego.*

El mismo origen siriaco-hebreo parece tener el nombre de *Sahara,* que según eso, expresa fielmente lo que es por su calor: un desierto de fuego.

Por otro lado, la ciudad de *Sarthan* es conocida en la Biblia *(III Reg. VII, 46)* por el hecho de que próximo á ella construyó Hiram un gran horno en que fundió las mayores piezas de cobre destinadas al Templo de Salomón.

En cuanto al apellido *Sansón,* no es menos notable la idea que suscita; porque en hebreo quiere decir *sol,* astro de cuyo fuego y luz nos viene el calor á la

tierra. Además, Sansón hizo gran daño á los filisteos, enemigos de Israel, pegando fuego á sus mieses con aquel ingenioso ardid de las zorras.

Consecuencia: aludiendo á veces la profecía de San Malaquías al origen étnico ó gentilicio del nombre de los Papas antes de serlo, por este lado creemos que conviene perfectísimamente á Pío X el mote que por turno le pertenece, cual es el de *Ignis Ardens*. Los hebraístas debieran estudiar este punto.

Otras veces alude la profecía al blasón heráldico de los Papas, y en este concepto la hemos visto admirablemente cumplida en Pío IX *(Crux de Cruce)* y León XIII *(Lumen in coelo)*. El blasón de Pío X sólo por una estrella parece relacionarse mediatamente con el mote; pero por otros conceptos le conviene este con mucha precisión.

Siempre, en efecto, nos ha parecido claro que la profecía no tanto alude al origen, nombres y blasones de los Papas, cuanto á uno ó varios hechos memorables acaecidos en la Iglesia durante su Pontificado, ó bien al concepto que lo caracteriza. Así, por ejemplo, Pío IX sufrió pesadísima cruz de la casa de Saboya, que tiene en su escudo una cruz y fué en otro tiempo muy fiel á la Cruz. Eso dió carácter á su Pontificado. El de León XIII se distinguió por los torrentes de luz que éste derramó en todos los ramos de las ciencias político-sociales: fué, en verdad, una gran luz puesta en la Iglesia, á la que muchas veces los profetas llaman *cielo*.

Los hechos probarán muy pronto que la divisa *Ignis Ardens* expresa también la nota dominante del Pontificado de Pío X. Fué elegido á 4 de Agosto, día de Santo Domingo de Guzmán, á quien simboliza un perro con un hacha encendida que ilumina al mundo, y de quien la Iglesia dice que «ardía como hacha por el celo de las almas».

Como hacha encendida por el mismo celo arde

también Pío X. Fué necesario á la Iglesia un largo período de política y diplomacia, y el Espíritu Santo nos dió un inmortal Pontífice que satisfizo maravillosamente aquella necesidad de la Iglesia. Ahora es necesario, dada la creciente impiedad de los gobiernos y de las sectas, un período de celo inflamado, de fuego Apostólico, y tenemos á un Pío X que ya empezó á cumplir con esa su divina misión.

Leed atentamente su primera Encíclica y hallaréis la fe ardiente y la abrasada caridad substituyendo á la sutilísima y sapientísima prudencia que antes fué necesario llevar al extremo; y si todavía la Encíclica no prueba bastante, pensad qué significa la siguiente noticia quc nos comunica nuestro corresponsal en París, conforme con lo que han publicado varios periódicos:

«La actitud de Su Santidad respecto de Francia es ya muy clara y nadie puede dudar de ella. Pío X se propone observar una neutralidad absoluta en todo cuanto se refiera al orden meramente político, y dejar que los católicos obren con entera libertad respecto de la impiedad gubernativa».

Eso no hará retroceder al gobierno masónico de Francia ni á otros; mas tampoco el Padre Santo retrocederá. De ahí, poco á poco irá surgiendo una situación tan crítica, que en verdad Pío X tendrá necesidad de acreditar su sobrenombre de *Fuego Ardiente*.

Y ¿quién sabe si no acabará oprimido de dolor, ante el fuego material con que los impíos destruirán iglesias y conventos, y ante el fuego moral con que se proponen reducir á cenizas la Iglesia toda?

Algo de eso se desprende de venerables profecías. *Ignis Ardens* lo será de muchas maneras.

La Gloria de San José.

Profecía del siglo XVII.

«Tenemos la convicción de creer que el Dios inmortal quiere al fin de los siglos honrar á José en el imperio de la Iglesia militante, con los más brillantes honores, y hacerle objeto de las más profundas veneraciones. Si los primeros siglos de la Iglesia, si los siglos que han seguido no pudieron establecer este culto á San José, agitados como se hallaban por la tormenta de las persecuciones y herejías, es menester deducir de aquí que estaba reservada esta gloria á los últimos tiempos.

Dios, en su Providencia, hacía entonces lo que debía atraer la salud de la república cristiana; y esto es lo que también ha sucedido con respecto á la excelencia de la santidad de José. Escapó á las miradas de los fieles, no presentándose á ellos sino bajo estos dos títulos de Esposo de la bienaventurada Virgen María y Padre putativo y Custodio del Hijo de Dios, títulos en que, sin embargo, podemos descubrir los caracteres y la alteza de su santidad.

La fiesta de San José será celebrada un día como una fiesta principal y venerable. El Vicario de Jesucristo en la tierra, inspirado por el Espíritu Santo, ordenará que la fiesta del Padre putativo de Cristo y del Esposo de la Reina del mundo sea celebrada en todas las regiones de la Iglesia militante, ortodoxa y católica».—(El Padre Isidoro de Isolanis, dominico.—*Summa de B. Josepho*, part. III, cap, 6 y 8).

El piadoso dominico, al dedicar su libro al Papa, hacía votos para que la fiesta de San José se viera colocada entre las fiestas de precepto en la Iglesia Universal; pero este voto no fué aceptado sino un siglo más tarde, en tiempo de Urbano VIII.

Después se suprimió la festividad, y hace pocos años la restauró Su Santidad León XIII, con lo cual se ha cumplido dos veces la profecía.

(*Luz Católica*, núm. 87=5 Junio 1902).

Algunos años después del P. Isolanis, decía el P. Jacquinot, de la Compañía de Jesús:

«Sol hermoso, padre de los días, acelera tu carrera; haz nacer pronto la hora afortunada en que deben cumplirse los

oráculos (1) de los Santos que nos prometen que, al declinar el mundo, aparecerán magnificamente todas las grandezas de San José; los oráculos que nos aseguran que el mismo Dios correrá la cortina y desgarrará el velo que nos ha impedido hasta el presente ver al descubierto las maravillas del santuario del alma de José; que predicen que el Espíritu Santo obrará incesantemente en el corazón de los fieles, para moverlos á exaltar la gloria de este divino personaje, consagrándole casas religiosas, construyendo templos y levantando altares; que publican que *por todo el imperio de la Iglesia militante se reconocerá por protector particular á este Santo* que lo fué de Jesucristo, fundador del mismo imperio; que nos hacen esperar que los Soberanos Pontífices, por un secreto impulso del cielo, *ordenarán que la fiesta de este gran Patriarca sea solemnemente celebrada en toda la extensión del dominio espiritual de San Pedro;* que anuncian que los hombres más sabios del universo se emplearán en inquirir los dones de Dios ocultos en San José, y que en ellos encontrarán tesoros de gracias incomparablemente más preciosos y abundantes que los poseídos por la mayor parte de los predestinados del Antiguo Testamento en el espacio de cuarenta siglos».

Esto escribió á mediados del siglo XVII el Padre Jacquinot en su *Gloria de San José.* Todo se ha realizado, punto por punto, dándonos una clara señal de la proximidad de la restauración general por el Gran Monarca.

(*Luz Católica,* núm. 25=21 Marzo 1901).

Los tiempos presentes y los inmediatos, descritos por la Santísima Virgen de la Saleta (2)

«¡Ay de los sacerdotes y de las personas consagradas á Dios, las cuales, por sus infidelidades y su mala couducta, crucifican de nuevo á mi Hijo! Los jefes, los guías del pueblo de Dios, han descuidado la oración y la penitencia, y el demonio ha obscurecido su inteligencia; hanse convertido en estrellas errantes que el diablo arrastrará con su cola para hacerlos perecer.

---

(1) El principal es el del Venerable P. Isidoro de Isolanis.

(2) Párrafos literales del opúsculo *La Aparición de la Santísima Virgen en la montaña de la Saleta,* etc., por la Pastora de la Saleta.—Con permiso del Ordinario.—Barcelona 1881.

Dios permitirá á la antigua serpiente que cause divisiones entre los que reinan; en todas las sociedades y en todas las familias se padecerán penas físicas y morales: Dios abandonará los hombres á sí mismos, y los depurará con castigos, que se sucederán *por espacio de más de treinta y cinco años*. La sociedad va á sufrir los castigos más terribles, y está en vísperas de asombrosos acontecimientos; no espere ser gobernada sino por una vara de hierro, y beber el cáliz de la indignación de Dios.

Los malos libros abundarán en la tierra, y los espíritus de tinieblas esparcirán por la tierra un relajamiento universal en todo lo relativo al servicio de Dios, y obtendrán un poder extraordinario sobre la naturaleza: habrá iglesias destinadas al servicio de esos espíritus... La verdadera fe se habrá extinguido y la luz falsa alumbrará al mundo. ¡Ay de los príncipes de la Iglesia que se hayan únicamente dedicado á atesorar riquezas, á poner en salvo su autoridad y á dominar con orgullo!

Dada al olvido la santa fe de Dios, cada individuo querrá guiarse por sí mismo é imponerse á sus semejantes. Se abolirán los poderes civiles y eclesiásticos; todo orden y toda justicia serán hollados; no se verá por doquier otra cosa que homicidios, odio, envidia, mentira y discordia, sin amor para la patria ni para la familia.

Francia, Italia, España é Inglaterra estarán en guerra; la sangre correrá por sus calles: el francés luchará contra el francés, el italiano contra el italiano. Después habrá una guerra general que será espantosa. Por algún tiempo, Dios no se acordará de Francia ni de Italia, porque el Evangelio de Jesucristo no será ya conocido. Los malvados desplegarán toda su malicia; se matará y se destrozará mutuamente hasta en las casas... Porque los desórdenes y los crímenes de los hombres atraviesan la bóveda de los cielos.

París ¡ será quemado y Marsella engullida; muchas grandes ciudades serán conmovidas ó engullidas por terremotos; se creerá que todo está perdido; no se verán sino homicidas, no se oirá más que ruído de armas y blasfemias. Los justos sufrirán mucho; sus oraciones, su penitencia y sus lágrimas subirán hasta el cielo, y todo el pueblo de Dios pedirá perdón y misericordia, como también mi auxilio y mi intercesión.

Entonces Jesucristo, por un acto de su justicia y de su gran misericordia para con los justos, ordenará á sus ángeles que mueran todos sus enemigos. De improviso los perseguidores de la Iglesia de Jesucristo y todos los hombres dados al pecado perecerán, y la tierra quedará como un desierto. Entonces se hará la paz, la reconciliación de Dios con los hom-

bres; Jesucristo será servido, adorado y glorificado; la caridad florecerá en todas partes. Los NUEVOS REYES serán el brazo derecho de la Santa Iglesia, la cual será fuerte, humilde, piadosa, pobre, celosa é imitadora de las virtudes de Jesucristo. El Evangelio será predicado por todas partes, y los hombres harán grandes progresos en la fe, puesto que habrá unidad entre los obreros de Jesucristo, y los hombres vivirán en el temor de Dios». . . . .

. . . .

«Enseguida (habla Melania) la Santísima Virgen me comunicó también la Regla de una nueva Orden religiosa. Después de haberme comunicado la Regla de esa nueva Orden religiosa, la Santísima Virgen continuó su discurso en los términos siguientes:

«Si se convierten, las piedras y las peñas se convertirán en montones de trigo.......»

(*Luz Católica*, núm. 67=16 Enero 1902).

Profecía del santo Cura de Ars.

No hace aún cinco meses, por Junio del presente año 1903, publicaba *La Semaine Religeuse de Toulose* lo que traducimos á continuación:

«Damos á título de documento y con las reservas necesarias, una nota escrita de propia mano de una religiosa que cuenta hoy 73 años de edad. Su señor Cura declara que *hace muchos años dice ella las mismas cosas y con las mismas palabras;* téngase en cuenta este dato. He aquí su testimonio:

«Fuí á ver al santo Cura de Ars para consultarle sobre mi »vocación, y me aconsejó entrar en una Comunidad que él »me designó: seguí su consejo.

»Díjome después que yo iría á Crimea y á Italia para »cuidar de nuestros soldados heridos, y que vería el fin del »siglo XIX. Esto me sorprendió tanto—pues entonces tenía »yo 15 años,—que sin darme cuenta le dije:—Eso quiere decir »que yo he de ser vieja...

»—Sí, me respondió, y veréis el siglo XX. *Los primeros «años de este siglo serán nefastos.* LA RELIGIÓN SERÁ PER»SEGUIDA DURANTE LOS AÑOS 1, 2, 3 y 4. DESPUÉS, »DIOS PONDRÁ SU MANO Y LA PAZ SERÁ DEVUEL»TA Á LA IGLESIA. Probablemente padecerá Francia las »consecuencias de una guerra civil ó extranjera. Vos sufriréis »mucho, hija mía; pero tened confianza, que el Señor estará »con vos.

»Tal es el resumen de mi corta visita al santo Cura de »Ars. Esto sucedía en 1845».

Á esto añade *La Semaine Religeuse:*

«Es cierto que esta religiosa asistió á las campañas de Crimea y de Italia y que pertenece aún á la Congregación que le designó el Cura de Ars. Aunque no estamos autorizados para decir claramente dónde reside, creemos poder decir sin indiscreción que forma parte de una Comunidad del término de Castres. *Hace ya algún tiempo que su declaración ha sido incluida en el proceso de beatificación del venerable Cura de Ars*».

El lector habrá puesto toda su atención en los años marcados, con los cuales se confirma de una manera asaz categórica todo cuanto hemos dicho y diremos aún sobre la inminencia de los acontecimientos.

CAPÍTULO V

(CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR)

HOY Y MAÑANA.—PROFECIAS CONFIRMADAS

CAPÍTULO V

(CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR)

HOY Y MAÑANA—PROFECÍAS CONFIRMADAS

I

Persecución y lucha.

Señales precursoras.

Pensábamos dar á conocer muchas profecías y predicciones en la parte ya perteneciente á la historia, por haberse realizado, por lo cual hubiéramos dado una prueba clarísima de que es temerario rechazar la otra parte, relativa á lo porvenir; pero los acontecimientos del día nos obligan á buscar dicha razón en ellos mismos, dejando lo que ya pasó. Vamos á narrar con los profetas lo que hoy acontece y acontecerá en el tiempo brevísimo que nos separa de la aparición del Gran Monarca.

No seguiremos orden de dignidad de profetas, ni de materias ni fechas. Lo pondremos tal como nos venga á la mano, ahorrándonos mucho trabajo que no creemos necesario. Si desde luego no hallan nuestros lectores cosas muy gordas y terminantes, esperen, que no faltarán en los artículos siguientes.

Empecemos con la ayuda de Dios, teniendo presentes en el corazón y en la inteligencia estas palabras del divino Maestro Jesús:

«*Yo te glorifico, Padre, Señor de cielos y tierra, porque no permitiste que los sabios y prudentes comprendieran estas cosas, y las revelaste á los pequeños. Así se ha hecho, Padre, porque así te plugo.—No temas, rebaño de los humildes, que es del agrado de Dios vuestro Padre entregaros el reino...*»

Sigan los videntes, y ante todo la llave, ó punto á donde hoy se encamina y de donde parte la agitación de los impíos.

De este punto habló claramente la célebre y venerable profetisa Palma María de los Dolores Matarelli, de Oria (Italia). Sus profecías han sido adulteradas de mil maneras; pero quedan rasgos auténticos, conservados por varones sabios y prudentes y publicados por el abate Curique en *Voix Prophetiques*. Uno de ellos, cumplido en parte mucho después de editado este libro, debe acabarse de cumplir, y dice así:

«Nuestra última crisis, la de la grande y espantosa justicia y de la grande misericordia, no tardará mucho (esto se decía en 1868). *La proclamación de la república en España será la señal*».

Referíase á la república que pasó y á la que viene. Señal de terrible crisis europea fué aquélla: señal de «la última crisis» será esta. En otra ocasión volveremos á este punto; hoy nos basta recordar lo siguiente que decíamos en el núm. 14 de *Luz Católica* (3 Enero 1901), sin acordarnos entonces de la Ven. Palma:

«En España mismo vamos enpujados á una república impía, cuya aparición será como la señal del desquiciamiento definitivo de las naciones. Dúdelo quien quiera, yo le aseguro que pronto lo verá si vive, aunque las apariencias le induzcan hoy á tenerme por iluso».

Para decir esto nos bastaba juzgar de lo presente con la lógica de la Providencia y de la historia. ¿Hay quien crea que las actuales manifestaciones de la im-

piedad rugiente y sedienta de sangre y ruinas son mero efecto de un *Electra*, de un pleito sobre vocación religiosa, del casamiento de una infanta, de las excitaciones de algún periódico? No, no; en el fondo de esa horrible crisis que empieza hay una excitación firme y calculada, hay una organización, establecida por el judaísmo y la masonería que á todo trance quieren implantar la república en España y en Italia, como medios para llegar á la dominación universal.

Eso que ahora vemos son chispazos: el gran trueno está formándose.

Prueba de lo que decimos y prueba de que la *señal* dada por Palma, aunque se *cumpliera* del 69 al 72, no se *consumaría* sino en la época presente, es lo que la misma Palma dijo á Melania, la Pastora de la Saleta, según ésta refiere:

«Bien sé yo, le dijo, que aun no hemos llegado, y que esto no sucederá sino después de las matanzas, grandes matanzas. (Las de la Armenia, Cuba, Filipinas, China, Africa, etc., etc., con las que vienen). Esto será la última plaga, y después Dios hará el gran milagro, el triunfo de la Iglesia».

Y puesto que de señales hablamos, vaya aquí la antigua predicción ó profecía de Magdeburgo, de autor anónimo, pero con todos los caracteres de verdadera profecía; por lo menos conviene con las auténticas, y se está cumpliendo. Dice así:

«De la sangre de Carlos César y de la casa real de Francía (Borbón y Austria) nacerá un emperador que dominará en toda la Europa (el Gran Monarca) y reformará el decaído estado de la Iglesia. Antes que esto suceda, se verán naciones llamarse pueblos sin jefe (parlamentarismo, república, socialismo, anarquía); y entonces, ¡ay de vosotros, eclesiásticos! La navecilla de Pedro padecerá una gran tempestad; pero por fin el mar se calmará de nuevo y la navecilla alcanzará una gran victoria. Horribles cambios habrá en muchos reinos, y tendrán fin (ante la ley civil y la estimación de los hombres) los méritos de la vida claustral».

Coincide con estas amenazas la predicción de Jás-

per, que respetamos; no la tenemos por tan auténtica como otras, pero no tenemos datos para juzgarla falsa:

«Serán, dice, señales precursoras de la guerra la tibieza religiosa y la corrupción de costumbres; el vicio tenido por virtud y la virtud por vicio, los creyentes tenidos por locos y los incrédulos por iluminados».

Es lo que sucede hoy.

Uno do los milagros más auténticos del pasado siglo es la repentina curación de Sor Victoria Romanini, á quien varias enfermedades mortales tenían ya casi agonizando. Apareciósele la Venerable Rosa Venerini (1871: nótese la fecha), la curó y le dijo, entre otras cosas:

«Pasará un poco más de tiempo y vendrá el triunfo, pero *habrá entonces un espantoso castigo*. Orad, orad, orad, porque la oración puede disminuir la pena».

Una de las señales más claras de que estamos en tiempos del gran castigo, la da Sor Rosa Colomba Asdente, dominica, cuyas terminantes profecías se han cumplido en su mayor parte.

«Se llevarán como en triunfo, dice, muchas banderas tricolores, juntamente con la bandera papal, y esto será la señal ó el preludio de la guerra que se declarará poco después. Una democracia fiera subirá al poder por algún tiempo, y se dejará tentar por los bienes de las Ordenes religiosas y de los fervorosos católicos. Como de costumbre, se comenzará por los Jesuítas. La revolución debe extenderse á toda la Europa, donde no habrá ya calma sino después que la Flor Blanca (el Gran Monarca) haya subido al trono».

El Reparador, de Madrid, publicó á mediados del siglo XIX una antigua predicción latina, de la que copiamos por curiosidad lo siguiente:

«Por estos tiempos será seducida la España por el mal gobierno... Aquí los pájaros harán nido... La monarquía estará llena de engaños y asechanzas... La nobleza se deshará en vanas palabras... En vano trabajarán los que se prepararon para la guerra... no saben lo que se piden (claro se ve á quienes alude). Esta causa no debe temerse: OTRA SE PREPARA».

Los acontecimientos dan á estas palabras autoridad profética. ¡Qué lástima que no conozcamos todo el texto! La alusión á los que se prepararon para la guerra nos trae á la memoria las profecías de la peregrina española Sor María Antonia Jimeno, natural de Garcihernández (Salamanca), cuya inspiración profética y cuyas extraordinarias visiones no ha podido negar la sana crítica. Consta que supo la muerte de Carlos V antes que aconteciera, y que antes de morir Carlos VI, Conde de Montemolín, cuando se conspiraba para que triunfase y quizá se preparaba lo de San Carlos de la Rápita, tuvo aviso celestial de que *no llegaría á reinar*. Quién era el Rey que había de triunfar lo supo por revelación; pero ella, que había estado en relación con Carlos V y hablaba de Carlos VI, nunca pronunció el nombre del futuro Rey.

El que desee saber más, consulte el *Breve compendio de la vida extraordinaria* de Sor María Antonia, publicado en 1869 en Madrid por su director espiritual D. Juan Antonio Alvarez, y verá allí cuán bien se han cumplido varias profecías de la peregrina; entre otras citaremos ésta, cuyo cumplimiento va á consumarse:

«No se han acabado los disturbios y persecución de la Iglesia española: sucederá una grande, aunque no muy duradera, después de la cual se sentarán las cosas».

Añadamos á éstas las siguientes predicciones relativas á los tiempos que corren. Son de profeta anónimo; pero las admitimos sin dificultad, porque también, y con gran fundamento, las admite en *I Futuri Destini* el ilustre Canónigo, Doctor, Protonotario y Misionero Apostólico, Domenico Cerri da Macello:

«Con sus ojos contemplarás el exterminio, dice la profecía, y llorarás el sacrílego desprecio de las cosas sagradas y la tristísima desolación sobrevenida á los elegidos de Dios. La atrevida muerte segará muchas víctimas; será asaltada con irrisión la Santa Iglesia Católica, y la Italia condenada por los malvados á padecer crueldades inauditas. Todo lo que fué

se desvanecerá como un fantasma: *cercano está ya el tiempo del fatal trastorno, aun cuando los necios se esfuercen en afirmar lo contrario.* Créeme, ya ha sonado la hora contra tí, sacrílego, y contra tí, incrédulo. No sin tí, ¡oh justo! acontecerán tan deplorables sucesos. El Pastor, Cabeza y Ministro de la Iglesia, caerán cogidos por manos de hombres conocidos suyos, y traspasados con hierro cruel, y morirá víctima de la barbarie la generación santa.

Mas por disposición suprema quedarán sin efecto todas las diabólicas tendencias de los malvados: la misma suerte tendrán las maquinaciones de los pueblos mal aconsejados, y serán severamente castigados por sus proyectos todos los príncipes, porque sobre sus ruinas será levantado el estandarte de la divina justicia (el de los Crucíferos), de cuyo tabernáculo saldrá, como del arca, paloma purísima llevando el ramo de olivo en señal de paz y de reconciliación al pueblo elegido, devoto de Jesús y de su Madre Inmaculada».

Terminamos este punto con unas palabras de una profecía sibilítica, tomada del mismo libro del canónigo Da Macello, que la copia de la *Maxima Bibliotheca Patrum Veterum*. Dejaremos los comentarios y aplicación á cargo de los lectores; pero diremos que, en nuestra opinión, debe relacionarse esta profecía con la ya citada de *El Reparador*, que dice:

«Soberbia cosa y mujer hermosa... Muchos años hace que se representó en el cielo lo que ahora ha de suceder».

Siga la profecía sibilina, que, según Da Macello, se refiere á nuestros tiempos:

«Vendrá un imperio femenino (creemos que tuvo fin hace poco), y Dios derramará muchos males sobre la tierra; pero *cuando una apuesta mujer ciña la diadema real,* los tiempos irán muy aprisa... Las estrellas caerán del cielo (cisma religioso) y el mundo será devastado por espantosa tormenta».

Más podríamos decir sobre mujeres con corona; sólo la profecía del P. Coma nos daría mucho que aplicar; pero el lápiz rojo tiene hoy más autoridad que los profetas.

(*Luz Católica*, núm. 20—14 Febrero 1901).

La impiedad actual.

El nombre sólo de Sor Ana Catalina Emmerich basta para dar á sus visiones proféticas toda la autoridad que se ha menester. En una de ellas vió de manera sensible las ruinas morales de la sociedad presente y las catástrofes que de ahí deben seguirse. Copiemos:

«Parecíame que pasaba por todos los lugares habitados de la tierra, aunque sólo me fué mostrado el mundo del crimen. Algunas veces veía nuevas multitudes, víctimas de la ceguera del vicio, que caían de las alturas del mundo en los abismos... La perfidia, la ceguera, la maldad, la duplicidad, la venganza, el orgullo, el engaño, la envidia, la avaricia, la discordia, el homicidio, la lujuria y una horrenda impiedad, pasaban por delante de mis ojos; las víctimas de estos vicios, lejos de encontrar en ellos alguna ventaja real, no sacaban sino ser cada vez más ciegos, más miserables, y su caída en el tenebroso abismo era cada vez más profunda...

Todos los malos que se agitaban á mi vista, me aparecían en un vasto espacio que se extendía á derecha é izquierda hasta perderse de vista en la obscuridad, en medio de un tumulto semejante al de un campo de feria; cometían la iniquidad por bandos y grupos (ó partidos) que se entrecruzaban: un crimen traía otro crimen en su seguimiento... Vi pueblos de todos aspectos y de todas costumbres, sumidos unos como otros en aquellas monstruosidades».

Tal vez dirán los lectores que todo esto es muy vago: no lo es tanto como parece; mas esperen un poco y las profecías lo irán concretando todo, así como las fechas señaladas hace siglos por algunos Santos para un tiempo, al parecer, cercano á ellos. Tendremos ocasión de explicar esas «carcanías» proféticas, y se verá que la expresión es muy propia, aunque se trate de siglos. Así acontece con el siguiente pasaje de una profecía de San Francisco de Asís, que habla de los tiempos presentes y los próximamente pasados y futuros:

«Los tiempos de grandes tribulaciones y aflicciones se

acercan: no se verá en ellos más que amor á las cosas temporales, perplejidad y divergencia en las opiniones. La caridad de muchos se enfriará, y prevalecerá la iniquidad de los perversos. El poder de los demonios se dejará libre más de lo acostumbrado. La pureza inmaculada de nuestro instituto y de otros quedará desfigurada, porque *poquísimos cristianos obedecerán al Sumo Pontífice y á la Iglesia Romana con corazón sincero y caridad verdadera*».

Pero todo esto se acabará con el triunfo general del Gran Monarca español, á quien, según los profetas, la violencia de estos sucesos obligará á manifestarse. La Ven. Madre del Bourg añade lo siguiente:

«Los ángeles exterminadores, espada en mano, no esperan más que una señal para herir la tierra... La justicia castigará, pero la misericordia intervendrá, y seremos salvos. *Habrá una crisis terrible*; pero se me ha dicho (por revelación) que *después de este tiempo conducirá el Señor al príncipe Deodato*. —El Señor me ha dado terribles quejas: se queja de ese furor en buscar los placeres; se queja de los bailes escandalosos; de la indecencia y del lujo en los trajes. Si prohibe en el santo Evangelio hasta una sola mirada, hasta un mal deseo, ¿será de extrañar que castigue de un modo terrible la corrupción de costumbres, que es el resultado necesario de todos esos abusos?...

El orden social es ficticio: si todavía se mantiene, es por la fuerza y la violencia. Los castigos del Señor van á caer sobre nosotros de muchas maneras. Azotes, desórdenes, sangre derramada. Habrá un desorden horrible. Sin embargo, aquellos días serán abreviados en favor de los justos. Dios elevará sobre el trono á un Rey modelo, á un Rey cristiano... El Señor le dará la luz, la prudencia y el poderío: El mismo le ha preparado por largo tiempo y le ha hecho pasar por el crisol de la prueba y del tormento, pero lo llamará del destierro, lo tomará de la mano, y en el día fijado lo pondrá en el trono». (Profecía de 1857).

El Ven. Padre Bernardo María Clausi, religioso mínimo, profeta que parecía tener la inspiración de su Padre San Francisco de Paula, decía por el mismo tiempo, entre otras cosas:

«Este azote se hará sentir en todo el mundo, y será tan terrible, que cada uno de los que sobrevivieren se imaginará ser el único que ha quedado libre, y todos se arrepentirán y

serán buenos. Este castigo será muy corto, pero terrible.—*Questo flagello sara instantaneo, momentaneo, ma terribile.*—Mas antes que sucedan estas cosas, habrá hecho el mal tantos progresos en el mundo, que parecerá que los demonios han salido del infierno. Tan grande será la persecución de los malos contra los justos, que habrán de padecer un verdadero martirio. Las cosas llegarán al colmo; pero cuando la mano del hombre no pueda más y todo parezca perdido, Dios mismo pondrá allí su mano y arreglará las cosas en un abrir y cerrar de ojos, como de la mañana á la tarde».

«Aunque estos males son castigos de Dios,—profetizaba la Fundadora de las Hijas del divino Salvador,—no proceden solamente de su justicia; proceden también de su misericordia, porque *quiere corregir á los hombres castigándolos.* Ved ahí por qué saldrán frustrados los perversos designios de los malos».

Por eso en la profecía llamada *Grito de salud,* dice el Señor:

«Unos bendecirán el feliz acaso que ha hecho descubrir los proyectos de los malos; otros alabarán la sabiduría y habilidad de ese gobierno que supo desbaratar aquellos complots; pocos, muy pocos pensarán en dirigir sus miradas más arriba, pues casi todos se aprovecharán de aquellos medios para adormecerse en una vana seguridad, y algunos para burlarse de mis amenazas y avisos. Sólo van bien *los que saben verme en los acontecimientos,* se humillan á mi mano, y cuando se ven libres de un peligro, descubren allí un rasgo de mi protección. Los que no quieren verme en los acontecimientos, un día me reconocerán en todo; los que buscan las causas fuera de mí, van á creer pasado el peligro y dormirse en una falsa seguridad; pero su despertar será horrible».

También era el Señor quien decía á su admirable sierva Sor Dominga del Paraíso:

«Vendrá un tiempo en que mi fe declinará de tal modo, que pocos la conservarán: los templos parecerán más bien cuevas (de... *vividores*) que iglesias. Entonces la nota dominante será la ceguedad; y entre tantas tinieblas, pocos serán los que de veras puedan ejercitar la virtud y consagrarse al culto de mi fe. Se obscurecerá tanto entre los cristianos el verdadero conocimiento de Dios, que los pocos fieles que guardarán el espíritu de mi amor tendrán que separarse de sus amigos, de sus padres, de sus familias y retirarse á lugares lejanos y solitarios para poderse conservar fieles en mi ser-

vicio; porque no hallarán hombres que hablen verdad y aprueben el bien, ni religiosos que exhorten á la virtud y confirmen los pueblos en la fe.

Todos se moverán por respetos humanos, y bajo estas apariencias, el demonio engañará á muchos y hasta *poseerá algunos que entre las gentes serán tenidos por varones espirituales*. De esta suerte abrirá la puerta á las murmuraciones, á los escándalos, á las divisiones (contra todo el orden religioso), y mis escogidos padecerán tan extrañas persecuciones, que *estarán dudosos y perplejos acerca de cuál opinión ó partido deberán seguir entre tantos como habrá*. Así lo permitiré para humillarlos».

Entre las muchas causas por que el Señor consentirá todos estos males, ya presentes en gran parte, hallamos éstas que el mismo Señor nos da á conocer, hablando á su sierva Sor María de San Pedro:

«La tierra está cubierta de crímenes, y la infracción de los tres primeros mandamientos de la ley de Dios ha irritado á mi Padre. El santísimo Nombre de Dios blasfemado y el domingo profanado, han colmado la medida de las iniquidades. Estos pecados han subido hasta el trono de Dios y provocado su cólera, que se derramará si no se aplaca su justicia. En ningún tiempo han subido tan alto los crímenes. Yo deseo con deseo vivísimo que se forme una asociación bien probada y organizada (se formó) para honrar el Nombre de mi Padre».

(*Luz Católica*, núm. 21=21 Febrero 1901).

La impiedad en sus relaciones con la política.

Empecemos este artículo, como el anterior, con las visiones de la Ven. Sor Catalina Emmerich. Lo que vamos á copiar es susceptible de muchas aplicaciones, todas legítimas. Nosotros vemos en la descripción que hace la extática el presente estado moral de los católicos, con el lugar de muerte que es la política y su punto negro del parlamentarismo, ó tal vez la exagerada sumisión á ciertas instituciones, ora reinantes, ora no. Doce misioneros representan á los defensores de la fe; la ciudad en donde el triunfo empieza

nos parece la misma de San Francisco de Paula, Valencia. Parécenos descubrir la obra de los Crucíferos... He aquí lo principal:

«Vi el mundo como una llanura que se cubrió de obscuridad y de tinieblas. Todo estaba allí seco, ajado como una naturaleza muerta; y al mismo tiempo que así se desarrollaba la tierra ante mis ojos, toda árida y sin agua, veía que se multiplicaban las obras tenebrosas de los hombres. Gran número de escándalos se me mostró en todos sus detalles; en medio de aquella desolación, reconocí á Roma y las calamidades que afligían la Iglesia y la hacían declinar.

Vi después qne grandes masas afluían de diversas regiones á un mismo lugar, donde se peleaba de muerte. En este sitio, al centro del campo de batalla, aparecía un punto negro, de cierta extensión, semejante á un abismo vertiginoso, alrededor del cual se quedaban las filas más y más claras, como si los combatientes fueran allí precipitados sin que ninguno lo advirtiese. Al mismo tiempo volví á ver entre aquellas ruinas á los doce hombres (antes ha hablado ya de ellos). Terminada una obra, se sentían con bastante fuerza para emprender otra. Los doce se hallaban allí de nuevo, todos de edad de cuarenta años; de ellos tres eran sacerdotes, y los demás esperaban serlo. Vi que, con la ayuda de Dios, recuperaban todo lo que se había perdido, y que no trabajaban en todas sus empresas sino por la buena causa.

También observé entre las filas tenebrosas unos corruptores, falsos profetas y personas que combatían los escritos de aquellos nuevos doce apóstoles. Estos desaparecían á veces en la lucha (nótense bien todos estos detalles), mas era para volverse á presentar pronto con mayor brillo. Mientras las filas de combatientes se aclaraban más y más alrededor del abismo, y toda una ciudad desaparecía durante la lucha, el partido de los doce hombres apostólicos aumentó en proporción, y un relámpago fulminante vino á caer en el tenebroso abismo. Vi al mismo tiempo cernerse sobre la Iglesia menoscabada y humillada una augusta Señora, cubierta de un manto azul con pliegues muy anchos y coronada de estrellas. Por todas partes donde sus rayos penetraban, se renovaba la tierra y se ponía floreciente.

Vi entre otras la menor de las iglesias de una gran ciudad convertida en la primera iglesia de la población. Allí se reunieron los doce apóstoles, y todo vino á ser floreciente. Vi elevarse claustros y santuarios».

Es la paz del Gran Monarca.

La siguiente pertenece al Ven. Holzhauser, tomada de sus autorizadísimos y proféticos comentarios sobre el Apocalipsis; el Venerable se refiere terminantemente á la época actual:

«Amarán los hombres vivir en libertad, como los peces en el mar y las aves en el aire, siguiendo sus concupiscencias y deseos, para que cada cual crea y obre lo que quiera, según lo describe San Judas en su Carta Católica.—Los preceptos divinos y humanos serán despreciados; los sagrados Cánones se tendrán por nada, haciendo el Clero igual caso de la disciplina eclesiástica que el pueblo de la política. Muchos millares de cristianos, aunque conserven el nombre de católicos por algún respeto ó temor humano, estarán interiormente muertos en el ateísmo, indiferentismo, calvinismo, falsa política y odio á los eclesiásticos. Pero no faltarán en este tiempo de desolación algunos amigos del Señor que, como la luz del mundo y lámpara colocada en lugar obscuro, brillarán en la tierra para que no sea del todo envuelta por las tinieblas. Y aquel Monarca fuerte que ha de venir, destruirá las repúblicas por sus fundamentos».

Los hechos hablan...

Los acontecimientos han dado autoridad profética á una profecía hallada en 1776, anónima, admitida por Da Macello en *I Futuri Destini*. La admitimos sin vacilar, y copiamos:

«El primero que reinará de esta secta (masonería) será un hombre de obscuro linaje (Napoleón I). Ensoberbecido, tratará de hacerse monarca de toda Europa; pero se unirán muchos reyes y lo vencerán. Se levantará otro de la misma secta (Napoleón III), el cual pretenderá reinar como el primero; pero su reinado no durará mucho, porque será muerto, no con cólera ni en batalla (así fué). *Extirpada una planta tan* venenosa (en 1871), se gozará de una especie de paz en varias naciones; mas no será larga, porque quedando la raíz del mal, brotará en muchos lugares.

Se oirán nuevas sediciones y movimientos de algunos pueblos, nuevas guerras, muertes, angustias, nuevas leyes y constituciones, obligando á los reyes á portarse como vasallos (parlamentarismo). Se levantará entre tanto una nueva planta venenosa, miembro de dicha infernal secta (parece que está por venir), el cual será un hombre vilísimo...

En aquel tiempo, ¡oh Dios!, ¡cuánta confusión habrá en todo el mundo! Guerras, sublevaciones de pueblos, ruinas,

saqueos, carestías, imposiciones de tributos, miserias y crueldad. Turcos, herejes, católicos, cismáticos, idólatras, y naciones varias con rabia y furor irán unos contra otros, y parecerá que los hombres hayan perdido el uso de la razón. Después de tantas calamidades, Dios Eterno se moverá á piedad, inspirando en el corazón de algunos siervos suyos, al efecto reservados, la elección de un sujeto de mucha bondad y santidad para Vicario de Jesucristo (el Pastor Angélico, de quien las profecías hablan tanto como del Gran Monarca). Este santo hombre coronará con sus propias manos á un gran personaje, y lo declarará Emperador de los Romanos, el cual formará un ejército con que destruirá la impiedad y pondrá paz por todo el mundo».

Nótese que esta profecía fué publicada mucho antes de uno y otro Napoleón. La séptima edición de *I Futuri Destini* apareció á mediados de 1871. Otra profecía hay en este libro de las mismas condiciones que la anterior. Es un precioso resumen de muchas profecías; toda se refiere á los tiempos actuales, y sentimos no disponer de espacio para copiarla entera; he aquí lo principal:

«La apostasía surgirá de súbito; en el término de un año llegará á su colmo, y cometerá excesos increíbles. Durante aquel tiempo, todos los Estados de Europa estarán en fermentación: los apóstatas no tendrán más que diez meses de prosperidad; pero no se acabará la apostasía sino por la guerra que le harán (los Crucíferos). Esta apostasía será efecto del artificio y de los esfuerzos de las personas constituídas en el gobierno, sostenidas por sus subalternos así del orden civil como del eclesiástico.

El culto del Nuevo Testamento será corrompido (se refiere al catolicismo liberal, y al cisma religioso que será especialmente obra da Alemania y su antipapa; y alude á los judíos, secuaces del culto Mosaico, que están preparando esta revolución), tanto en sentido figurado como literal. Las antiguas constituciones civiles serán igualmente atacadas por la apostasía; sin embargo, el temor y los intereses propios harán que algunas potencias sostengan á los apóstatas.

Serán heridos primero los grandes y después el pueblo... Será menester que cada uno lleve en la frente la señal de la bestia. El pueblo confiará en que sus directores alejarán de él las desgracias, lo cual será una ilusión (aprendan las masas carlistas, dignas de mejores jefes); pero los que le hablen de

prosperidad en vez de dolores, obtendrán su confianza. El poder constitutivo promulgará leyes en favor del nuevo culto y prohibirá á los eclesiásticos ejercer otro. El clero en parte accederá al deseo de dicho poder, y los cargos más eminentes de dicho culto serán confiados á hombres perjuros é hipócritas: sólo los renegados serán admitidos.

Los fieles en aquella época querrán escapar, y serán vigilados por sus enemigos. La persecución acabará con el martirio de personas del primero y segundo orden de la sociedad. El proyecto de regeneración (nótense estas palabras, y véase otra vez la ciudad de los Crucíferos...) será elaborado en una metrópoli... y los fieles enmudecerán mientras esto se verifique (como mudos están hoy, sobre todo, en Valencia).

Viendo los perseguidos la perseverancia de sus enemigos en valerse de todos los medios y tentativas que la falsa política les aconseja, comenzarán á pensar seriamente en los medios de defenderse; la desesperación les dará valor, y *aunque no confíen mucho en la única determinación conveniente, por fin la tomarán*».

Esta es la solución, la única solución, y estamos ya en el caso. Veremos cuándo se toma la determinación indicada. ¡Dios quiera que sea pronto! Terminemos este artículo volviendo á citar al V. Holzhauser en su carta profética al Beato Amadeo, desde el párrafo que se refiere á Napoleón III, y que dice así:

«Cuando sus manos se vean del todo teñidas de sangre, será á su vez derribado de su trono por un potentado que caerá sobre él á la cabeza de un ejercito venido del Norte con toda la Alemania. En medio de esto, la paz no se habrá restablecido definitivamente, pues de todos lados conspirarán los pueblos en favor de la república, y así, se verán todavía terribles calamidades por todas partes. La Iglesia y sus ministros serán hechos tributarios; los príncipes serán derribados, los monarcas condenados á muerte (por las sectas) y sus vasallos condenados á la anarquía».

Todo esto, desde Napoleón, se ha cumplido al pie de la letra y se sigue cumpliendo: pronto se cumplirá lo que sigue á lo anterior, y es:

«El Omnipotente entonces intervendrá con un golpe admirable que nadie en el mundo pudiera imaginarse. Y aquel Monarca poderoso que debe venir de la parte de Dios, subyugará á todos sus enemigos, destruirá el imperio de los france-

ses (la República) y reinará de Oriente á Occidente. Es necesario, ¡oh servidor de Dios!, que se cumpla lo que os digo, no porque lo digo yo, sino porque Dios así lo ha decretado, resuelto y absolutamente ordenado».

Se cumplirá, ¡oh, sí!, ¡se cumplirá!

(*Luz Católica*, núm. 21=21 Febrero 1901).

II

Las sectas masónicas y católico-liberales.

Profecía de Santa Hildegarda.

Santa Hildegarda, del siglo XII, fué proclamada por sus contemporáneos «Gran Profetisa del Nuevo Testamento». Santos y Papas y Concilios declararon que sus revelaciones tienen á Dios por autor. Apenas hay profecías tan autorizadas como las suyas. Refiérense particularmente á nuestros tiempos de impiedad y revolución.

Tomaremos solamente lo que hace á la época actual y á los tiempos que van á seguir. Algo se ha cumplido ya: otras cosas se están cumpliendo, y las demás van á cumplirse. Hemos hablado de la impiedad en general: concretemos ahora, tratando de la masonería, del liberalismo y del catolicismo liberal, que son la misma cosa con diferentes matices.

«Del seno de la luz viva—escribe la Santa—he oído una voz, diciendo: ¡Oh hija de Sión! (la Iglesia militante) la corona de honor caerá de la cabeza de tus hijos, y el manto de sus riquezas será disminuído, porque no han conocido el tiempo que les he dado para ver y para enseñar á los pueblos. Por cuanto no hicisteis esto, os veréis reducidos á ser los esclavos de los esclavos, y ellos mismos serán vuestros jueces; y vuestra libertad declinará como se retiró la bendición de Canaán. Estos azotes no serán sino los precursores de otros azotes más terribles que seguirán. El diablo dice en sí mismo respecto de vosotros:

—Yo hallo en ellos las cosas en que se cumple mi voluntad. Ellos no quieren trabajar por su Dios, y le tienen por nada... Vosotros ¡oh mis discípulos y mis criados!, estáis mucho más disciplinados que ellos delante del pueblo. Y por cuanto así os halláis, elevaos por encima de los mismos, arrancándoles sus riquezas y sus honores, y después de haberlos despojado, ahogadlos».

Y lo que el diablo dice en sí mismo, lo cumplirá en muchos por el juicio de Dios. Pero Yo que soy, digo á los que oyen: En el tiempo en que esto se ejecutará por medio de un pueblo sumergido en el error, peor todavía que éste, caerá la ruina sobre vosotros en castigo de vuestras prevaricaciones, y ese pueblo os persiguirá y descubrirá vuestras obras. Las pondrá á la luz del mediodía, y dirá de vosotros: Estos son unos escorpiones en sus obras, y sus obras son obras de serpientes. Y como por el celo del Señor os lanzará esta imprecación: *El camino de los impíos pereeerá* (Salmo I), pues por la burla y el sarcasmo exterminarán vuestros caminos de iniquidad».

Ese pueblo que obrará de este modo, seducido y enviado por el diablo, tendrá pálido el rostro, se valdrá de una máscara de santidad y ganará á los más poderosos príncipes del siglo. Les hablará de vosotros así: «¿Por qué conserváis y sufrís la sociedad de estos que manchan toda la tierra con sus inmundas iniquidades? Ellos están entregados á la embriaguez y á la lujuria, y si no los desecharais de vosotros, perecería toda la Iglesia».

En seguida continúa la Santa pintando á grandes rasgos esos *reformadores austeros*, esos lobos cubiertos con piel de ovejas; pues el demonio, que vive en esos falsos profetas, les dará el exterior de las virtudes opuestas á los vicios reinantes, apariencia de desinterés y hasta de castidad. Y continúa después:

«Pero esos seductores comenzarán sus proezas por la seducción de las mujeres, lo que les hará exclamar en el delirio de su orgullo: «¡Hemos triunfado de todos!»; mas su fingida justicia no se sostendrá, y bien pronto se descubrirá su corrupción. Así es como la iniquidad juzgará la iniquidad, y como vuestras perversas obras se convertirán en venganza... Así perecerá vuesto honor y caerá de vuestras cabezas vuestra corona. Así es como la Divina Justicia, provocada por vosotros, escudriñará vuestros escándalos.

Es menester que las obras de iniquidad sean purgadas por las tribulaciones y quebrantos. Sí; esos hombres sin fe y seducidos por el diablo, serán vuestro bieldo y vuestro azote, porque no adoráis á Dios puramente. Os atormentarán hasta que sean purificadas vuestras iniquidades y vuestras mismas justicias. Estos impostores no son los que deben preceder al último día, pero son de él el germen y los precursores. Con todo eso, su triunfo no tendrá más que un tiempo. *Vendrá después la aurora de la justicia*, y *vuestro fin será mejor que vuestro comienzo, é instruidos por todo lo pasado, resplandeceréis*

como un oro purísimo, y así permaneceréis por bastante largo tiempo».

Un poco más arriba caracteriza aún perfectamente Santa Hildegarda nuestro tiempo en estos términos:

«Cuando se haya echado enteramente de un lado el temor de Dios, *guerras atroces y crueles sucederán á porfía, una multitud de personas serán por ellas inmoladas, y muchas ciudades se cambiarán en montones de ruinas*. Así como el hombre gana por su fuerza la debilidad de la mujer y supera el león á todos los animales, del mismo modo alguuos hombres de una ferocidad sin igual, suscitados por la justicia divina, se burlarán del reposo de sus semejantes. Así ha sucedido desde el principio del mundo; el Señor volverá á poner en manos de nuestros enemigos la vara de hierro destinada á vengarle cruelmente de nuestras iniquidades.

Mas cuando la sociedad haya sido, en fin, purificada completamente por estas tribulaciones, fatigados los hombres de tantos horrores, volverán plenamente á la práctica de la justicia y se someterán fielmente á las leyes de la Iglesia, que nos hacen tan agradables á Dios con su santo temor... El consuelo sucederá á la desolación; así como la ley nueva ha sucedido á la antigua ley, del mismo modo los días de salud harán olvidar por su prosperidad las angustias de la ruina; no siendo así, y debiéndose prolongar impunemente la inconstancia y los escándalos del mundo, se vería de tal manera obscurecida la verdad, que llegarían á quebrantarse las torres de la celestial Jerusalén, y serían pisoteadas las instituciones de la Iglesia, como si ya no existiera Dios para los hombres».

Profecía de la V. Sor Natividad.

Las profecías de la V. Sor Natividad son muy semejantes á las de Santa Hildegarda; y si hemos de declarar nuestra opinión, creemos que las superan en cuanto á señalar las obras y caracteres de las sectas masónicas. Ningún profeta las ha descrito tan bien, y buenas historias hay que no dicen tanto. Con pesar tenemos que omitir la mayor parte de la profecía, porque es muy larga. Poseemos la obra *Revelations de la Sœur de la Nativité*, en dos volúmenes, pero co-

piaremos parte del extracto que con frases literales hace el libro *Las Profecías*. Es como sigue:

«*Persecución contra la Iglesia.*—Dios me hizo ver la malicia de Lucifer y la intención diabólica y perversa de sus adeptos contra la Santa Iglesia de Jesucristo. A la orden de su jefe, estos malvados han recorrido la tierra como furiosos, con intención de preparar los caminos y sendas al Anticristo, cuyo reinado se acerca. Con el soplo corrompido de aquel espíritu de soberbia han contaminado á los hombres, que, como apestados, se han comunicado el mal los unos á los otros, y el contagio ha llegado á ser general.

Marca de los impíos.—He aquí lo que he visto. El mismo Satanás marcaba á sus satélites, que hacía cómplices de sus criminales disposiciones, con cierta materia infecta, en la frente ó en otra parte de la piel, como para imprimirles un carácter de adhesión á su obra. Apenas marcados, parecían al momento como cubiertos de lepra, de la cual quedaban inficionadas las personas que se dejaban tocar de ellos. Esta figura tiene relación al interior y al exterior de la Iglesia, y aun cuando no deba tener su perfecto cumplimiento sino en la revolución que empieza, expresa, sin embargo, las disposiciones de los que la preparan hace mucho tiempo. Tales son los esfuerzos del infierno para destruir en las almas el reino de Jesucristo y turbar á los fieles el ejercicio de su religión.

Estos emisarios del infierno y precursores del Anticristo, según se me ha hecho conocer, son los escritores impíos que por sus sistemas licenciosos y seductores han echado los fundamentos, hace ya tiempo, de la irreligión que domina. La materia infecta que comunica por todas partes el contagio, no es otra cosa que esa impura composición de impiedad, etc.; libertinaje que se extiende por todas partes y que causa tantos daños, bajo el especioso nombre de filosofía que jamás podrá merecer.

Visión sobre España.—Después de esto—no cambiéis nada de lo que voy á decir—he visto una gran potencia levantarse contra la Iglesia: ha arrancado, pillado y devastado la viña del Señor, la ha hecho servir como de vía á los transeuntes y la ha expuesto á los insultos de todas las naciones (esto se cumplió, se cumple y acabará de cumplirse). Después de haber injuriado al celibato y oprimido el estado religioso, llena de orgullo y audacia, ha usurpado los bienes de la Iglesia y se ha como revestido de los poderes de nuestro Santo Padre el Papa (hasta en favor de banderías políticas), cuya persona y autoridad ha despreciado.

He aquí lo que dijo el Señor en su ira:—¡Ay de los trai-

dores y de los apóstatas! ¡Ay de los usurpadores de los bienes de mi Iglesia y de los que desprecian su autoridad! Han incurrido en mi indignación: yo pisaré su soberbia audaz, que desaparecerá de mi presencia como el humo que se evapora por el aire, en castigo de sus crímenes. Yo les pediré cuenta de una herencia destinada esencialmente al entretenimiento de mis templos y de mis ministros, como también al socorro de los pobres.

Visión de un árbol.—Vi un árbol muy alto y muy grueso, que tenía cuatro raíces como toneles (aplicable á los tres poderes del parlamentarismo y á la prensa, que se llama cuarto poder); se veían tres sobre la tierra, formando como un tres-pies, y la otra estaba en el corazón del árbol: todas eran tan profundas, que parecían llegar hasta el infierno. Este árbol no tenía hojas ni verdor; su corteza era tan dura como el bronce: era tan alto, que yo no podía ver su cima, y de un lado se inclinaba hacia una pequeña Iglesia (¿otra vez la de España?) como si pretendiera aplastarla, pero sin lograrlo. Vi en Dios que llegaría un tiempo en que este árbol de malicia y de corrupción sería abatido por el Señor más pronto que lo fué por David el gigante Goliat...

Proyectos impíos.—Mas los impíos... componen folletos y libros, y luégo los propagan por medio de sus partidarios con el mayor secreto para seducir insensiblemente á los buenos. Y *los seducidos, temiendo ser descubiertos, vivirán en la mayor hipocresía* y aparentarán sumisión y docilidad á los ministros del Señor... Pero los seductores saldrán de sus retiros cuando sean numerosos sus adeptos, y como los lobos carnívoros cubiertos de piel de oveja se arrojarán contra la Iglesia. Manifestarán piedad y devoción muy austera; harán grandes limosnas á los pobres y á la Iglesia; darán permiso para edificar templos, conventos y hospitales: *sacerdotes y obispos aplaudirán su celo*... Pero no se tardará en descubrir sus intenciones. El despecho y la rabia de los hipócritas al verse descubiertos serán muy grandes, y pretenderán entonces destruir completamente la Iglesia, y no podrán sufrir ningún sacramento ni ceremonia, ni siquiera la señal de la cruz.

Derrota de los impíos.—Mis enemigos, decía el Señor, se alegran todavía; pero su alegría será seguida de muchas angustias: levantan trofeos contra mí, mas sobre los trofeos de su victoria estableceré yo su ruína y su destrozo. La medida está ya llena, y pronto llegará á su colmo. Los malos dan decretos contra mi Iglesia; pero según los decretos de mi justicia, perecerán con sus decretos y leyes sacrílegas. Sí, perecerán; está ya determinado; la sentencia está ya pronunciada. Con mi poderoso brazo los precipitaré como el rayo al fondo

del abismo, y caerán con la misma prontitud y violencia que Lucifer y sus secuaces. Esta suerte les espera; la han alcanzado ya muchos de sus partidarios y también uno de sus principales jefes. Dios, añade la profetisa, me reveló el nombre de éste; pero me mandó no descubrirlo, pues se reserva el manifestarlo en tiempo oportuno, y entonces, en el día de su venganza, serán conocidas las personas y sus nombres».

(*Luz Católica*, núm. 22=28 Febrero 1901).

Profecía del Padre Lorenzo Ricci, General de la Compañía de Jesús (1).

(1773)

«PRIMER PERÍODO.—Una vez extinguida mi Orden (2), aparecerá en el mundo un nuevo Lucifer. Al principio de la quinta época del estado de la Iglesia, como á unos 1800 años del nacimiento de Cristo, viejos y jóvenes serán seducidos de los *Portaluz* (Francmasones).

Este demonio será el espíritu de orgullo, de libertinaje y de irreligión, que con el nombre de filosofía reinará durante algún tiempo en una gran parte de los pueblos. Lutero arrancó el techo del santuario, Calvino las murallas; pero la filosofía y el iluminismo socavarán hasta los fundamentos.

En Francia nacerán *gallos* que, entregados á todas las fechorías y á todos los crímenes, por sus *gritos físicos* lo pondrán todo en combustión y fascinarán de tal modo á los hombres en cuanto á libertad é igualdad, que todos los Estados serán destruídos, muertos los reyes, las flores de lis ajadas y la Religión Católica enteramente oprimida.

La Iglesia será tan cruelmente perseguida como en tiempo de Nerón, de Diocleciano y de Tiberio. Los sacerdotes, los ministros de la Religión, serán muertos, martirizados, inmolados; el altar del Señor será profanado por los apóstatas, y la secta llamada filosofía seducirá de tal modo los pueblos, cuya juventud será corrompida por el materialismo y la irreligión, que no querrán ya obedecer á Pontífices ni á Soberanos y harán la religión despreciable.

Su principal intento será destruirlo todo y erigir repúblicas en todas partes. Guerra á muerte se harán unos á otros en las usurpaciones y latrocinios. Derribarán el Papado (el poder temporal), pondrán en fuga á los Pastores y dispersarán

---

(1) Sobre la autenticidad de esta profecía véase Peladan, *Nouveau Liber Mirabilis*, de donde la traducimos.

(2) Por Clemente XIV, en Julio de 1773.

las ovejas. Tales cosas sucederán en este período, que en crueldad y espanto no habrá tenido igual, y enseguida vendrá el

Segundo período.—En este la humanidad, afligida por las guerras, creerá que por fin ha llegado el tiempo de la paz; pero no será así, pues la miseria y los latrocinios continuarán como antes y sólo serán diferentes en nombre.

Los príncipes alemanes, ya desunidos por el luteranismo y el calvinismo, y además conquistados por *la secta de los Portaluz*, se separarán de su emperador y se unirán contra la Religión Católica bajo la protección de un país injusto.

Pero en aquel tiempo se levantará uno (Napoleón I), cuyo nombre, cosa que parece increíble, poco antes apenas habrá sido conocido, natural de un país insignificante. Este hombre será vencedor de *Autanis* (¿Austria?), de Italia y de muchas otras potencias que la divina justicia ha decretado castigar. Llevará el nombre de Monarca Fuerte y su espada será poderosa.

No solamente destruirá, en corto espacio de tiempo, las repúblicas que se fundaban en su antigüedad, sino también las erigidas por los corrompidos discípulos de los sedicentes filósofos, que no escuchaban leyes ni iglesias, y las convertirá en fábula y risa de todo el mundo.

Restablecerá muy prontamente en medio de los pueblos corrompidos la Religión Católica, más bien por miras políticas y por arraigar la corona en su familia, que por una pura y verdadera intención hija de la Fe.

Tomará por divisa el águila rapaz, y con esta señal reinará en Francia diez veces con más rigor que reinaron los reyes de ella. De esta suerte demostrará á los pueblos sometidos á su poder, que antes de él gozaban de libertad y que no debían haber deseado otra.

El Monarca Fuerte irá á los otros imperios, consintiéndolo Dios principalmente para castigar á los soberanos, tanto legos como eclesiásticos, porque el gobierno de ellos habrá sido malo y criminal, con desprecio de la Religión y de las leyes. Alemania y el Imperio Romano serán rasgados inexorablemente. Alemania será un imperio repartido, y habrá en él tanta diversidad en la fe como en la fidelidad; la antigua fidelidad alemana se habrá perdido, porque los alemanes se habrán convertido en franceses, adoptando las costumbres y locuras de los franceses.

Los príncipes se habrán hecho socios de los ladrones públicos... Por eso el Señor los entregó al espíritu de confusión, de suerte que querrán todos lo que poco antes no querían, burlándose de lo que habían resuelto y resolviendo luégo lo mismo de que se habían burlado; por lo cual serán la vergüenza del universo.

Los príncipes y los reyes serán maldecidos por todo el mundo, porque no hacen lo que pueden hacer. El espíritu de los *Portaluz* les ha cegado de tal modo, que en pleno medio día marchan á tientas como si estuviesen en medio de la mayor obscuridad. La justicia divina, en castigo de los latrocinios y traiciones hechos á sus respectivas patrias, ha quitado de su lugar el candelero, de modo que tienen los ojos abiertos y están ciegos.

El mismo Fuerte á quien poco antes los fascinados príncipes no habrían juzgado digno de ser servidor de ellos, destruirá gran parte de sus estados, romperá su cetro y les quitará sus coronas. Dará una parte de estos despojos á sus hermanos, á los maridos de sus hermanas y á otros parientes suyos. El espíritu de disputa y de división será su compañero. Erigirá nuevos imperios, aniquilará los antiguos y lo volverá todo del revés, como vuelve un zapatero sus zapatos».

Prosigue el Padre Ricci vaticinando sobre Napoleón I, y sin mencionar los otros ni la actual república francesa, pasa enseguida al Gran Monarca, prediciendo lo que pusimos en el capítulo anterior, artículo IV. El mismo salto se observa en otras varias profecías. Entre las muchas razones que de esto se pueden dar, una es que los profetas no tanto se refieren al imperio de una persona como al espíritu de que se informa dicho imperio, así como el P. Ricci nos ha dicho que surgiría un demonio, esto es, el espíritu de orgullo, de libertinaje y de irreligión. Ahora bien; el espíritu que informó al imperio del primer Napoleón, dura todavía á través de monarquías y repúblicas, y sólo cesará con el advenimiento del Gran Monarca.

La profecía del P. Ricci, en la parte que acabamos de traducir, parece toda alusiva á sucesos entonces futuros y ahora cumplidos; pero casi todo lo del primer período se cumple de nuevo y seguirá cumpliéndose. Por esta razón le hemos dado cabida en el presente libro, donde sólo ponemos profecías cuyo cumplimiento ha de llegar, al menos en alguna parte no realizada.

III

Los fariseos.

El fariseismo en el siglo.

La agitación impía de los sectarios parece haberse calmado un poco estos días (1): no se fíen los católicos; piensen más bien cuánto da que hacer en otras naciones, mientras en la nuestra parece amortiguada; y sobre todo, vean qué significan esos pronósticos, amenazas y reticencias que no cesa de publicar la prensa liberal... El hombre maléfico de San Gil, Río Tinto, San Sebastián y otros lugares regados de sangre, el hombre más taimadamente impío que ministro de 50 años acá, nos dirá tal vez muy pronto que esta aparente quietud no es más que el intervalo silencioso entre trueno y trueno cuando ruge la tempestad; y si él no lo dice, otro lo dirá: los tiempos han llegado; destrucción y sangre es lo que sigue.

Antes que el rayo estalle de nuevo, tratemos nosotros de que despierten de su sueño letárgico esos católicos que por su indiferencia son más bien impíos, ó peores que impíos. «Tengo menos que temer de la impiedad manifiesta que de la indiferencia religiosa y de los respetos humanos», exclamó Pío IX, todo demudado, al leer el secreto de los niños de la Saleta. De esos falsos católicos y de otros á ellos semejantes nos hablarán hoy los profetas. Meditad, lectores, meditad.

Al robo «legal» de los bienes sagrados y comunes

(1) Nótese que esto se publicaba por primera vez á 7 de Marzo de 1901.

ha sucedido la hipocresía de los ladrones; la humildísima y portentosa vidente Magdalena Porsat lo anunció hace más de cuarenta años.

«Esto no es un acontecimiento ordinario, dijo; es una grande época que está para abrirse: *los fariseos serán los últimos*; los grandes bandidos llegarán antes».

Más famosa que Magdalena es la Ven. Sor Ana María Taigi, cuyo gran espíritu de profecía, reconocido por la Iglesia y confirmado por los hechos, nadie ha podido negar. Sor Ana María vió hace casi un siglo los fariseos de nuestra época, y con frecuencia hablaba á su director de «la persecución que debía atravesar la Iglesia y los tiempos en que se quitaría la máscara una multitud de gentes que eran tenidas por estimables». Hoy más que nunca estamos en el caso.

Profetas de gran nombre, Santos y Venerables muy insignes hemos citado y citaremos en este capítulo; pero todo él es una prueba clarísima de lo que la misma palabra de Dios nos dijo al empezarlo, esto es, que la divina Sabiduría se complace especialmente en revelar estas cosas á los pequeños para confundir á los grandes. En este caso están las dos profetisas citadas y otra más célebre que ellas, Santa Catalina de Raconigi, cuya vida y cuyas profecías escribió su piadoso amigo el famoso Pico de la Mirandola.

«En diferentes ocasiones, dice éste, vió la beata Catalina las tribulaciones que en lo porvenir deben preceder á la futura renovación de la Iglesia... Me manifestó igualmente que, arrebatada en éxtasis un día del año 1537, vió á Nuestro Señor atado á una columna, en medio de una llanura rodeada de una multitud innumerable de todas las clases de la sociedad, y todas se hallaban cubiertas con un ropaje blanco (símbolo de la hipocresía farisaica) que lo ocultaba á la vista, sin tener de la cabeza á los pies más que dos aberturas en lo alto, acomodadas á los ojos.

Sin respeto á la presencia del Salvador, ninguno se ocupaba más que de abominables proyectos. Algunos le ultrajaban con gestos desvergonzados; otros le arrancaban la barba y la

cabellera; éstos cometían á su vista los pecados carnales más escandalosos; aquéllos, en fin, no pensaban más que en ganancias, en juegos y toda suerte de injusticias.

A lo último fué testigo de los castigos que el Señor enviaría á toda aquella multitud. Durante el éxtasis, no pudo menos de exclamar muy alto por dos veces: «¡Misericordia! ¡misericordia!»; y por espacio de dos días tuvo tanta pena, que apenas le quedaba un soplo de vida. Me dijo con toda sencillez que el azote que vendría á los clérigos sería el último y también el más terrible. *Che il flagello dei chierici, siccome sará l' ultimo, cosí sará piu grave degli alteri*».

Todo esto se refiere terminantemente á la época que precederá al triunfo del Gran Monarca, de quien esta profetisa habló claramente y casi precisó la fecha, como veremos en otra parte. Arriba nos ha dicho también que todo esto «debe preceder á la futura renovación de la Iglesia».

La V. Sor Natividad, de quien hablamos en el artículo anterior, dice que todos estos fariseos impiísimos seducirán á otros muchos, y pinta con vivos colores la hipocresía católico-liberal.

«Los seducidos, dice, temiendo ser descubiertos, vivirán en la mayor hipocresía y aparentarán sumisión y docilidad á los ministros del Señor».

La misma vidente vió en figura de un árbol infructífero y soberbio el orgullo de la moderna filosofía (el liberalismo llamado católico) que hará pronto sus últimos esfuerzos para destruir y aniquilar la Iglesia y el estado religioso. La savia parecía producida por la raíz del árbol; así la moderna filosofía toma apariencias de respeto por la Religión y la Iglesia, á la cual parecerá querer proteger y volver á su primitiva perfección (dividiéndola, como hoy, en catolicismo y clericalismo, y aparentando combatir solamente á éste); mas sus esfuerzos demuestran todo el odio que á ella tiene, lo mismo que á las virtudes cristianas, á las cuales (¡qué gran verdad!) quiere oponer las puramente humanas, haciendo de ellas gran ostentación, así como quiere que la razón substituya á la fe.

Mas la ruina de esta filosofía llegará á su vez, y la Iglesia sobrevivirá á esta borrasca. «El estado religioso reaparecerá, *después de haber sido cruelmente destrozado*».

La Ven. Catalina Emmerich vió algo más especial; vió á esos falsos católicos, á esos fementidos hipócritas respetando al Papa para engañarle, como si viera lo que hoy pasa en España y hasta en el Vaticano.

«Vi al Papa en oración, dice; pero estaba rodeado de pérfidos amigos que de ordinario hacían lo contrario de lo que él mandaba».

I Futuri Destini cita la profecía de una santa joven de Rímini, cuyo nombre no declara porque entonces aún vivía. La 7.ª edición del libro citado, que tenemos delante, es anterior á los sucesos que anuncia, y la jóven profetizó en 1848. Dijo que:

«El Romano Pontífice había perdido la base fundamental de su gobierno temporal, y que se veía obligado á doblegarse en este punto á la fuerza de los que le rodeaban. Pasados algunos años, añadió, perderá el trono y serán sus enemigos aquellos mismos que con sus aplausos lo pondrán en las nubes».

También el Ven. P. Jacinto Coma, predicando en Manresa en 1849, hizo una muy notable profecía que se ha incluído en su proceso de beatificación, y decía, fija la mirada en la época actual:

«Nuestra pobre España que palmo á palmo ha sido conquistada por la Cruz, está convertida en un pueblo de ilotas que corre al precipicio y lucha por romper con sus tradiciones, su historia y su propia manera de ser... La ayuda oficial que los hijos de Enrique VIII y los sectarios de Federico el filósofo (protestantes y liberales) ofrecerán al Vicario de Jesucristo, obedecerá más bien á apoyar el trono vacilante de un príncipe temporal que á sostener al Sucesor de S. Pedro».

Y es porque los consejos de Satanás son, hasta de los que van á misa, más generalmente seguidos que los preceptos de la Iglesia.

«Satanás se levanta por debajo de los pies de la Iglesia—

dijo el Señor á su sierva Sor María Lataste;—arma contra ella á sus propios hijos para desgarrarle el seno, y estos hijos desnaturalizados de mi Esposa oyen la voz de Satanás».

En estos tiempos de división y de guerra, lo único que todos tratan de conciliar es á Dios con Belial, es el cielo con el infierno, la Iglesia con la revolución, la verdad con la mentira, todo lo cual significó Sor Rosa Colomba, al profetizar que en estos tiempos se enarbolarían juntas la bandera tricolor y la bandera católica, como está sucediendo, especialmente en Francia.

El Serafín San Francisco de Asís profetizó también acerca de nuestros tiempos y los inmediatos, y entre otras cosas dijo:

«Habrá tantos y tales cismas y opiniones en el pueblo, en los religiosos y en el clero, que si no se abreviasen aquellos días, según la promesa del Evangelio, caerían tal vez en error hasta los escogidos. Nuestra Regla y modo de vivir serán impugnados de muchos. ¡Ay de los que, confiados en la religión (exterioridades), se entibiarán y no resistirán constantemente la tentación permitida por Dios para probar á los elegidos! Los fervorosos de espíritu que por amor y celo de la verdad sigan la piedad, tendrán que soportar persecuciones é injurias; pero sus perseguidores, agitados por el espíritu maligno, creerán que hacen un gran obsequio á Dios al procurar la muerte y purgar la tierra de personas que serán tenidas por tan contrarias al bien público».

Esto último fué también anunciado por el divino Redentor, que decía: «Se acerca la hora en que cualquiera que se quite la vida piense que hace un obsequio á Dios». Pero la maldad es tanta, que Dios mismo es condenado á veces por la «justicia» oficial, de lo cual España ha visto ya algunos casos en sus tribunales y Francia muchos. Así lo previó y anunció, según las *Voix Prophetiques* del abate Curricque, la vidente Josefa Lamarine hacia 1840.

«Hace ya algunos años, dice, vió en una gran sala una asamblea de jueces. Se encontraba allí un asiento de madera sobre el cual estaba sentado Nuestro Señor Jesucristo, á pun-

to de ser juzgado. Jueces y testigos le escarnecían. Uno de los jueces estaba en un rincón, pareciendo sostenerle; pero todos sus discursos eran pura hipocresía, y se declaró por uno de los más crueles. Todos condenaron á muerte al Salvador».

No parece sino que los fariseos judíos hayan vuelto al mundo para condenar á Dios invocando el nombre de Dios. ¡Hasta imágenes de la Santísima Virgen han sido fusiladas y arrastradas...! Los sepulcros blanqueados, la raza de víboras, los escribas y fariseos hipócritas, los que se llaman católicos para acabar con los católicos, lo dominan hoy todo y lo tiñen todo de color de infierno. Y los «verdaderos católicos» ¿qué hacen? Dormir y bostezar. Los que trabajan eficazmente vienen ya á ser una excepción.

Pues tengo formado juício de que esos indolentes que por pereza ó egoísmo apoyan indirectamente la obra de los infames fariseos, son igualmente fariseos, no son católicos, según los sucesos demostrarán en el inminente día de la gran prueba. Una respetable predicción, recogida por el abate Curricque de un venerable cartujo, dice así:

«Habrá muchos que pasarán por buenos, y ellos mismos creerán serlo; pero volverán atrás en el último momento y verán de qué son capaces: la mayor parte se verán sorprendidos y quedarán admirados de sí mismos; pero en medio de este horrible desastre, un grito se oye por todas partes: *¡Ay de los sacerdotes infieles á su vocación! ¡Ay de los falsos servidores de Dios! ¡Ay de los que menosprecian sus obligaciones! ¡Ay de los que ponen obstáculos al bien!*».

Por eso la joven riminense arriba mencionada, dice que «en virtud de todos estos estragos, aparecerá quiénes son fieles al Evangelio y quiénes no». Los fieles son ya tan pocos, que al pie de la letra se verica hoy lo que leemos en las profecías del B. Nicolás Factor, esto es, que «será tal la calamidad, que no habrá más que una tercera parte de fieles entre cuantos lleven el nombre cristiano».

«Todo esto, dice el profeta Holzhauser, será permitido, por justo juicio de Dios, á causa de haber llenado la medida

de nuestros pecados en el tiempo de la benignidad, cuando nos esperó para hacer penitencia. Una gran parte de la Iglesia latina abandonará la fe, *y quedará muy reducido el número de los buenos católicos...* Aunque guarden el nombre de católicos por algún respeto ó temor humano, estarán interiormente muertos... en la falsa política y odio contra los eclesiásticos».

«Por sus frutos los conoceréis», decía el Salvador. ¿Qué hacen todos esos católicos perezosos ó fariseos? ¿Qué hacen por la Iglesia esos «grandes católicos» que son hoy los más considerados en la Iglesia? Ya lo hemos dicho, y ahora lo repetiremos con la insigne Catalina Emmerich, que dice:

«En otra visión vi que la Hija del Rey se armó para el combate. Era una maravilla ver cómo se adaptaba todo á su armadura y cómo una cosa simbolizaba otra de una manera tan asombrosa. La Hija del Rey se halló armada de pies á cabeza. Muchos de los que así vinieron en su ayuda me eran conocidos; pero no podía yo menos de admirarme al ver que ni siquiera uno de todos los institutos, ni de personajes importantes, ni de los sabios, hubieran contribuído en cosa alguna, mientras que los pobres y desvalidos habían ofrecido por sí solos piezas en un todo completas. (Aquí parecen vislumbrarse los Crucíferos). Fuí también testigo de la batalla. Eran innumerables las tropas del enemigo; y á pesar de esto, el pequeño grupo de los fieles combatientes exterminó batallones enteros».

Lo cual conviene admirablemente con lo que tantas veces hemos dicho con los profetas, esto es, que la restauración no será obra de los grandes y poderosos, sino de los humildes que poco pueden, de los hoy desvalidos y despreciados. Preguntó al Señor Sor Ana María Taigi quiénes serían los que resistirían á pruebas tan terribles, y se le respondió: «Aquellos á quienes yo conceda el espíritu de humildad».

«La acción se halla desde ahora empeñada entre el cielo y la tierra—exclama el piadoso abate citado arriba.—El mundo se transforma al presente en un vasto campo de batalla, á donde la justicia divina hace acudir todos los azotes para concluir de una vez su causa santísima».

Y al dar cuenta de los prodigios de Santo Domingo *in Soriano*, exclama:

«En la actual cruzada contra los innumerables enemigos de la Santa Iglesia, ¿no parece que el más providencial de los servidores de la Reina de los cielos (Santo Domingo de Guzmán) nos grita como un Heraldo lo siguiente?:

«Soldados de Cristo, acordaos de Muret, Lepanto y Viena, donde Nuestra Señora del Santísimo Rosario venció, mientras la Iglesia toda llorosa combatía, ménos en los campos de batalla que en la arena de la penitencia y obras satisfactorias, de las que el Rosario es arma preferida».

Y sobre todo, católicos, sobre todo tened presentes las palabras de nuestro divino Maestro: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen á vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces».

El artículo siguiente, en que los profetas nos hablarán del Clero, demostrará cuán grande es hoy la oportunidad de este consejo divino.

(*Luz Católica*, núm. 23=7 Marzo 1901).

El fariseísmo en la Iglesia.

En *Luz Católica* hemos dado pruebas abundantísimas y terminantes del respeto que tenemos al Clero en general, y particularmente al español: véanse, entre otros, los números 2, 3, 10 y 23, págs. 18, 22, 45, 147, 152 y 365. Puestos á dar cuenta de todo lo que los profetas anuncian, tenemos cierta obligación de no omitir lo que se refiere al Clero, sin que esto modifique nuestro parecer en pro ni en contra: somos meros copistas; no hacemos tanto como Santos y Venerables citados (*ibid.*) en la pág. 365. De intento suprimiremos los comentarios: que hablen los profetas, y téngase en cuenta que se refieren terminantemente al Clero de hoy. Si alguien nos recrimina, al final le responderemos.

«Entre los llamados á sostener la Iglesia hay cobardes, indignos, falsos pastores, lobos disfrazados con piel de oveja, los cuales no han entrado en el redil más que para seducir las almas sencillas, degollar el rebaño de Jesucristo, entregar la

heredad del Señor á las depredaciones de los saqueadores, y los templos y los altares á la profanación... He aquí las amenazas que por esto hace el Señor, con toda la indignación y la saña de su justicia: «¡Ay de los traidores y de los apóstatas! ¡Ay de los que malrotan los bienes de mi Iglesia y de los que menosprecian la autoridad de ésta! Han incurrido en mi indignación; yo pisaré su soberbia audaz, que desaparecerá de mi presencia como el humo que se evapora por el aire, en castigo de sus crímenes. Yo les pediré cuenta de mi herencia... Yo endureceré su corazón y cegaré su espíritu, y cometerán pecados sobre pecados...» (SOR NATIVIDAD).

«Tomando el Soberano Juez á su cargo la causa de la justicia, castigará á los prevaricadores, y sobre todo á los malos pastores de su Iglesia, permitiendo que se les despoje de sus bienes temporales *antes de reducirlos por medio de las tribulaciones»*. (SANTA HILDEGARDA).

«Señores y grandes prelados, os ruego que os enmendéis, pues de lo contrario, recibiréis grandes castigos. ¡Oh! volved al buen camino, pues lo que os anuncio no son locuras ni tonterías como pensáis». (BEATO BARTOLOMÉ SALUZZO).

«Muchos morirán entonces impenitentes, porque habrán permanecido sordos á mis palabras é inspiraciones. ¡Ay de ellos, y particularmente de ciertos prelados que engañan á mis ovejas y pretenden ser renovadores y más doctos que Agustín y Tomás! Engáñanse éstos, porque yo permitiré que les avergüencen pueblos abyectos, pero cristianos verdaderos, á los cuales daré una fe firme y estable...

Te aseguro que antes que sucedan estas cosas (la regeneración por el Gran Papa y el Gran Monarca), verán tus hermanas á muchas ovejas mías de los claustros abandonar su instituto, lo cual permitiré en castigo de ellas, porque serán orgullosas y faltarán á las promesas que me hicieron en su profesión... Sus conventos serán suprimidos». (JESÚS Á LA VEN. SOR DOMINGA DEL PARAÍSO).

«¡Ay de los religiosos y religiosas que no observen sus reglas! ¡Ay de todos los sacerdotes indignos y de todos los seglares que se dan al libertinaje y siguen las falsas máximas de la moderna filosofía, condenada por la Iglesia, como contraria á los preceptos del Evangelio! Esos miserables, por su detestable conducta, negando la fe de Jesucristo, perecerán bajo el peso del brazo exterminador de la justicia de Dios, de la cual nadie escapará». (VEN. SOR ISABEL CANORI MORA).

«En medio de este horrible desastre, un grito se oye por todas partes: ¡Ay de los sacerdotes infieles á su vocación! ¡Ay de los falsos servidores de Dios! ¡Ay de los que menosprecian

sus obligaciones! ¡Ay de los que ponen obstáculos al bien!» *(Citada en el capítulo anterior).*

«Los preceptos divinos y humanos serán despreciados: los sagrados Cánones se tendrán por nada, haciendo el Clero igual caso de la disciplina que el pueblo de la política». (VENERABLE BARTOLOMÉ HOLZHAUSER).

«La virtud en aquellos días será vilipendiada por el silencio de varios predicadores; por otros será conculcada y otros renegarán de ella. La santidad será burlada, y por esto Jesucristo les mandará, no un Pastor, sino un exterminador». (SAN FRANCISCO DE ASIS).

«Ví la Basílica de San Pedro (figura de la Iglesia Universal), entregada á un inmenso gentío de demoladores... Los más hábiles de entre ellos, los que procedían sistemáticamente y conforme á las reglas, llevaban unos mandiles blancos (francmasones). Con gran dolor mío ví entre ellos algunos sacerdotes católicos... Mi guía me advirtió al mismo tiempo, que en tanto yo pueda, pida y encargue á los demás que pidan por los pecadores, y particularmente por los sacerdotes infieles á su vocación... Otros rezaban el Breviario con tibieza y llevaban al propio tiempo una piedra pequeñita bajo su manteo, como una cosa rara, ó la pasaban á otras manos. Parecíame que no tenían seguridad, ni arraigo, ni método, y que ni siquiera sabían lo que se debía hacer. ¡Me daba lástima!» (VEN. SOR ANA CATALINA EMMERICH).

«Parecíame ver en medio de aquella baraúnda un gran trono; ví á los bandidos derribar ese trono (en otro capítulo diremos qué trono es). Todo llegó entonces á su colmo; el mundo entero me parecía una ruina y un desorden... Pero lo que más llamaba mi atención eran los sacerdotes. Ví un gran número de ellos que, cuando se vieron cogidos, se ponían de parte de los malos; pero fueron confundidas sus esperanzas y perecieron miserablemente. Me parecía que esta gran crisis no duraba mucho tiempo, y que después de esto se respiraba otra atmósfera; la paz de Dios...» *(Profecía del Padre Cartujo, citada en el artículo anterior).*

«Esta mañana (11 de Marzo de 1872), he visto en la Santa Comunión á Jesús orando, los ojos hacia el cielo, las manos juntas y fuertemente puestas sobre su pecho adorable. Estaba sumido en tristeza tal, que yo no he podido menos de llorar. Obligada interiormente á pedir por las almas consagradas á Dios, comencé á implorar para ellas la divina misericordia. «Hija mía, me dijo entonces Jesús, por mis sacerdotes es por »quienes yo oro y padezco en este día». Hízome comprender al propio tiempo cuánto le afligían, y que si se ven necesitados es por culpa de ellos». (VEN. SOR IMELDA).

«Si en todo esto no fuera el Señor ofendido, ninguna pena tendría yo; pero no es así, pues las dudas y las reflexiones de algunos ministros suyos, lejos de reanimar la fe en las almas, no hacen más que apagarla, y esto es una gran desgracia por la que se les harán cargos muy graves». (Magdalena de la Vendée).

«Hija mía, ¡cuántos ministros de mis altares hay que más bien impiden que fomentan la salud de las almas! Con sus festines, sus juegos, sus dilapidaciones, han cometido latrocinios en los bienes de la Iglesia, robando el sustento á los pobres y diciendo con intolerable orgullo: estas rentas son nuestras, sin cargo ni obligación alguna. ¡Qué usurpación! ¡Qué sacrilegio!... ¿Lo creerás, hija mía? Hay en mi Iglesia muchos Judas que me han traicionado y vendido; he sido abandonado y renegado de ellos; se libró Barrabás, pero yo he sido condenado á muerte y cruelmente azotado y coronado de espinas; herido, cubierto de oprobio y de ignominia y llevado al suplicio para ser otra vez sacrificado... ¿Qué castigo no merecen tantos y tan sangrientos ultrajes?» (El Señor á Sor Natividad)

«Antes que llegue la paz (del Gran Monarca), el afán de riquezas llevará los hombres á negar la fe; y muchos ministros de la Iglesia, llevados de la voluptuosidad carnal y de la belleza y lascivia de las mujeres, abandonarán el celibato y por donde quiera irá el demonio libre entre ellos». (Venerable B. Holzhauser).

«Agitación, turbulencia, armas, sangre, apostasía: una mitra afea el altar (en Italia), muchos sacerdotes y religiosos le ayudan y forman su corona de ignominia. Otras mitras débiles *reciben lecciones de ánimo de aquellos pequeños que eran objeto de abyecciones y violencias*». (Anónima, publicada por Da Macello en *Il Vaticinatore)*.

«Voltaire es el Dios de Francia. He escrito al señor Thiers: tanto peor para él y para Francia, si no obra como cristiano; yo he cumplido con mi deber. Cuando se trata de la gloria de Dios, no temo la prisión ni la muerte. Lo que en parte ha perdido á Francia (y á España y las demás naciones), es que el Clero ha temido más al hombre que á Dios. ¡Ah, si yo me extendiera sobre este capítulo!... ¡Pobre Clero, pobre Clero!... Pero no, yo me engaño. Según el Clero, yo soy una ilusa. El Clero es bueno, el Clero es desinteresado, el Clero está lleno de celo, lleno de caridad para con los pobres; ¡el rebaño es malo!...» (Sor María de la Cruz, ó Melania, la de la Saleta).

La admirable estigmatizada y vidente Lucía Lateau padeció también mucho del Clero. No citamos

los padecimientos por que el mismo Clero hizo pasar á otros varios santos profetas; la lista sería larga: continuemos el tema general de este artículo.

«Paréceme que no me alejaré mucho de la verdad si tomo el *vous* (vos, ó vosotros), de que usaba entonces el Beato (Benito José Labre, comunicando sus revelaciones á su confesor), no como personal, sino como calificativo, de suerte, que no quería hablar de mi persona en particular, sino en general de los sacerdotes que veía cubiertos de manchas, para significar lo que sucedería en Francia respecto del orden sacerdotal, ya física, ya moralmente. Demasiado sabemos que algunos sagrados ministros se han desviado del recto sendero, y que muchos otros que son constantes y fieles, son maltratados...» (El abate Marconi, confesor del B. Benito José, citado por Mr. Desnoyers en la vida del Santo).

«La apostasía será efecto del artificio y de los esfuerzos de las personas constituídas en gobierno, sostenidas por sus subalternos, así del orden civil como del Clero». (Citada arriba, art. I).

«Llegará á creerse que en la Iglesia todo está perdido... ¡La confusión, la confusión, aun entre los Sacerdotes!» (Magdalena Porsat). «Todos se guiarán por los respetos humanos... y padecerán mis escogidos tan extrañas persecuciones, que vivirán dudosos y perplejos, no sabiendo qué doctrina seguir de tantas como habrá... Ruega por mis escogidos, los cuales no sabrán de qué lado deban inclinarse». (El Señor á Sor Dominga del Paraíso). «Entre los perseguidores habrá tal división de pareceres, que esto colmará de gozo á los apóstatas». (Anónima, citada por Da Macello).

Ruega á Santa Hildegarda el Clero de Colonia, á quien ella había visitado, le diese por escrito «las palabras de vida que de viva voz le había dirigido por inspiración de Dios, y que añadiese á ellas lo que con este motivo le hubiera revelado». La respuesta es una larga carta en que con el acento enérgico de los Profetas y mirando á lo futuro, les echa en cara sus vicios y anuncia los castigos. De esta carta copiamos lo principal en el art. II del presente capítulo. Su carta al Clero de Tréveris, semejante á la de Colonia, arguye también de muchos pecados á dicho Clero, y más en particular al presente. Santa Catalina de Sena

escribió también mucho sobre esta materia. Citaremos solamente un pasaje de los que se refieren á la época actual:

«Para hacerme comprender (Jesús), que las circunstancias en que se muestra la Iglesia son permitidas para que vuelva á su esplendor, me citaba la Verdad Suprema dos textos del Evangelio: *Es necesario que vengan escándalos.* Y Nuestro Señor añadía: *Pero ¡ay de aquel por quien viene el escándalo!* Como si dijera: Yo permito estos tiempos de persecución para arrancar las espinas de que se ve rodeada mi Esposa, pero no permito los pensamientos culpables de los hombres. ¿Sabes lo que hago? Lo que hice cuando estaba en el mundo; hice entonces un látigo de cuerdas y eché del Templo á los que compraban y á los que vendían, no queriendo que la morada de mi Padre viniera á ser una cueva de ladrones. Dígote que hago lo mismo ahora: hago un látigo de las criaturas, y con este látigo arrojo á los mercaderes impuros, codiciosos, avaros, é hinchados de orgullo, que venden y compran los dones del Espíritu Santo.—Y en efecto, con este látigo de la persecución de las criaturas, Nuestro Señor los echaba y por la fuerza de la tribulación los arrancaba de su vida vergonzosa y desarreglada» (SANTA CATALINA DE SENA).

«Cuando la sociedad haya sido bien castigada, bien azotada y desolada, entonces vivirán de otro modo el pueblo y el Clero, y subirá al Papado un Pastor (el Angélico), que gobernará con amor y celo. ¡Oh qué feliz estado aquél!» (BTO. BARTOLOMÉ DE SALUZZO).

«Ayer todavía pedí á Dios ardientemente que me retirase las visiones (particularmente acerca del Clero), á fin de no tener la obligación de manifestarlas y la responsabilidad que esto lleva consigo; mas lejos de ser escuchada, se me ha dicho, como de costumbre, que debo referir todo lo que esté *en condiciones de decirse*, y esto aunque se burlen de mí. Yo no puedo comprender para qué servirá esto. Me han dicho que nadie ha visto todo esto de la misma manera que yo, y además que esos no son negocios míos, sino que incumben á la Iglesia. Es una desgracia que se pierdan tantas cosas, y de aquí resulta gran responsabilidad. Bastantes personas, que son causa de que yo no goce de reposo, y el Clero que está necesitado de hombres y de fe para hacer esto, tendrán que dar á Dios terrible cuenta». (SOR ANA CATALINA EMMERICH).

Este pasaje nos trae á la memoria lo que el abate Trichaud dice en el folleto *Pío IX y Enrique V*, 10,

edición de Marsella, tratando de la gran profecía de San Cesáreo.

«Continué, dice, mi trabajo histórico de San Cesáreo. Cuando en 1853 lo entregaba á la imprenta, el imperio salvaba á Francia de una espantosa anarquía y *parecía* sostener entonces la Religión, *no como instrumento político, no por agradar á un partido, sino únicamente por convicción y por amor del bien que inspira y de las verdades que enseña.*

Yo no tuve el valor de turbar aquellas dulces esperanzas, suscitando en la opinión pública tristes aprensiones».

Con palabras como las subrayadas y otras muchas tan falaces y pérfidas como ellas, el más falaz de los soberanos logró adormecer en Francia á los varones más ilustres, incluído el clero. Muy pocos sospecharon como debían de aquel precusor del Anticristo que, si no hizo más daño, fué porque no pudo. Eso, eso mismo sucede hoy; no se sospecha de ciertos gobernantes, el Clero se adormece, los fieles también... y si una Emmerich lo advierte, búrlanse de ella y la persiguen.

¡Cuán terribles serán las consecuencias de nuestra ceguera!

(*Luz Católica*, núm. 24=14 Marzo 1901).

Apéndice.—Obediencia.

En muchos de nuestros humilde escritos nos hemos ocupado de la influencia que los defectos del Clero pueden ejercer en la fe de los católicos, tocante á la divinidad de la Iglesia. Nos parece oportuno copiar aquí un pasaje de nuestro modesto libro *Los Consejos del Cardenal Sancha*, en el cual, pág. 95, se lee:

«Lejos de creer que la miseria del hombre empaña la santidad de lo instituído por Dios, vemos, por el contrario, en eso mismo una razón más de su sello divino. Veo en los aires, elevado sobre torres y montoñas, un castillo espléndido y solidísimo, contra el cual nada pueden las tempestades, ni los

ciclones, ni la furia de las guerras humanas. La mole de granito que se levanta á las nubes, desafiando todos los rigores del tiempo, puede hundirse por un terremoto; pero aquel castillo no se hunde. Y sin embargo, su base es ¡una caña clavada en la tierra! esa sola caña lo sostiene en los aires contra todas las furias. ¿Quién no ve en esto un perenne milagro de aquel que dijo: *Tu es Petrus*...? Esa es la Iglesia, esa es la Santa Sede, esa la Piedra, y sus ministros son la caña: la fragilidad de ellos prueba la divinidad de ella; culparlos no es culparla; la doctrina es de ella, la conducta es de los hombres».

Otro punto nos conviene tocar. ¿Merecen obediencia unos ministros tan defectuosos? Hoy responden casi todos: NO. Nosotros, que pensamos de muy diferente manera, respondemos: SÍ. La vidente Magdalena Porsat habla de los malos sacerdotes y obispos, y dice: «Id á los Pastores; Dios es quien los ha puesto. Pero ¡ay! ¡ay de los mercenarios que se ponen del lado del siglo!» Es lo que expresó el Príncipe de los Apostóles con su conocida palabra: *Etiam discolis.*

Antes lo mandó Jesucristo diciendo: «Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariséos: *haced lo que os manden*, pero no los imitéis».

Este ha sido siempre nuestro principio teórico y práctico, y en *Luz Católica* hemos dado muchas pruebas. Si alguien lo duda, dígnese consultar especialmente los números 1, 3, 4, 7, 8 y 10; y para facilitárselo, citaremos las páginas, que son: 5, col. 1.ª; 39, col. 1.ª; 52, col. 2.ª; 98 y 99; 107, col. 2.ª, 114, col. 1.º; 144.

Si de muchos no hemos sido comprendidos, es porque los tales confunden la obediencia con la prudencia, la justicia y otras virtudes. A la obediencia no corresponde examinar el mandato, sino obedecer; el exámen pertenece á las otras virtudes.

Perfecte obediens est qui, propria voluntate et judicio reluctante, alienum sequitur imperium atque judicium, dice el V. Padre Granada en el 2.º de su Retórica, c. 12; y en el 11 del 6.º añade: *Obedientia nihil deliberare, nihil discutere tenetur, quum ad hanc virtutem*

NON IMPERATA EXAMINARE, SED DILEGENTER EXEQUI PERTINEAT; que es lo que nosotros hemos dicho.

La discreción, que viene á ser un compuesto de muchas virtudes, es la que examina la licitud del mandato cuando conviene, y la que hace decir á San Gregorio Magno: «Adviértase á los súbditos que no se sujeten más de lo conveniente, no sea que, sujetándose así á los hombres, se vean obligados á reverenciar los vicios de éstos». *Obedire oportet Deo magis quam hominibus.*

Por eso puede uno valerse de todos los derechos de la corrección fraterna y corregir al sacerdote ó al Prelado, sin que por esto deje de ser obediente. Lo que hay para ello es dificultad, no poca; mas la dificultad no es incompatibilidad.

No obstante estas doctrinas, que son las genuinamente católicas, hoy se mide generalmente la obediencia por la conveniencia ó el interés, de suerte que, si el superior no nos favorece ó deja hacer, no se le obedece ó se le obedece de mala manera. San Ignacio de Antioquía ya previno esta falsa obediencia en el primer siglo de la Iglesia. «No consideréis el superior según la carne, decía, sino según Jesucristo».

Obedecer á los superiores por lo que son ó dejan de ser, no es obediencia; se les debe obedecer por su autoridad, que les viene de Dios, prescindiendo de sus obras; lo demás no es católico ni cristiano.

Si los hubiésemos de respetar según la carne, perderían todo su derecho á ser respetados los mismos que murmuran de ellos por razones ó prudencias de la carne.

(*Luz Católica*, núm. 24=14 Marzo 1901).

IV

Castigo y penitencia.

El Castigo se acerca.

Y después de tanta relajación, de tanta impiedad, de tantas abominaciones como nos han descrito los artículos precedentes, ¿qué esperan los hombres?

«Los hombres,—dice el Señor en el *Grito de Salud*,—se han negado á recibir á un Dios bueno y misericordioso, y verán cómo descarga sobre ellos la cólera de un Dios justamente irritado; verán que no se insulta á Dios en vano, y reconocerán, aunque tarde, que soy Omnipotente».

Y á los niños de la Saleta dijo la Santísima Virgen:

«Si mi pueblo no quiere someterse, me veré obligada á dejar caer el brazo de mi Hijo; es tan pesado, que no puedo detenerlo por más tiempo». «En vano intentaréis libraros de la ira de Jesucristo, el cual ya no puede contener la espada de su justicia», anunció el B. Bartolomé de Saluzzo; y el apocalíptico abate Silvestro Castiglione vió escritas estas palabras de la Escritura en el libro de sus visiones: «Raza de víboras, ¿quién os librará de la cólera del Omnipotente que está para estallar? He aquí que la segur está ya aplicada al tronco del árbol; si no os convertís pronto y de todo corazón á Jesucristo, Él blandirá contra vosotros su espada y tenderá su terrible arco».

El ilustre Da Macello cita en *I Futuri Destini* la visión de un humilde profeta de Turín, contemporáneo suyo, verificada el 27 de Febrero de 1862. Del nombre del vidente sólo pone las iniciales G. R.; pero bien pesadas las razones y la visión en sí misma, parece tener ésta todas las notas de autenticidad: por auténtica la admitimos y de buen grado la copiaríamos toda, si no fuera tan larga; pondremos solamente el final, que es la entrega de una carta ó aviso llevado

por el vidente al Papa, de parte de Jesucristo, el cual dirigía á los hombres tremendas amenazas que se convertirían en hechos si no enmendaban sus costumbres y hacían penitencia.

Además, mandábase al Sumo Pontífice «amonestar á las autoridades temporales que no permitiesen la libertad de imprenta y la difusión de los libros impíos é inmorales; que observasen é hiciesen observar los días festivos y no tolerasen las blasfemias, los desórdenes y escándalos públicos; que respetasen la Religión santísima, pues de no respetarla, pueblos y gobernantes incurrirían en la tremenda ira de Dios; que aquellos reinos y naciones á los cuales los castigos y amenazas no bastasen para hacerlos volver en sí, tendrían la misma suerte del pueblo judaico (1), esto es, serían abandonados por Dios á su ceguera y réprobo sentido, para ser primero aniquilados y después atormentados por toda la eternidad».

Muchas veces han dirigido desde entonces Pío IX y León XIII estas amonestaciones á los Gobiernos, pero los Gobiernos las han menospreciado; el castigo, pues, era necesario, y en efecto, empezó tiempo ha, dura, y seguirá siendo cada vez más terrible. Entre los pecados *de moda* que más excitan la cólera de Dios, descuellan la profanación de los días festivos, la impureza y la blasfemia. El vidente arriba citado lo indica; el abate Curricque trae también en *Voix Prophetiques* la visión de otro profeta cuyo nombre omite por las mismas razones que Da Macello, y el profeta dice de Francia como pudiera decir del resto del mundo:

«Dios me da á conocer que las desgracias que amenazan á Francia se cumplirán, sobre todo, á causa de la profanación

(1) Da Macello, interpretando este pasaje, pone estas palabras que son muy de notar por su aplicación á cierto presente: «El pueblo judío, después de haber esperado durante cuatro mil años al Redentor, cuando llegó la plenitud de los tiempos y Éste vino al mundo, no quiso reconocerle ni obedecerle». Hágase la aplicación á lo que acontece hoy respecto de *El hombre que se necesita*.

del domingo. Hago un acto de conformidad con la voluntad de Dios, por lo que yo mismo habré de padecer».

Pone el mismo Curricque una aparición profética, para dudar de la cual no tenemos razones, y de ella sacamos estas palabras aplicables á todos los pueblos:

«Francia está muy humillada, mas también es muy culpable. Ha dado una grave caída, de la que no se levantará más que volviendo á ser cristiana. La Francia es culpable especialmente por la violación del descanso dominical, por otro vicio horrible (la lujuria), que tan común ha llegado á ser en ella, y sobre todo por la blasfemia. ¡Oh! las blasfemias son horrendas en Francia y atraen la cólera de Dios. He ahí las tres cosas que Francia debe principalmente evitar.

»En confirmación de todo esto viene lo que dijo la Santísima Virgen en la Saleta: *«Os he dado seis días para trabajar, me he reservado el séptimo, y no se me quiere conceder.* He ahí lo que hace tan pesado el brazo de mi Hijo. Los carreteros no saben hablar si no mezclan el nombre de mi Hijo... Vendrá una grande hambre».

Complemento de esto es lo que la misma celestial Madre dijo á Margarita Bays, la estigmatizada de La Pierre:

«La perversidad del mundo es tan grande, que yo no puedo detener el brazo de mi Hijo, ultrajado sobre todo por la blasfemia, la profanación de los días santos, la impureza, el abandono ó negligencia de la oración y el olvido de Dios. Por tantos crímenes y para ayudarme á contener el brazo de mi Hijo, padecerás tú un tormento muy particular».

No se dirigen estas amenazas á Francia solamente, sino á las naciones en general, pues todas están más ó menos contagiadas de la espantosa relajación francesa. Por eso la simpática y notabilísima vidente María des Terreaux profetizó como sigue:

«En el momento en que Francia sea castigada de esta manera tan terrible, todo el universo lo será igualmente. No se me ha dicho cómo. Se me ha anunciado que habría un acontecimiento tan espantoso (la revolución europea, acompañada de hambre y peste), que los que no estuvieren prevenidos, creerán haber llegado al fin del mundo; pero repentinamente acabará la revolución por un gran *milagro* (prodigio solamen-

te le llaman los demás profetas), que causará el asombro del universo. (Es la victoria del Gran Monarca). Los pocos malos que queden se convertirán. Las cosas que deban suceder *serán una imagen del fin del mundo*».

Convienen los profetas en que el poder de los demonios será grande en estos tiempos. Dios los desatará para castigo de los hombres. El V. Telesforo dice:

«Cristo mandará al Angel que suelte á Satanás para que siembre las discordias, las sediciones, las guerras, los cismas y seduzca á los que obstinadamente rechazaron los avisos del cielo. Dios, por los pecados del Clero y del pueblo, permitirá un gran cisma (estamos empezando), que será como mensajero de todos los males».

La Beata Sor Clara Isabel decía en 1800, poco antes de morir:

«Todos se regocijan porque creen pasada la época de los ayes (la del Terror); pero aun se verá otra mucho peor que la pasada... Os aseguro que falta mucho más de lo que creemos. ¿Pensáis que los ayes se acabaron? No se acabaron; lo que padecisteis es nada en comparación de lo que padeceréis. Orad por caridad, y orad mucho, para que el Señor tenga misericordia».

Elena, la estigmatizada de Ceilán, «portento de la Omnipotencia y portento de la gracia», como la llama el canónigo zaragozano D. Pedro González de Villaumbrosia, sintetizó en dos palabras todo lo que precede:

«El triunfo de la religión está próximo (han pasado desde entonces 30 años), pero el castigo que precederá será espantoso».

Lo mismo viene á decir la profecía del Beato Amadeo:

«Antes que vengan los tiempos felices, serán purgados con azotes, según está establecido».

Esa es la economía de la divina Providencia. *Deus quos diligit corripit;* y las sociedades tienen que pagar sus pecados en este mundo, no en el otro.

«Se acerca la gran visita y reforma del mundo», dijo San Francisco de Paula, hablando de un tiempo 400 años posterior á su gran profecía; y San Vicente Ferrer exclamó:

«Llorad los que seáis testigos de estruendo tan grande, que ni fué ni será, ni se espera ver otro mayor, no siendo el del juicio».

O como predijo Juan de Vatiguerro:

«Habrá tan grandes y tan diversas desgracias, que desde el principio del mundo nunca habrá tenido lugar semejante turbación, y nunca males tan numerosos, tan terribles y tan dignos de admiración habrán afligido la tierra».

Para definir mejor el tiempo en que esto ha de suceder, la misma predicción dice que vendrá después de los días que atravesamos, los cuales describe así, con la significativa concisión del lenguaje profético:

«En aquellos años estallarán sediciones y conspiraciones horribles; pero no todas aquellas sediciones y conspiraciones obtendrán lo que se propongan, porque *algunas serán reservadas hasta otros tiempos*».

Il Vaticinatore, de Da Macello, cita una profecía italiana moderna que completa de este modo el citado párrafo de Vatiguerro:

«Agitación, turbulencia, armas, sangre, apostasía... Los jefes de las naciones piensan inútilmente en salvarlas. Intervención extranjera, armas, sangre, ruinas, desórdenes, epidemias, calamidades, asesinatos, cisma, inmoralidad. *Nueva dinastía*, nuevo orden de cosas, algunos reinos extinguidos, otros mutilados, otros aumentados, otros con diferente forma».

Según el Iltmo. Vandina, citado por Cornelio à Lápide en sus comentarios al Apocalipsis, la Beata Margarita de Rávena predijo en éxtasis que la Iglesia debía padecer muchas persecuciones, y que Dios quería purgarla y renovarla con pestilencias, penurias, incendios, sublevaciones, guerras y otros males gravísimos, y que por tales medios quería restituirla á su primitivo esplendor. La profecía viene cumpliéndose desde que se hizo, siglo XVI; pero no habiéndonos restituído to-

davía al esplendor antiguo, debe consumarse en nuestros tiempos como todos los profetas anuncian. Sigamos oyéndoles. El V. Holzhauser, antes de describir el triunfo de la Iglesia y paz del mundo, profetiza los siguientes castigos, unos cumplidos ya y otros que van á cumplirse.

«El Señor aventará su trigo por medio de crueles guerras, sediciones, pestes, hambre y otros males horribles. La Iglesia latina será afligida por muchas herejías y malos cristianos: se suprimirán muchos obispados é innumerables monasterios y dignidades muy ricas por los mismos príncipes católicos. Se sujetará la Iglesia á gabelas y exacciones, de modo que podrá decirse con Jeremías que «la primera de las naciones ha sido sujeta á tributo». Será blasfemada por los herejes, y los eclesiásticos serán vilipendiados por los malos cristianos, sin que se les tenga por éstos ninguna consideración ni respeto. Atravesará tiempos de aflicción, de matanza, de defección y de toda clase de calamidades, y serán muchas las víctimas de la guerra, de la peste y del hambre. Pelearán reinos contra reinos, y otros, divididos en sí mismos (como España), serán desolados. Se destruirán principados y monarquías; habrá mucho enpobrecimiento y gran desolación en la tierra. Todo esto será permitido por justo juicio de Dios, á causa de haber llenado la medida de nuestros pecados en el tiempo de la benignidad, cuando nos esperó para hacer penitencia».

«El mundo,—profetizaba la V. Sor Natividad hace un siglo,—será afligido por guerras sangrientas; los pueblos se levantarán contra los pueblos; las naciones contra las naciones, tan pronto unidas como divididas para combatir en favor ó en contra del mismo partido: los ejércitos se chocarán espontáneamente y llenarán la tierra de mortandad y carnicería. Estas guerras intestinas y extranjeras ocasionarán enormes sacrilegios, profanaciones, escándalos, males infinitos por las incursiones que se harán contra la Iglesia, usurpando sus derechos, con lo cual recibirá grandes aflicciones».

De estos tiempos hablaba también Jesús Nuestro Señor cuando decía á Santa Margarita de Cortona:

«Yo te declaro que esperan grandes castigos á los pecadores; padecerán guerras espantosas, hambre y pestes, antes que llegue el fin de los tiempos (frase profética muy usada, que las más veces quiere decir *el fin de la impiedad*). Los fautores de los vicios de alma y cuerpo han llegado á ser tan numerosos, que es imposible dejarlos obrar impunemente por

más tiempo. Los cristianos son ahora más sabios en el mal que lo fueron los judíos en mi Pasión. *Yo exijo que los predicadores de mi palabra muevan al mundo y á ellos mismos á la conversión sin reserva*, para que vivan en mí la verdadera vida».

«Habrá tantas y tan grandes subversiones,—dijo hace medio siglo Sor Rosa Colomba Asdente,—que se verá marchar pueblo contra pueblo para exterminarse uno á otro bajo el siniestro golpe de tambores (particularidad notable de nuestros días) y de armas mortíferas. La revolución debe extenderse á toda Europa, donde no habrá ya calma sino después que la flor blanca (Gran Monarca) haya subido al trono de Francia».

Después de haber subido al de España.

El V. P. Antonio Albesani, del Oratorio de San Felipe en Savigliano, añade un detalle, y es de la falsa paz que hemos gozado en estos tiempos.

«Habrá paz, dice, pero no paz verdadera, sino paz interrumpida por turbulencias. Antes que llegue la paz verdadera habrá una guerra sin cuartel, extremadamente sangrienta, la cual se extenderá por toda Europa. Habrá también una hambre horrible».

«¡Ay tres veces de Francia! ¡Ay tres veces de Italia! ¡Ay tres veces de Alemania!—exclamaba Mariana Galtier.—El ángel no envainará la espada sino después de haber castigado á todas las naciones».

Sor María de la Cruz, ó sea Melania la pastora de la Saleta, que de labios de la Virgen había aprendido estas cosas, exclamaba:

«¡Pobre pueblo!... Tú no sabes que puedes ser pulverizado como el grano bajo la muela de las venganzas de Dios.. Pero *es inútil hablar á los hombres; la ceguedad ha llegado á su colmo;* es menester que Dios les hable, y les hablará; pero ¡no pueden imaginarse cómo! La tierra necesita de un expurgo».

En vista de que todos estos castigos son necesarios y hemos de pasar por ellos, no podemos menos de exclamar con la profetisa riminense en otro capítulo citada:

«¡Oh Dios mío! ¡Cuán inundada de pecados está la tierra! Pero, Señor, tened piedad de los pecadores... ¡Oh cuánta ne-

cesidad tiene de ser purificada vuestra Iglesia! Enviad, Señor, enviad presto los azotes que habéis preparado, porque cuanto más tarden, veo que tanto serán más terribles».

(*Luz Católica*, núm. 26=28 Marzo 1901).

Penitencia, abnegación, inmolación.

En varios periódicos hemos leído estos días la siguiente predicción ó profecía del P. Ramiere, S. J.

«La persecución se agravará de día en día. Atroz es ahora, más lo será después. En las naciones católicas se niegan á la Iglesia los derechos más sagrados; con ella no reza la libertad tan ponderada, y sus hijos están fuera de la ley. *Hay que aplastar al infame*, es la voz que resuena de un polo á otro.

Si Dios no pone trabas á la dominación universal de la secta impía, la persecución moderna dejará atrás á la de los emperadores romanos, porque será más radical, y más sabiamente dirigida.

Privarán á la iglesia de toda libertad de obrar; no le permitirán ni enseñar la verdad, ni condenar el error, ni formar á sus ministros, ni resguardar á sus discípulos, ni rechazar los tiros de sus adversarios. Harán cruda guerra á las congregaciones pías, y sobre todo á las Ordenes religiosas, queriendo borrar hasta el último vestigio de ellas. Dirigirán sus tiros principalmente al Corazón de Jesús y al de la Iglesia, metiendo cizaña entre los fieles para ahogar la caridad».

Esto es literalmente lo que acontece hoy: ¿Cuál es el medio de evitarlo, cuál el de confundir á los impíos y pasear por el mundo la Cruz triunfante? La lucha de unos, la abnegación de otros, la inmolación de los héroes, la penitencia de todos. Largo es este capítulo; sólo una parte podremos poner hoy.

Ahora bien; el Cielo mismo se ha encargado de aleccionarnos directamente para que sepamos librar la gran batalla. Aquí son Jesucristo y su Inmaculada Madre los que se aparecen á San Francisco de Asís, para que funde la Iglesia de la Porciúncula, de suerte que el seráfico Patriarca dice á sus hijos al morir, esto que es de universal aplicación para la defensa de la Iglesia:

«Guardaos bien de abandonar nunca este lugar; si os echan de él por un lado, entrad allí por otro, pues es santo, es la morada de Jesucristo y de su Santísima Madre».

Todas las profecías religioso-políticas antiguas y modernas coinciden en este punto: que la acción se halla empeñada hace medio siglo entre el cielo y la tierra, no ya entre reino y reino: hubo un intervalo de casi treinta años, del cual y de sus causas hablaremos en su día, y ahora ha vuelto Europa á su misma situación de los años 68, 69 y siguientes del siglo pasado.

En lo mismo coinciden las apariciones celestiales más auténticas, ya simbólicas como la de la Santísima Virgen en Potmain, ya para hablar y corregir como en la Saleta, Chapelles, etc., etc. En todas ellas, en las citadas en otros lugares y en las que en adelante mencionaremos, aparece claro el mandato que el Cielo nos impone de ser esforzados y tenaces en defender la Causa de la Iglesia hasta la muerte.

La Santa Sede, cuyo testimonio no es, ciertamente, inferior al de una aparición ó al de un profeta, ha confirmado esto mismo en mil ocasiones, con relación á los Gobiernos, que son los amparadores de la impiedad. En su grandiosa alocución de 13 de Abril de 1872 decía Pío IX, que en muchas ocasiones fué un verdadero profeta:

«En todos los países y en todos los reinos es un deber el obedecer al que manda; pero al mismo tiempo es menester proclamar la verdad con respeto y fortaleza. Cuando las mentiras se publican abiertamente, es necesario tener el valor de refutarlas constantemente, aun en presencia de las más horribles contradicciones».

A 30 de Junio del mismo año, Pío IX añadía en un discurso:

«Elevemos nuestros ojos á Dios; tengamos confianza, estemos unidos. DE LA MONTAÑA CAERÁ, POR FIN, UNA PIEDRA QUE QUEBRANTARÁ EL TALÓN DEL COLOSO. Mas si el Señor quiere que se levanten otras persecuciones, la Iglesia no las teme; al contrario, *las persecuciones la purifican*, le dan nueva fuerza y nueva hermosura. Hay, en efecto, en la Iglesia *cosas que tie-*

nen necesidad de ser purificadas, y las persecuciones que vienen de parte de los grandes políticos, sirven mejor á este intento. Esperemos lo que Dios disponga; pero esperemos llenos de respeto y docilidad al Gobierno, exceptuando, sin embargo, las leyes que son contrarias á la Iglesia».

Parece que algunos de esos católicos de burlas, que se burlan hasta de lo más santo, han tomado á risa lo que hemos escrito sobre el ofrecimiento de la vida por la Patria, fundándonos en hechos y enseñanzas terminantes de la Sagrada Escritura. Dicen que basta luchar políticamente contra la impiedad de los gobiernos. No nos ocuparíamos de estas ridículas é impías pampiroladas, si los profetas de estos últimos siglos no nos dieran ocasión de confirmar nuestra idea y nuestro intento. Basta por hoy el testimonio de la admirable Sor Dominga del Paraíso, que repetidas veces ofreció al Señor su vida por «sus florentinos», como ella decía, y el Señor, contestándole, decía también «tus florentinos».

«Vedme aquí postrada, Señor,—dijo á Jesús un día que se le apareció armado de saetas de fuego,—descargad sobre mí toda vuestra ira, que pronta estoy á padecerlo todo por vuestro amor y *por mis florentinos*».—Déjame que los castigue, le respondió el Señor, porque son muy ingratos á mi misericordia».

Aparecióseles en otra ocasión igualmente dispuesto á castigarlos, y dijo á Sor Dominga:

«Mira, esposa mía, cómo me ofenden *tus florentinos*. Deja, deja que los castigue... No puedo sufrir ya las grandes maldades de tantos ministros míos que con tan horrible tranquilidad me ofenden».

Sor Dominga pidió, rogó, suplicó á su Esposo celestial que descargase en ella los castigos, perdonando á Florencia *su cara Patria*, como le llamaba ella, y fué atendida su oración.

Más adelante hallaremos otros ejemplos de este sublime patriotismo de los Santos.

(*Luz Católica*, núm. 28=11 Abril 1901).

Mucho pueden las oraciones de los Santos; pero no bastan para satisfacer definitivamente á la justicia de Dios por los pecados sociales, si los hombres no hacen penitencia. Por eso dijo el Señor en otra ocasión á Sor Dominga del Paraíso.

«¡Oh ingratísimos! Me ofenden sin cesar, y yo obtengo de mi Padre el perdón; pero ha llegado ya el tiempo de no concederles misericordia. Si movidos de contrición y fe retornasen al gremio de mi Iglesia, facultad tiene mi Vicario para absolverles; pero es muy difícil su retorno, porque todos quieren vivir á su placer. Doy misericordiosamente á todos luz suficiente para que conozcan la gran eternidad del cielo y del infierno, pero les arredra la penitencia. ¡Ay, ay de de los que no hagan penitencia!»

Díjole también: «Enviaré una trompeta—un gran predicador ó un hombre verdaderamente apostólico, entiende Da Macello—que sonará: *¡penitencia, penitencia!*». Porque «sólo la penitencia puede desarmar la cólera de Dios», exclamaba el Santo B. José Labre, moribundo, prediciendo á su confesor los castigos de todo un siglo.

Penitencia pidió la Santísima Virgen en la Saleta, y en Lourdes exclamó por tres veces: «¡Penitencia, penitencia, penitencia!»

Este es el grito de salud con que el cielo nos amonesta, hoy más que nunca, por boca de los Profetas y de los Santos: hasta el hermano José María Ortíz, anda por esta España predicando de palabra y de obra: *¡penitencia!*.

Almas grandes hay que no sólo hacen penitencia por sí mismas, sino también por los otros. La profecía de la Cartuja, que con el abate Curricque hemos citado otras veces, dice así:

«Vi un gran número de personas que parecían aceptar la muerte en expiación de sus pecados; pero ví también muchos que se desesperaban á vista de la muerte. En medio de aquel trastorno, me pareció oír este grito resonando en todas partes: *Haz penitencia y repara por tantos crímenes; repara por ti y repara por los otros*».

«¡Pobre Europa!, decía la favorecida de la Saleta. Si yo no conociera la bondad, la misericordia y el poder de Dios, me inclinaría á creer que todo está perdido, y que el Señor quiere un exterminio total. Pero Dios puede hacer un milagro y cambiar enteramente la faz de la Europa. *Suframos y ofrezcámonos, supliquemos, conjuremos, prometamos é inmolémonos*».

Inmolémonos como la estigmatizada Margarita Bays, á quien la Santísima Virgen entregó una cruz, diciéndole que padecería por el mundo «un tormento particular». Apretaba después Margarita la cruz en su pecho y exclamaba: «¡Oh Santa Víctima! justo es que yo padezca con Vos. No escuchéis mis repugnancias... ¡Yo abrazo la cruz, yo quiero morir con Vos»!

Inmolémonos como Luisa Lateau, la estigmatizada belga que padecía tormentos indecibles, y que fué reconocida por buenos doctores místicos como víctima que Dios se escogía por los pecados que en la segunda mitad del siglo XIX se cometían, sobre todo en París y Roma.

Inmolémonos como Santa Angela de Foligno, como la Beata Hosana de Mantua, como la Beata Alicia de Schaerbeeck y otras almas escogidas que en mil ocasiones ejercieron el oficio de reparadoras y fueron víctimas expiatorias ante el Señor.

Inmolémonos como la santa religiosa, á quien el Venerable Souffrand encargó, según palabras de ella citadas por Curricque:

«Que buscase cierto número de víctimas voluntarias que ofreciesen el sacrificio de sus vidas por la Iglesia y la Patria. He hallado algunas, añadía la religiosa; ignoro si el número es suficiente: ya han muerto, menos dos que viven aún; pero una enfermedad del pecho no tardará en llevarlas al cielo».

Inmolémonos como otras dos estigmatizadas de quienes dice el mismo autor, tomándolo de *La Buena Lectura* de Tournay, que siendo más elevadas en santidad que Luisa Lateau, han padecido más que ella y han expiado, bajo la tortura del más agudo y extraordinario tormento, las numerosas abominaciones come-

tidas en Italia y Francia, por los años 1869 y siguientes.

¡Cosas de mujeres histéricas! dirán esos hombres que tienen mucha fe, mucha, pero nunca creen estas comunicaciones de Dios con sus siervos. En efecto; cosas de mujeres que unas veces tienen los nombres dichos y otras se llaman Teresa de Jesús y Catalina de Sena; cosas de mujeres á quienes el divino Esposo dice, como á la Madre María de Jesús:

«Quiero que seas una víctima continuamente ofrecida por el amor y pronta á ser inmolada como me plazca».—«Y enseguida, dice ella, me ofrecí al Señor para ser en todo inmolada según su agrado, por su amor y *por la salud de mis hermanos*».

«Los hombres, dice la profecía *Grito de Salud,* son, hasta cierto punto, solidarios unos de otros; no porque los crímenes de unos puedan imputarse á otros, por lo que hace á su salvación, sino en cuanto esos crímenes se imputan hasta cierto punto por lo que hace á la reparación. *Hay una parte de reparación que debe ser satisfecha por las almas justas, por víctimas inocentes, por almas en estado de gracia*».

Y ¿quién mejor que las almas puras, sencillas y humildes? Esto es de absoluta conformidad con todas las Escrituras.

«Cuando los crímenes aumentan sin cesar, prosigue el Señor en el *Grito de Salud*, cuando los que son míos ó se convierten á mí no hacen una reparación voluntaria suficiente por sus faltas, y no se encuentra bastante número de almas que se ofrezcan á satisfacer, sucede entonces que, después de advertir y prevenir, castigo: castigo á los pecadores para que escarmienten; castigo á los que en cierto modo pueden llamarse justos, aunque á mis ojos no merezcan ese nombre, para hacerles expiar las culpas en que no han reparado bastante, imponiéndoles la expiación que no ha querido hacer de buen grado; castigo también á las víctimas justas, santas, inocentes, agradables á mis ojos y que ya han satisfecho por sí mismas y reparado por otros, á fin de que llenen la medida de repaciones necesaria para que pueda yo derramar de nuevo mis beneficios y mis gracias. *Tales son las tres clases de personas que van á ser castigadas*. Esfuércese, pues, cada uno en purificarse y reparar, á fin de poder atenuar los males; y si uno es

escogido por víctima, sea una víctima de suave olor en mi presencia; sea una víctima santa».

En otra profecía, aducida también por el abate Curricque, leemos que dijo el Señor á un alma santa:

«Anda, dí á tu Cura que pido con instancia la *Obra de reparación* de que ya he hablado. La adoración perpétua, establecida en la Diócesis en estos últimos tiempos, me agrada mucho; pero no tengo en ese solemne ejercicio una víctima que se sacrifique toda á su Dios. Quiero *víctimas reparadoras* para salvar al pueblo rebelde, sobre el cual está levantada mi ira y mi brazo pronto á caer».

«En confirmación de nuestra fe y holocausto por los pecados públicos, ofrezcamos el corazón al Señor», como el Beato Bartolomé de Saluzzo, que esto decía: ó como dijo el Señor á la gran penitente Margarita de Cortona:

«Lánzate á grandes pasos por el camino de la cruz, y obtendrás el gran bien que ambiciona tu alma».

Consúltese todo esto con lo que *Luz Católica* nos ha dicho varias veces acerca de una «Hermandad de expiación», especialmente en el número 25, pág. 394 (1).

(*Luz Católica*, núm. 35=30 Mayo 1901).

---

(1) Hállase formalizada esta Hermandad, con su Regla, bajo el título de *Milicia de la Cruz*.

[illegible]

CAPÍTULO VI

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN EL PROVIDENCIALISMO Y LA CRÍTICA

CAPÍTULO VI

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN EL PROVIDENCIALISMO Y LA CRÍTICA

I

Crisis sobre interpretación de Profecías.

Principios.

Así respecto de la profecía como de la historia, la prudencia crítica está tan lejos de la credulidad que lo admite todo, como de la temeridad que todo lo rechaza; pero es muy difícil hallar un justo medio, porque no es posible dar reglas tan fijas y concretas como las de cualquier ciencia ó arte.

Para discernir é interpretar las profecías modernas, no solamente se requiere leerlas mucho y pesarlas muchísimo, sino conocer muy bien el espíritu de la Iglesia, la historia y su filosofía, la lógica y todas las ciencias con las profecías relacionadas; y sobre todo, se requiere un conocimiento relativamente claro de la filosofía de la Providencia en el gobierno del mundo. Esto aparte de la luz que Dios se digne comunicarnos.

Humanamente hablando, cuando el intérprete reune todas las condiciones sobredichas, él mismo parece un profeta, tanto es lo que prevé y predice, comparando hechos con hechos, tiempos con tiempos, ideas con ideas, reglas con reglas, ora formuladas, ora

implícitas: tiene lo que llamamos *previsión*, en la cual sobresalieron recientemente, como dijimos ya, Aparisi Guijarro, el conde de Maistre, Donoso Cortés, Chateaubriand, Villoslada, Veuillot y otros ingenios del Catolicismo.

La filosofía de la Providencia no es utopía. Cierto que *Deus deorum libere egit;* pero no obra al antojo, sino que todo lo hace *in numero, pondere et mensura*, y *attingit a fine usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter*. Dios es lo único estable, lo único invariable; nada hay tan fijo. Si conocemos tan imperfectamente las leyes providenciales ó eternas de su gobierno que es temporal, defecto es de nuestra pequeñez: cuanto mejor se estudian, se ven más claras. El que se haya empapado en la Suma de Santo Tomás, conoce muchas sin que se las digan. Aquí no son del caso; pondremos en su lugar dos de los principios fundamentales de la filosofía providencial.

El primero está formulado por Dios mismo, y dice así: *Ego quos amo arguo et castigo;* «Yo arguyo y castigo á los que amo». A los réprobos los premia en este mundo, por algún bien natural que hacen, no habiéndolos de premiar en el otro.

Esto por lo que toca á los individuos. En cuanto á las sociedades, son del tiempo y no de la otra vida, por lo cual son aquí infaliblemente premiadas ó castigadas, según sus obras. De aquí el segundo principio, expresado por León XIII como sigue:

«Los pueblos y naciones, porque más allá del espacio de este mortal siglo no se pueden propagar, menester es que en la tierra lleven el merecido de sus obras».

La comparación lógica de estos dos principios, y otros de ellos derivados, con la experiencia y conocimiento de la historia y de la psicología social, constituye nuestra filosofía acerca de la Providencia; por donde se ve que, con el gobierno de Dios por un lado y la historia y demás por otro, podemos conje-

turar algo de lo futuro, conforme con lo del Apóstol: «Las cosas invisibles de Dios se hacen visibles por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas».

En efecto: la historia de ayer es la de hoy y será la de mañana; por aquélla puede conjeturarse ésta, lo cual fué expresado por el Eclesiastes con estas palabras que son la ley fundamental de la previsión:

¿Quid est quod fuit? Ipsum quod futurum est. ¿Quid est quod factum est? Ipsum quod faciendum est. Nihil sub sole novum, etc. Esto es: «¿Qué es lo que hasta aquí se ha hecho? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que se ha hecho? Lo mismo que se ha de hacer. Nada nuevo hay debajo del sol, ni puede nadie decir: he aquí una cosa nueva; porque ya existió en los siglos anteriores á nosotros».

Casi lo mismo vino á decir el Salmista:

«Los cielos publican la gloria de Dios y el firmamento anuncia las obras de sus manos. Cada día transmite con abundancia al siguiente estas voces—*dies diei eructat verbum* —y una noche comunica su ciencia á la otra».

«Si queréis ver lo futuro, dice el Padre Vieyra, leed las historias y mirad lo pasado; si queréis ver lo pasado, leed las profecías y mirad lo futuro. Mirad hacia lo pasado y hacia lo futuro, y veréis lo presente».

Así, pues, el que anda bien fundado en la filosofía de la Providencia y de la historia, y prevé sucesos que también se deducen de las profecías, no tema engañarse: son dos testimonios que, juntos, tienen gran autoridad.

(*Luz Católica*, núm. 18=31 Enero 1901).

Reglas críticas.

Para leer con fruto las profecías se ha menester, como hemos dicho, alguna luz de la filosofía de la Providencia, la cual ayuda también á discernir las verdaderas de las falsas. Para este discernimiento señaló el Deuterenomio (XVIII, 22) el cumplimiento de la profecía por regla; si no se cumple, no es profecía. Lo mismo vino á decir Jeremías Profeta (XVII, 9).

Parece esta regla vulgar y casi ridícula; sin embargo, es la única, porque si bien la veracidad, doctrina y santidad del sujeto son una garantía, no son regla infalible, pues hombres muy malos pueden ser profetas, como lo fueron Balam y Caifás, y hasta puede serlo el demonio (1).

Con todo esto, los exégetas han desmenuzado esta regla en otras varias, todas perfectamente aplicables á las profecías de los siglos cristianos. Las principales de la crítica filosófica son:

1.ª Pesar y profundizar con madurez el texto profético y su contexto.—2.ª Determinar cuidadosamente el fin y la intención de la profecía en general y en cada una de sus partes.—3.ª Examinar las circunstancias particulares del autor, objeto, tiempo, lugar, motivo de su obra, etc.—4.ª Comparar sus pasajes obscuros con los análogos de otras profecías. 5.ª Conciliar las antilogias ó contradicciones aparentes.—6.ª Si no pueden conciliarse, ó si hay otras dudas, consultar otros profetas, los Doctores de la Iglesia y las ciencias á que se refieran las dudas.

Practicando bien estas seis reglas con ayuda de los principios expuestos, no es difícil saber si las profecías son tales, ni interpretarlas; pero así como estas seis reglas suponen dichos principios, así suponen también otras reglas, como son las de la crítica general y las de la crítica histórica. Las de la general ó *hermenéutica*, que quiere decir «arte de interpretar», son de dos clases: unas se refieren al traductor, otras á él y al expositor. Aquéllas son dos:

1.ª Dominar las lenguas de que se traduce y en la que se traduce.—2.ª Dominar la materia de que se trata, para traducir el pensamiento y no sólo la expresión.

---

(1) El lector debe consultar, si desea conocer las principales reglas críticas de probabilidad de revelaciones y profecías, nuestra obra *Revelación de un Secreto*, Crisis.

Las otras son: 1.ª Procurarse las copias ó códices más correctos.—2.ª Examinar si la locución es propia ó metafórica.—3.ª Tener en cuenta el tiempo, objeto, vida, costumbres, doctrina, etc., del autor.—4.ª No juzgar por frases aisladas, sino por el conjunto, según los principios que lo informan.—5.ª No buscar la mente del autor en los pasajes ó frases incidentales, sino en los que tratan expresamente del asunto.—6.ª Explicar las proposiciones obscuras por las más claras.

Las reglas de crítica histórica son también de dos clases. La primera, fundada en el principio de autoridad de los antiguos, abraza tres, y son:

1.ª No es lícito apartarse del testimonio de los antiguos escritores, no habiendo firmes y constantes razones que prueben lo contrario.—2.ª Débese estar al testimonio del que refiere el suceso por haberse hallado presente ó por haberlo recibido de quien lo vió, si es público y el escritor no es parcial ni mezclador de fábulas, y si no hay contemporáneo grave que lo contradiga.—3.ª El argumento negativo, tomado del silencio de los antiguos, no es por sí solo suficiente para excluír la fe de los asuntos.

La otra clase, que sirve para el buen uso de la anterior, contiene estas cuatro reglas: 1.ª Es temeridad y abuso de la crítica apartarse del testimonio de los antiguos, sin firmes y graves fundamentos, sólo por algunas conjeturas.—2.ª En caso de insuficiencia de razones, más vale la credulidad reverente que la tenacidad en la crítica.—3.ª El crítico debe ser totalmente imparcial.—4.ª Siempre debe usar de modestia, aun con aquellos de cuya sentencia se aparta.—Podríamos añadir una 5.ª para las profecías, de este modo: Cuando una parte de alguna profecía se ha cumplido, hay prueba evidente de la legitimidad de la profecía, y debe esperarse el cumplimiento de lo restante.

Cuando ninguna de todas estas reglas se olvida

en la práctica, es fácil discernir las profecías: la dificultad está en que aquéllas se empleen bien. Una profecía falsa no las resiste; nosotros mismos, valiéndonos de ellas, hemos hallado algunos infundios que pasaban por profecías. Las auténticas, las verdaderas, como son las que hemos publicado en *Luz Católica*, aunque no se sepa con certeza el nombre del autor, se mantienen firmes como rocas á todos los embates de la crítica, excepto en alguna palabra, si la hay, alterada por los copistas. Críticos impíos las han examinado por curiosidad, y han acabado por respetarlas. Examínelas el lector imparcialmente, no las rechace *á priori*, y verá que son dignas de respeto y de fe.

La filosofía de la Providencia y la de la historia, que en lo principal son una misma, son lo más importante en este asunto. Ningún tratado se ha escrito de una ni de otra, que sepamos. El italiano Bertola, según César Cantú, publicó un libro intitulado *Filosofía de la Historia*; pero dice Cantú que nada tiene de lo que indica este título presuntuoso.

La escuela de Voltaire y de Condillac, imitadora de la griega, introdujo el filosofismo en la historia, sin historia ni filosofía; la escuela «nacional» de Hegel y la «sobrenatural» de Niebuhr van al error por extremos opuestos, dejando en medio la verdadera filosofía de la historia, que es la de la Providencia. Hoy el principio fundamental de dicha filosofía es, por regla general, la pasión de partido: cada uno filosofa en historia según el partido á que pertenece.

Pero tiene la filosofía de la historia un principio incorruptible que se levanta por encima de todas las degeneraciones, y es el instinto de la humanidad, el sentido común, la luz de que habló David, diciendo: *signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.* Esa luz, ese instinto general no se engaña: *Vox populi, vox Dei.*

Y ese instinto ó luz de lo alto dice que las pro-

fecías van á cumplirse; que la sociedad no puede seguir así; que la guerra general viene; que el Gran Monarca está á las puertas, y con él la paz general y el reinado de la justicia. No; el instinto general de la humanidad no se engaña; lejos de eso, todas las profecías, todas las previsiones y reglas de la crítica lo confirman.

(*Luz Católica*, núm. 18=31 Enero 1901).

II

La Providencia y la libertad.

Remedios divinos.

Cada día hay menos fe práctica en el Gobierno de la divina Providencia. Decimos práctica, porque especulativamente apenas hay quien no se tenga por más creyente que Abraham. Faltando la fe práctica, natural es no esperar en los remedios divinos como nuestros padres, sino en los recursos humanos, y de ahí que hasta los creyentes en brujas se nieguen á creer en la venida del Gran Mónarca. Para ellos especialmente vamos á trascribir una hermosa página del clásico Padre Fr. José de Sigüenza.

«Vió la sabiduría de Dios, dice, que la malicia y envidia del demonio no había de tener fin, ni abajar de su soberbia un punto; sino que había de irse extendiendo al mismo compás de los siglos, procurando en todos ellos quitarle á Él la gloria que se le debe, y al hombre los bienes que se le han prometido. Y así, Dios por el mismo suceso, y como por sus mismos pasos, fué proveyendo de remedio contra sus daños, y de reparos contra el estrago de sus envidias.

En el tiempo que los caldeos quisieron persuadir al mundo que todas las cosas pendían del curso de las estrellas, y que ellas eran la primera y verdadera causa de los sucesos humanos (engaño que el demonio les puso en los entendimientos), sacó Dios á luz al patriarca Abrahám, que haciendo como una escala de la misma filosofía, subiendo por los grados del conocimiento de las cosas visibles, vino á dar, llevado por Dios, en un principio más alto; y dejó abierta en el mundo una admirable senda de fe y obediencia divina, y dió principio de verdadera luz á los ojos de los hombres, que estaban ciegos con la falsa de las estrellas.

Después los egipcios, hechizados con la astucia de este mismo enemigo, dieron en supersticiones y agüeros, envol-

viéndolos el demonio, para mejor engañarlos, en unas apariencias de cosas, que llamaron ellos arcanas y divinas. Para remediar este daño, proveyó Dios de un Moisés, que después de haber alcanzado de esta su ciencia cuanto de ella se podía esperar, les mostró abiertamente cuán vano fundamento tenía todo aquello: y que si no era lo que por merced divina se comunicaba á los hombres de las cosas sobrenaturales, todo lo demás era ilusión y fantasía, ó una cosa que no se levantaba del suelo.

Cuando las cosas del pueblo de Israel andaban tan quebradas, que olvidados de aquella santa ley que recibieron de Dios por medio de los ángeles, unas veces idolatraban y otras se volvían á Dios, ya tornaban á negarle, ya se mejoraban de estado y ya tornaban á la primera miseria; levanta Dios un Samuel, que los corrige y detiene en las buenas costumbres y antigua fe de sus padres, conciértales la república, y asiéntala debajo de una cabeza y un rey, para que de allí en adelante no anduviesen tan varios y movedizos.

Después algunos, y aun muchos, de estos sus reyes, menospreciando por sus gustos y por sus intereses las santas leyes y ceremonias dadas del cielo, dieron consigo (y llevaronse tras sí poco menos todo el pueblo, que es inclinado á caminar á la huella de sus príncipes) en la primera idolatría, y junto con ella en todos géneros de vicios que se pueden imaginar. Para tanto estrago y dolencia, fué necesario que acudiese Dios, como suele, con Elías: que no fuese menos la fuerza de sus virtudes que la de los vicios del rey y su pueblo. Hombre en la vida, palabras, obras y celo, tan contrapuesto á todo lo que en Israel se usaba, que se veía de manifiesto haberle levantado Dios para que fuese remedio general de tantos daños.

No estaba en menor extremo de miseria el pueblo escogido cuando en él reinaba el intruso Herodes, ni los vicios de *avaricia y ambición, hipocresías, usuras, simonías* y *homicidios* estaban en más bajo punto, cuando levantó Dios otro nuevo y no menos celoso Elías. Este, pues, que en tal sazón levantó Dios, fué San Juan Bautista: con el cual, no sólo pretendió lo que con los otros, que era poner algún reparo y defensa á la furia de tantos males; más aún también, que fuese un como lucero del nuevo sol y luz que venía al mundo: esta luz, declarada por el mismo sol Cristo, y la semilla de la nueva del reino y libertad del hombre, con los altos pregones de los apóstoles manifestada y planteada, y con la sangre de los mártires regada y crecida.

Quien atentamente mirare la corrida que hasta aquí ha hecho el mundo, y el suceso de los tiempos, descubrirá muy

claro el cuidado y la providencia con que ha siempre acudido el cielo al remedio de las necesidades de los hombres. Son los ojos de Dios de larga vista, sin tasa de lugar ni tiempo; y van muy adelante de las cosas, que por sus veces suceden unas á otras. Todo lo mira, todo lo penetra, todo lo provee y dispone con tanta suavidad, que ello mismo parece que se cae de su peso; sin torcerlo, violentarlo, ni moverlo más de aquello que pide su paso.

Esto se manifiesta en todas las cosas naturales, tan claro que se nos viene á los ojos; y en las cosas que entran en el género de libres, y son señoras de sus obras, resplandecen más los efectos».

(*Luz Católica*, núm. 87=5 Junio 1902).

Coincidencias onomásticas.

La historia no puede explicarse sin el estudio de las coincidencias. Estas las dispone Dios Nuestro Señor para hacer ver que es su Providencia la que dirige los hechos y acontecimientos; que es El quien, para su gloria, único fin perfecto, hace ó permite las cosas todas.

Las coincidencias, históricamente consideradas como nosotros las consideramos, son de todo punto necesarias para el examen y la observación históricos.

Estas coincidencias tienen el secreto histórico de unir los tiempos más distantes, hacer concurrentes personas y hechos, al parecer, desproporcionados y desemejantes. Es que Dios mismo ajusta y adapta unos hechos á otros, unos sucesos á otros, conformando todos los acontecimientos para que se vea que toda la historia es un plan providencial divino.

Este plan no sólo es universal, sino que dentro de él caben otros planes especiales y singulares, y aun particularidades históricas. Nosotros mismos, sin temor de ser desmentidos, podemos afirmar que hemos presenciado cómo ciertes géneros de hechos vinieron por los mismos conductos, verificados ora por personas de idénticos nombres, ora de los mismos ape-

llidos, por donde se ve que la divina Providencia no sólo conserva los seres constantemente, sino que á la vez los clasifica, haciendo que ni un momento deje de verificarse el ritmo divino de la Creación.

Las coincidencias, entre los hombres no ilustrados se llaman *suertes*, no siendo más que disposiciones providenciales divinas; y entre los ignorantes se llaman *casualidades*, siendo así que éstas son negativas, y por lo tanto no existen ni son más que producto de la ignorancia humana. Tampoco las coincidencias son meras ocasiones, sino hechos ocasionados ú ocasionables por causa del mismo plan divino.

Sugiérennos estas observaciones otra que es de actualidad y que indudablemente explica lo pasado y lo futuro de España; una serie de coincidencias que se ven en la historia de ésta y en que pocos se han fijado. Diremos algo de ella, suprimiendo fechas que podrán añadir los aficionados á la historia de España.

Dicha serie es la de los Príncipes que llevaron el nombre de Carlos, cuya etimología es *Kilor*, traducida en *Kirlos* y terminada en *Carlos*, nombre de uso actual. Todos estos príncipes vivieron con disidencias y tuvieron que abdicar ó renunciar sus derechos. Citemos algunos.

Los que dió el rey de Castilla á Carlo Magno sobre el territorio castellano, fueron renunciados por el segundo, huyendo primero de España y abdicándolos después.

Los que correspondían á Carlos, príncipe de Viana, los tuvo que abdicar, muriendo por orden de su padre el rey D. Juan de Aragón, después de no pocos disturbios.

Los que pertenecían á D. Carlos I de España, los cedió después de muchas guerras, abdicándolos y retirándose al monasterio de Yuste.

Los correspondientes al príncipe D. Carlos, hijo

de Felipe II, por su conducta los perdió en la cárcel donde murió.

Los que tuvo por su dinastía austriaca Carlos II de España, quitólos á dicha dinastía después de muchas guerras con Francia, dejando la corona á Felipe, nieto de Luis XIV.

Los que alegaba á la misma corona el archiduque Carlos, contendiente del mismo Felipe, se desvanecieron con las guerras de sucesión y tratado de Utrecht.

Los que tuvo Carlos III en Nápoles y Sicilia, á costa de tantos disidencias y guerras, los tuvo que ceder á su nieto el Infante de Caspe.

Carlos IV tuvo que abdicar primero en su hijo y luégo en Napoleón, después de terribles motines y guerras.

Y después, todos saben las guerras y abdicaciones de Carlos V y Carlos VI, así como la guerra y demás de Carlos VII, respecto de quien consta ya nuestro juicio fundado en pruebas irrebatibles.

Aunque el hombre está dotado de libertad, no llega ésta á turbar en lo más mínimo el orden social establecido por la misma Providencia, porque Dios hace compatible el orden con la libertad humana; y así es que hasta la enemistad de unas personas, sus percances, agravios, etc., hace que sean provechosos, útiles y saludables á los que las sufran.

(*Luz Católica*, núm. 106=16 Octubre 1901).

Armonía de los hechos libres.

Para que mejor conste la verdad de este pequeño estudio, en el artículo III de este mismo capítulo pondremos una serie de coincidencias de fechas y números, cuyo providencialismo, si no todos nuestros lectores descubren, al menos agradará á todos por lo curiosa.

De las coincidencias en acontecimientos históricos, mucho podríamos decir si el tiempo nos lo permitiera, y hallaríamos notas tan significativas como las referentes á los que inauguraron y acabaron los imperios de Oriente y de Occidente. El primer emperador de Oriente se llamó Constantino, y su madre Elena; el último también se llamó Constantino, y su madre también Elena. El primer soberano de Roma fué Rómulo, y el último se llamó también Rómulo.

Tenía éste el sobrenombre de Augusto (*Augústulo* se le llamaba por menosprecio), y su antecesor en el imperio se llamó Julio; lo cual nos da otra *coincidencia:* Julio y Augusto fueron los fundadores del imperio romano, y Julio y Augusto fueron sus dos últimos emperadores.

Godoy y Escoiquiz fueron los iniciadores y cabecillas de los dos bandos que dentro del palacio de Carlos IV se disputaban la corona; Godoy y Escoiquiz los que llevaron ambas partes á pedir el apoyo de Napoleón, y Godoy y Escoiquiz los que por ambas partes estamparon su firma en la infame abdicación que de sus derechos hizo en favor de Napoleón toda la Real Familia.

El Infante D. Carlos (Carlos V) se rebeló por su hermano D. Fernando contra los derechos de su padre Carlos IV, y su hermano D. Fernando le privó á él de los suyos.

A 29 de Septiembre firmó su hermano el testamento en favor de Isabel II, y á 29 de Septiembre, y á la misma hora en que se puso aquella firma, pasaba Isabel II el Bidasoa huyendo de España.

¡Cuantas analogías de este género hallaríamos en las historia! Algunas más trascendentales descubrimos ya en *Luz Católica*, al hablar de la *Cuarta Generación*. No las repetiremos, pero sí lo que entonces dijimos acerca de la libertad del hombre con relación á los

acontecimientos de la historia, providencialmente considerados.

Es inefable, decíamos, la armonía hasta hoy apenas sospechada, que hay en la historia de las diferentes edades, épocas, siglos y generaciones, de las cuales son las primeras imagen profética de las segundas y éstas de las siguientes; por manera que, bien entendida una, sábese en sustancia cuál es la historia de las que siguen. Si Dios obra libremente, no obra al antojo, pues todo lo hace *in numero pondere et mensura*, y *attingit a fine usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter*.

La libertad del hombre, use éste bien ó mal de su libre albedrío, no puede burlar la libertad y voluntad de Dios. Dispone Dios las cosas de suerte que los hechos más diversos de la libertad del hombre son cumplimiento necesario de lo que Su Divina Majestad tiene previamente decretado, sin que por esto deje el hombre de obrar en virtud de su libertad. El Dios que creó la naturaleza libre, bien puede ordenarla y moverla dejándola libre. Y lo que acontece con las obras libres de los individuos, eso acontece con la suma parcial ó total de dichas obras, ó sea con los hechos y la historia de las sociedades y naciones, generaciones y centurias, épocas y edades.

Con libertad se hace todo; pero esta libertad obedece, sin menoscabo alguno, á lo que Dios por orden suya ó por su consentimiento dispuso desde la eternidad para el orden material y moral del universo; de otra suerte, tendremos que decir que en el universo acontecen hechos no dispuestos por Dios.

Pues bien; el orden de estos hechos libres es tan armónico, tan inefable, y al mismo tiempo tan claro, que en cada una de las edades, sean del mundo ó de la Iglesia, se descubren los mismos acontecimientos que hubo en las otras, con solas aquellas variantes que exige la perfección ordinal con que sucesivamente va

cada una aproximándose á la consumación final del orden.

Los versados en historias sagradas y profanas, vayan comparando los hechos comprendidos en cada uno de los acontecimientos indicados en el estudio á que antes nos hemos referido, con los comprendidos en sus correspondientes, y hallarán en todos analogías sin fin que nosotros ni siquiera disponemos de espacio para indicar. Y los que quieran ensanchar más el campo, comparen, no ya las generaciones cuando acaban y empiezan, sino todo el tiempo de cada una con el de las otras, y tendrán por qué admirarse y adorar el eterno Autor del orden perfectísimo de tantas concordancias, reputadas casualidades ó vaivenes fortuitos de la libertad humana.

Repitámoslo. El Sabio se pregunta y se responde:

«¿Qué es lo que hasta aquí ha sido? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que se ha hecho? Lo mismo que se ha de hacer; nada nuevo hay debajo del sol, ni puede nadie decir, he aquí una cosa nueva, porque ya existió en los siglos anteriores á nosotros».

(*Luz Católica*, núm. 106=16 Octubre 1901).

III

Números y fechas.

El número 7.

San Agustín dice en la «Ciudad de Dios»:

»No se debe despreciar la influencia de los números, pues en las santas Escrituras existen pasajes muy verdaderos de las combinaciones que nos ofrecen».

Las observaciones siguientes tienen por objeto indicar la frecuencia con que se repite el número 7 en la historia sagrada, así como en la profana, de lo que San Agustín ha dicho: «Que podría extenderse demasiado sobre la perfección de la combinación septenaria».

Vamos á exponer algunas pruebas. La historia religiosa nos suministra los mayores ejemplos septenarios: se los encuentra en cada página del viejo Testamento. Desde la creación del mundo parece que este número debe ser consagrado de una manera divina. Dios creó el mundo en seis días, y descansó el séptimo, número fatal de la semana. Recorramos la Biblia, y observaremos que Jacob trabajó siete años para obtener á Lia, quien en siete años le dió siete hijos, y otros siete invirtió para unirse á Raquel, que cesó de ser estéril al cabo de siete años.

La manutención del pan sin levadura duró siete días, como la fiesta de los Tabernáculos.

Faraón vió siete vacas gordas y siete espigas granadas que fueron devoradas por otras tantas vacas y espigas sin granar.

Naamán se curó de la lepra después de haberse bañado siete veces en el Jordán.

Siete son también las plagas de Egipto, siete los salmos penitenciales, siete las veces que el justo peca al día, siete las corderas de Abraham, siete los maridos de Sara de Tobías, siete los hijos de Job.

En el Nuevo Testamento vemos á Jesucristo peregrinar siete años en Egipto, entonar siete peticiones, pronunciar siete palabras en la cruz, aparecer siete veces á sus discípulos, y enviarles el Espíritu Santo con siete dones.

También manda perdonar siete veces setenta veces, preguntado por San Pedro si sólo perdonaría hasta siete veces.

En la Iglesia se cuentan siete sacramentos, siete horas en el rezo, siete pecados capitales, siete virtudes principales, dos veces siete obras de misericordia, siete dolores y siete gozos en la Virgen, siete otros también de San José.

La parte de las Sagradas Escrituras donde brilla con más fuerza la significación del número siete, es sin contradicción en el Apocalipsis: El apóstol ve siete iglesias, siete candeleros de oro, siete estrellas en la diestra del Redentor, siete lámparas delante de su trono, un cordero con siete cuernos que rompe los siete sellos del libro sagrado, siete ángeles que tocan siete trompetas, y otros siete que llevan siete copas llenas de la cólera de Dios. Ciertamente, considerando esta persistencia en la combinación del número siete en la inspiración del Apocalipsis, es difícil no atribuirle un sentido profético.

Si nos remontamos á otro orden de ideas, veremos la organización de la naturaleza suministrarnos á cada instante una demostración de la influencia del número siete: hay siete colores primitivos, siete gustos, siete olores, siete sonidos en la música; cada siete años, como hace notar Cabanis, ocurre una crisis decisiva en la organización física del hombre, y asimismo en su estado moral é intelectual. Los antiguos

contaban siete planetas, siete sabios de Gracia, siete maravillas del mundo y siete metales. También nos hace notar más adelante que la semana tiene siete días, y esta división que se remonta al origen del mundo, se ha practicado en el Oriente, en la Judea, en la Arabia, en la China, en la India y en las ciudades cristianas.

Si echamos una mirada sobre la historia, vemos que, por una notable singularidad, el número siete va unido á los príncipes que por sí mismos ó por los acaecimientos verificados en su reinado han ocupado un lugar importante en la historia. Roma, la ciudad de siete colinas, es entre las demás ciudades la predestinada á grandes cosas; Gregorio VII, el más ilustre de los Papas; Clemente VII, célebre por sus cartas contra el cisma que dominaba en Inglaterra en su pontificado; Clemente XIV, por la abolición del instituto de San Ignacio; Pío VII, el prisionero de Napoleón, en la corte de Francia, recordó á Luis VII y su desastrosa cruzada; Carlos VII, coronado por el heróico valor de Juana de Arco; Luis XIV con sus victorias, ilustrado igualmente por la fortuna y por la adversidad, por su grandeza y por sus alabados vicios.

En los tiempos menos remotos, el número 7 y sus múltiplos, como el 14, 21, 28, 35, etc., no hacen un papel menos digno de consideración.

En el principio de este siglo tenemos en 1807 la creación de la Universidad: las conquistas de la Silesia y de Portugal; las victorias de Eylan y de Fricelland; en 1814 la invasión de los aliados y la caída del imperio; en 1821, la muerte de Napoleón en Santa Elena; en 1828, la caída del ministerio Villele, la formación del ministerio Martignac, y el principio de la sorda insurrección liberal que condujo la Francia á la revolución del año 1830; en 1835 Fieschi atenta contra la vida del rey; en 1842 acaece el incendio de Hamburgo, la catástrofe del camino de hierro de Versalles,

y la muerte del duque de Orleans, que no ha sido por cierto de poca influencia para la suerte de la monarquía».

En 1848 se derriba el trono de los Orleans, se proclama la República Francesa y por presidente á Luis Napoleón, el cual, después de tres veces siete años, pierde su imperial corona en Sedán en 1878 y de nuevo se proclama la República.

En España tenemos á Fernando VII *el deseado*, la familia real española libre del cautiverio en 1814, la sublevación catalana en 1827, la muerte de Zumalacarregui en 1835. Tenemos también á Carlor VII que nació en 1848, cuyos números encierran 264 veces el número 7, que en 1867 verificó su matrimonio con Doña Margarita y en 1870 declaró que quería gobernar por sí mismo, como si empezara su reinado. Los acontecimientos que se prevén harán todavía más célebre el número 7.

Centenares de datos podríamos añadir sobre los misterios del número 7; pero bastan para nuestro intento las anteriores. En el artículo IV diremos de dónde procede la influencia de los números y fechas, punto en que la superstición halla mucho de que alimentarse.

(*Luz Católica*, núm. 106=16 Octubre 1902).

Coincidencias numéricas.

Reservando para el art. IV de este capítulo, como queda dicho, el filosofar sobre lo que hay de aceptable y de reprobable en este género de estudios, pasemos ahora á ver las curiosidades de algunas combinaciones numéricas.

El número 14 se halla con frecuencia en la historia de los Borbones.

Enrique IV nació 14 siglos, 14 décadas y 14 años después de Jesucristo, el día 14 de Diciembre; ganó

la más importante de sus victorias en Yvry el día 14 de Marzo y murió el día 14 de Mayo, habiendo vivido cuatro veces 14 años y cuatro veces 14 días, y por fin se hallan 14 letras en su nombre *Henry de Bourbon*.

Margarita su esposa nació el día 14 de Mayo de 1552.

Luis XIII murió en el 14 de Mayo de 1614 y tenía 14 años cuando presidió unos Estados generales.

Luis XIV subió al trono en 1643. Murió en 1715. Vivió 77 años.

Colocados verticalmente estos números dan con igual resultado el número 14.

1	1	7
6	7	7
4	1	
3	5	
14	14	14

Luis XV murió en 1774.

Entre el asesinato de Enrique IV (1610) y el suplicio de Luis XVI (1793) pasaron 182 años, es decir, 13 veces 14.

La restauración de los Borbones fué en 1814.

Estos números sumados producen el número 14.

Luis XVI encontró fatalmente en su vida el número 21, que es también uno y medio del 14. El 21 de Enero de 1770 envió su anillo á Viena para su matrimonio. El 21 de Enero de 1781 celebró el nacimiento del Delfín su hijo. En 21 de Enero de 1791 huyó á Varennes. En 21 de Enero de 1793 murió en el cadalso. La comisión que lo conducía se componía de 21 individuos.

Luis XVI subió al trono de Francia en. .	1774
Añádase la suma de estos números. . .	19
Murió en	1793

Luis XVI fué coronado en.	1775
Y á 11 de Julio.	1 1
Era el 16 de su nombre.	1 6
Reinó 18 años.	1 8
Total de esta suma el año de su muerte. .	1793
Cayó el trono de los Borbones en Francia en.	1789
La suma de estos números es.	25
Fué su restauración en.	1814
Los desastres de Napoleón empezaron en..	1812
Si se ponen debajo verticales los dos números de este siglo, 12.	1 2
Dan.	1815
Y si se adicionan del mismo modo los dos números del 15, resulta el año de su	1 5
muerte.	1821
Los Borbones volvieron al trono de Francia en.	1815 15
Los mismos números suman el año de su caída..	1830

Luis Felipe fué elegido rey en. .	1830	
La suma de estos números es. .	12	
El año de la muerte de su hijo. .	1830	
La suma vertical del producto. .	1842	es 15
y la del 15 es.	6	
El año de su caída..	1848	

Se obtiene igual resultado adicionando al año de la promoción de Luis Felipe (1830) al trono de Francia los números verticalmente colocados del año de su nacimiento 1773, del año del nacimiento de su

esposa 1782 y del de su matrimonio 1809, de este modo:

	1830	1830	1830
	1	1	1
	7	7	8
	7	8	0
	3	2	9
Año de su caída. . .	1848	1848	1848

Napoleón III nació en. . . . 1808
Su esposa en. 1826
Se casaron.. 1853
Fué nombrado presidente. . . 1848
Fué proclamado en. 1852

Hágase igual operación que en el cálculo anterior

1852	1852	1852	1848
1	1	1	1
8	8	8	8
0	2	5	4
8	6	3	8
1869	1869	1869	1869

que fué el último año de su reinado.

Otra operación de la cual resulta doblemente el año de su caída.

	1853.	Año de su casamiento	1853
Nació Napoleón	1 8 9 8	Nació Eugenia	1 8 2 6
	1870		1870

Los mismos números puestos verticales

1853
1
8
5
3
1870 Año de su caída.

(*Luz Católica*, núm. 106=16 Octubre 1902).

Coincidencias misteriosas de fechas funestas.

I.—Es necesario tomar á nuestro siglo papeleador por su parte flaca: él toma nota de todo, y gusta también juntar lo pasado con lo presente para dar un fundamento á sus pretensiones de progreso, libertad y sabiduría. Pues bien; veamos como también ha pensado el Rey inmortal de los siglos en confundir esas pretensiones con los efectos de las mismas pretensiones. Citemos desde luego la celebérrima carta del general Du Temple al *Fígaro*, fechada en Versalles á 24 de Marzo de 1872 y publicada por dicho periódico:

«Señor Redactor: No pudiendo hacerme oír en la Asamblea para que me oiga el país, ¿tendríais la bondad de permitirme usar de la gran publicidad de vuestro periódico para dar á conocer lo más posible, ciertas particularidades relativas á los acontecimientos que han sobrevenido recientemente?

No me dirijo á un periódico religioso porque no se leería, ó no se le creería, como tampoco sería creído un sacerdote si publicase lo que sigue:

El día, no la víspera, no al día siguiente, el día en que nuestras tropas salían de Roma, sufrimos nuestra primera derrota: Wisemburgo y nosotros perdimos en aquella batalla el mismo número de hombres que el de los hombres que salieron de la Ciudad Eterna.

El día en que el último soldado dejaba á Italia, en Civita-Vechia, perdimos nuestra última real batalla en Reischoffen.

El 4 de Septiembre de 1870, día en que se derrumbó la *dinastía napoleónica, era el décimo aniversario del 4 de Septiembre de 1760*, día en que Napoleón III, temiendo más las bombas de un nuevo Orsini que á Dios, maquinó en una entrevista con Cavour la unidad italiana y la caída del Papado.

El día en que los italianos se presentaban delante de Roma, se presentaron los prusianos delante de París, y la embestida completa de las dos ciudades tuvo lugar en el mismo día.

Por el contrario, el día en que el *Diario Oficial* anunciaba á la Francia que la Asamblea nacional pedía oraciones públicas, un despacho telegráfico anunció á la Francia que un desconocido (Ducastel)—su nombre no fué realmente conocido sino al día siguiente,—habíase visto en los muros de París diciendo: *¡Entrad!*

Y ocho días después, mientras se hacían las oraciones oficiales en la Iglesia de San Luis de Versalles en presencia de la Asamblea nacional y del jefe del poder ejecutivo, un despacho del general Mac-Mahón anunciaba que se disparaban en el cementerio del Padre Lachaise los últimos tiros de fusil, mientras se elevaban al cielo las últimas oraciones. Jamás el ejército se había conducido tan valientemente como durante aquellos ocho días. ¡Ni una sola falta, ni el menor descalabro hubo en aquella guerra tan difícil de las calles!

El embajador está ahora en Roma.

¡Ojalá no tengamos que arrepentirnos de haber creído más en la humanidad que en el poder de Dios!

Recibid, señor Redactor, la expresión de mi distinguida consideración.—F. Du Temple, *Diputado de Ille et Vilaine*».

¡Y cuántas otras coincidencias no se podrían añadir á todas esas fechas misteriosas, aun limitándonos á Francia y á los reinados de Luis Felipe y de Napoleón III! La Escritura ha dicho: *Ojo por ojo, diente por diente.*—Dios añade por la voz del tiempo: *día por día.*

Permítasenos insistir en dos concurrencias de fechas, una relativa al sacro Imperio Romano, y otra concerniente á Napoleón III: el 6 de Agosto, día en que celebra la Iglesia la Transfiguración de Nuestro Señor, es cuando se firmó el tratado de Verdum (6 de Agosto de 1843), de donde salió el Sacro Imperio Romano; dicho Imperio concluyó la paz de Westfalia á 6 de Agosto de 1748, por la cual abrió la puerta á la indiferencia religiosa en política; y Francisco I de Austria abdicó como último emperador romano á 6 de Agosto de 1806.

En cuanto á Napoleón, en 4 de Septiembre de 1870 se reconoció la caída de su trono: pues bien; en 4 de Septiembre de 1860, en medio de todo el prestigio de su poder material, llegó á decir Napoleón III en Chambery, hablando del poder temporal de Pío IX: *Desembarazadme de aquellas gentes: id y obrad pronto.*

¿Quién ha sido más cogido *por la palabra*, así como por el día?

Esto para los políticos y los grandes. Hablemos ahora de los particulares, de la clase media y de los

proletarios, en su mayor parte profanadores del día del Señor por el trabajo y por los placeres mundanos del *domingo*, particularmente de los *Trenes de placer*.

«Hemos observado, dice el *Echo de Furvieres* de 1871, que la mayor parte de los accidentes en los ferrocarriles han sucedido en los domingos. Sentimos no haber conservado las fechas, y no saber por qué medio podríamos encontrarlas: pero estamos seguros de que no nos equivocamos manteniendo nuestra aserción.

En domingo sucedió la terrible catástrofe de la línea de Versalles, en la que muchos centenares de personas fueron quemadas vivas, y cuya memoria se recuerda por una capillita dedicada á Nuestra Señora de las Llamas.

El domingo 1.° de Marzo de 1846 fué señalado por el choque de dos trenes que causó un gran número de víctimas en la línea de Lyon á San Esteban.

En domingo aconteció, hace algunos años, el lamentable accidente de la Fouillouse.

En domingo, 5 de Febrero último, fué la espantosa catástrofe de la vía de Marsella á Tolón, entre Bondel y San Nazario, que causó más de cien muertos.

Regístrense los archivos de los ferronarriles en estos últimos veinte años, y se verá si faltamos á la verdad en nuestra observación. No hablaremos de la catástrofe de la *Mouche*, en la Saone, del hundimiento del puente acueducto de Perrache y de otros muchos accidentes en domingo, cuyo catálogo sería pasmoso, si no hubiésemos descuidado el registrarlos. Nos remitimos en este punto á las investigaciones de aquellos de nuestros lectores que tengan más tiempo y paciencia que nosotros.

Desde el origen de la desgraciada guerra que nos regaló el imperio, ¿no se ha notado que las malas noticias caían sobre nosotros como un rayo casi siempre en domingo?»

M. Ernesto Hello describe elecuentemente esos funestos rayos del domingo en el *Día del Señor* (1), diciendo:

«La Francia hace ya muchos años que está dando el escandaloso ejemplo de la profanación del día del *Domingo*, y el *Domingo* es el que Dios ha escogido para imponerle un aviso estrepitoso. Así es que, considerando los principales sucesos ocurridos en Francia desde el principio de la guerra con Pru-

(1) Un volum. en 18, lib. de V. Palmé.

sia, hemos comprobado estas raras y casi increíbles coincidencias.

1870.—Efectivamente, el *Domingo*, 7 de Agosto es cuando supimos las derrotas de Reischoffen y de Forbach, la proclamación de la Emperatriz, que reclamaba de todos los buenos ciudadanos la manutención del orden en París.

El *Domingo*, 14 de Agosto (1), dejó el Emperador en Metz al ejército, dirigiéndole su última proclama.

El *Domingo*, 4 de Septiembre, supimos la capitulación de Sedán y la proclamación de la República.

El *Domingo*, 18 de Septiembre, se instituyó la *Comisión de las barricadas* con Rochefort por presidente, y se celebró la entrevista de Julio Faure y de Bismarck en Ferrières.

El *Domingo*, 2 de Octubre, se nos anunció la rendición de Estrasburgo.

El *Domingo*, 16 de Octubre, nos dió Thiers la noticia cierta de la rendición de Metz y de la toma del Bourguet por los prusianos.

El *Domingo*, 6 de Noviembre, anunció el gobierno de la defensa nacional que desechaba el armisticio propuesto por los prusianos.

El *Domingo*, 27 de Noviembre, tuvo lugar la capitulación de la Fere.

El *Domingo*, 4 de Diciembre, se empeñó la batalla de Cheville, y entró en Orleans el príncipe Federico Carlos.

El *Domingo*, 18 de Diciembre, se tuvo la batalla de Nuits.

1871.—En el *Domingo*, 1.° de Enero, anunció el gobierno de la defensa nacional que perseveraba á todo trance en la resistencia.

El *Domingo*, 8 de Enero, llegó el bombardeo en París á los barrios de la orilla izquierda.

El *Domingo*, 22 de Enero, se hizo una manifestación en la casa de la Villa, en París.

El *Domingo*, 29 de Enero, fueron ocupados por los prusianos los fuertes de París.

El *Domingo*, 26 de Febrero, se firmaron los preliminares de paz en Versalles, y anunció el ministro que una parte del ejército prusiano entraría en París.

El *Domingo*, 19 de Marzo, se apoderó de la casa de la Villa el *Comité central de la guardia nacional*, retirándose el gobierno á Versalles.

El *Domingo*, 26 de Marzo, fué elegida la *Communne* de París.

---

(1) Era la víspera del Santo de Napoleón... en las vísperas se felicitan en Francia los días de los grandes. ¡Qué fiesta!

El *Domingo*, 2 de Abril, tuvo lugar el primer encuentro en Neuilly entre el ejército de Versalles y las tropas de la *Communne*.

El *Domingo*, 21 de Mayo, forzó las puertas de París el ejército de Versalles.

El *Domingo*, 4 de Junio, se abrieron las conferencias de Francfort entre los plenipotenciarios franceses y prusianos.

¿Esto es claro?»

¡Y tan claro! Sin embargo, los hombres cierran los ojos á tanta luz y se burlan impíamente de los que creemos en el providencialismo de estas *coincidencias;* y lo que es más doloroso, millares y más millares de los que blasonan de católicos hacen coro á las blasfemias de tales incrédulos. ¡Y se figuran unos y otros que Dios no se ha de tomar terrible venganza de tanta impiedad y de ceguera tanta!

(*Luz Católica*, núm. 106=16 Octubre 1902).

IV

Fe, superstición y periodismo.

Credulidad de los incrédulos.

Parece contradicción, pero es un hecho muy común: cuanto menos se cree con fe católica, más se cree con fe supersticiosa, por regla genetal.

El hombre es creyente por naturaleza: si no cree en Dios, creerá en los hados, en brujas y duendes, en fetiches y manes, en hechizos y agüeros, en amuletos y talismanes, en magias y mil y mil sandeces y estulticias.

Los que desprecian la ciencia médica, suelen parar en manos de un curandero. Los burladores del profeta se inclinan ante el mago.

Napoleón no creía en profetas mucho que digamos, y creyó á la sedicente sibila, madamisela Lenormand. Saúl menospreció á los profetas de Israel, y consultó á la pitonisa de Endor.

En París hay algún millón de incrédulos en la fe *católica*, y *éstos* reciben como indudables dogmas los oráculos de todas las Thebes y Couedons, esto es, de todas las agoreras, cartomancistas, visionarias, telepáticas, aerománticas, pirománticas, quirománticas, etc., etc.

Centenares de despreocupados,—yo mismo conozco algunos,—que hacen befa de los milagros de Lourdes y desprecian á los que creen en apariciones y milagros, han ido con el alma más bonachona y crédula del mundo á Tilly, donde el demonio se aparecía á varios personas en figura de virgen.

Y no es extraño, pues en el mismo Tilly estableció Vintras su *religión* y su *papado*, que fueron abrazados con ardor por quienes no creían en el Papa ni en nada de la Religión Católica.

Así las circunstancias presentes han hecho aparecer entre nosotros muchos que se tienen á menos de creer en profecías auténticas y venerables, y esos mismos creen á cualquier profetastro de almanaque, y se asustan del número trece y de acometer empresa alguna en viernes ó en martes.

Bajo el epígrafe de *Brujerías modernas*, leemos:

«Podrá parecer mentira, pero es verdad que en pleno siglo XX se rinde culto á los agüeros y hechicerías, á pesar de la tan decantada civilización de que disfrutamos.

En la cárcel de Ginebra, celda número 83 del primer piso, está encerrado Lucheni, el asesino de la emperatriz Isabel de Austria, y este criminal ha venido á ser una especie de fetiche para los muchos ingleses y americanos que van como turistas á Ginebra. Asegúrase que la mayor parte de estos veraneantes compran el retrato de Lucheni; le cortan la cabeza y la meten en su portamonedas ó en un medallón, porque pretenden que esto da buena suerte.

Ingleses y americanos, los pueblos más *civilizados* y ¡en pleno siglo XX! ¿No es verdad que parece mentira?».

Pues en Francia son tan corrientes todas las supersticiones de ese género, que duda uno si hay en el mundo un pueblo más supersticioso que aquél. La cuerda del ahorcado, por ejemplo, servirá allí de preciso amuleto al setenta por ciento de los que no tienen fe.

Y si queréis saber lo que concede á los fetiches ó figuritas de cerdos, micos, murciélagos, etc., id á los almacenes del *Louvre* y del *Bon Marché*, v. gr., y preguntadles si es verdad que los venden á millones para alfileres, imperdibles, colgantes y demás.

Estas y otras necedades van pasando á España, casi en forma de religión, pues aquí hay grandes *recuas* de hombres que se van con cualquier arriero, con tal que eche sus *arres* en francés.

Y si les habláis de profecías, os llamarán mentecato, visionario, iluso y barrenado de cascos... Es como si la sabandija arguyese de rastrera al águila.

Los treces.

Con el título de *Los treces regios* publicaba hace algunos meses lo siguiente *El Mercantil Valenciano*, diario librepensador:

«Murmuran palaciegas aristocracias que el rey es un TRECE entre los Alfonsos; que su reinado comienza bajo la tiara pontifical de un León TRECE; que el primer presupuesto nacional á sancionarse por el augusto joven corresponde al año 1903, cuyos números sumados componen TRECE; que TRECE son las letras de Práxedes Mateo (a) Sagasta, el primer consejero responsable de la Corona; que TRECE son las letras del supremo amo *Banco de España*, siempre vencedor en los negocios del Estado y de todo el país, y que TRECE también suman las letras de Pascual Bailón, santo del día 17 de Mayo en que juró la Constitución el regio biznieto de María Cristina: ¡otro TRECE!

Más TRECES.—«Fiestas reales».—«Jaleo palatino».—«Pascua florida».—«María Cristina» (reina, madre y regente). «Isabel segunda» (ex-reina abuela).—«José Canalejas» (ministro de cuatro fomentos y verbo de hondos problemas sociales).—«Poncio Barroso» (rector de todas las policías cortesanas).—«Prior Aguilera» (supremo consistorial de Madrid). —«Cardenal Sancha» (metropolitano de la diócesis).— «Obispo Cardona» (vicario castrense y del Palacio real).— «General Weyler» (el que manda las tropas).—«Veragua marino» (burócrata capitán de las escuadras y tonto de nacimiento).

¡EL TRECE!

¡Señor, aparta de mi vista ese número fatal!

Aquí sí que viene bien lo de «lagarto, lagarto».

¿Qué más lagarto, republicano colega, que el del incrédulo ó librepensador que no teme las iras de Dios y teme la supuesta fatalidad del número trece?

¡Y vaya si creen en la acción fatal del trece los que no creen ni siquiera en el número trino y uno de la Trinidad Beatísima!

Conocí en París á una dama linajuda que iba á misa alguna vez y comulgaba alguna otra, aunque fuera dos horas después de salir de un baile de máscaras: era «católica» con la misma fe con que un chino es budhista y un turco es mahometano; es decir, con esa fe que hoy tienen algunos millones de «católicos», ó así llamados.

En virtud de tal fe, la dama aquella no iba á misa ni comulgaba por espíritu de religión, sino de verdadera superstición; así es que creía unos dogmas católicos y otros no, y hacía buenas migas con librepensadores y otros bípedos.

Dió un día un banquete á doce amigos, que con ella y su hijo formaban catorce comensales; mas no pudo asistir uno de los invitados, y quedaron trece. ¡Número fatal!

Notólo uno de ellos, librepensador de los menos pensadores ó más irracionales, y lo advirtió á la dama. Al punto se levantó ésta, pálida de sobresalto, y rogó por favor que tuviese alguno la amabilidad de retirarse, pues de lo contrario, alguno de los trece moriría antes del año.

Retiróse uno, pretextando que le venía bien por hallarse mal del estómago, y el banquete se celebró por los doce con derroches de caballeroso buen humor.

Y sucedió que, antes del año, el librepensador y la dama habían muerto, ella de una borrachera y él de apoplegía. ¡Si llegan á ser trece, mueren todos!

Influencia de números y nombres.

Las combinaciones numéricas de donde, al parecer, se deduce la fatalidad de algún número para ciertos casos ó personas, no pasan de ser curiosidades, en cuanto guarismos, números ó cantidades aritméticas.

Creer que el número ó guarismo en sí tienen alguna virtud para hacer ó deshacer, es una de las mayores necedades humanas, equivalente á la de creer que el curandero Embaucatontos, pongamos por caso, cura todos los males por virtud de unas palabras misteriosas que *aplica* á los pacientes.

Cuando en las palabras ó en los números se descubre alguna misteriosa influencia cuya causa no comprendemos, no es porque en lo material de unos ni de otras haya tal virtud, sino porque tienen íntima relación con secretas disposiciones de la Providencia divina; y en estas disposiciones está la virtud, no en palabras ni en números, que son meras señales por donde se nos manifiesta la existencia de dichas disposiciones divinas.

El número siete, v. gr., número apocalíptico y tal vez el más misterioso, no tiene en sí más ni menos eficacia que cualquiera de los otros; tiene su valor matemático y nada más. Pero habiendo dispuesto la divina Providencia tantas cosas y acontecimientos que se cuentan por siete, parécenos un número de influencia extraordinaria.

El valor está en las cosas mismas contadas por siete, no en el siete, que es una particular manifestación de ellas.

Sólo en este concepto puede hablarse ortodoxamente de la influencia de los números, días, nombres, etcétera, y sólo en el mismo concepto nos ocupamos de ellos. Lo demás es superstición.

Si alguna eficacia ó valor por ejemplo, tiene un retrato, no es por el papel ni por la figura, sino por lo que representa: el retrato es una manifestación de la persona, y ésta es la que influye, no lo material de aquél.

Esto es clarísimo para todo católico; sólo los incrédulos lo ven turbio, hasta el extremo de creer atolondradamente, como los niños en el *bú*, en la

influencia directa y fatal que á los treces, los martes y otras hierbas se atribuye, así como en amuletos, agüeros, hechicerías, trasmigración de espíritus y demás aberraciones de la fe innata en el hombre.

A cuento vienen unos párrafos que leí en *La Libre Parole* correspondiente al 18 de Noviembre de 1902: hasta las cosas más serias tienen su lado bufo. Con perdón de nuestros lectores traducimos:

«*Números y nombres fatídicos.*—Hay cifras fatídicas. Sabido es, por ejemplo, que M. Loubet, donde quiera que vaya ó cualquier cosa que haga, es perseguido por el número 104. Hasta cuando va á Montelimar (su pueblo natal), lo encuentra allí, porque Montelimar es la estación 104.ª de la línea, desde París; por lo cual, sabe Dios cuántas precauciones toma Loubet para librarse de las influencias de ese número. A tal punto llega su miedo, que de todos los regimientos acuartelados en París, el 104.º es el único que no hace jamás guardia en el palacio del Elíseo.

»Asimismo parece que hay nombres fatídicos. ¿Será de éstos el nombre *Merdes?* En todo caso, parece como que el tal nombre quiera adherirse al de Combes, así como el número 104 va adherido al de Loubet. Con este motivo, un lector nos ruega que miremos la página 703 del *Annuaire de l'Algerie;* y en efecto, en la nomenclatura de los pueblos del distrito de Bona, hallamos al principio de la tercera columna:

Combes *(centro). Nombre antiguo:* **Merdes.** *Á 35 kilómetros de Bona.*

Me diréis que esto prueba poco, y os lo concedo; pero no deja de ser chusca la irónica fatalidad que une estos dos nombres, y que por cierto no huelen bien».

Pues tanto y más ridículo y mal oliente que esos nombres, tanto y más pueril y supersticioso que el miedo de Loubet al 104, es la estupidísima superstición que á falta de fe religiosa tienen los deístas en general, cuidándose más de la influencia de números y nombres que de los rayos de la divina cólera.

Adivinos y Profetas.

La gentilidad perdió la fe en el Dios único, y creyó en Júpiter, Venus, Baco y demás diablos mitológicos, y en Egipto adoró hasta los ajos y cebollas.

Ni más ni menos hacen los incrédulos de nuestros días. *Posuerunt in coelum os suum, et lingua eorum transivit in terra*; esto es, ponen su boca en el cielo, y con su lengua lamen la tierra; no creen en Dios y creen en la astrología judiciaria.

Así hay no pocos católicos que dan fe, no diré á cualquier palabrero metido expresamente á pronosticar embustes, pero sí á cualquier primate de la política aficionado á forjar calendarios futuros. En ese particular, cualquier Romero Robledo ó Canalejas tiene para ellos más autoridad que un Santo inspirado por Dios.

He aquí lo que, á este propósito, dijo un colega «muy católico» á 14 de Noviembre de 1902:

«Una de las obligaciones elementales del periodista, ó, mejor dicho, una de las prendas que más se aprecian en su oficio, es el arte de adivinar las cosas futuras, y decimos arte, porque aqui es claro que no se trata del don de profecía, que es sobrenatural y más raro que el de milagros y otros divinos.

Pero hay un arte humano, ó la posibilidad, por lo menos, de ese arte, y que, si no exactos, pueden tener efectos muy aproximados á la verdad. El médico, una vez formulado el diagnóstico de la dolencia, formula su pronóstico y no siempre se equivoca en éste. Del mismo modo el político, considerando los sucesos que se van desarrollando á su vista, pronostica lo que sucederá en lo futuro, y no suele acertar menos que el médico en sus vaticinios.

Lo que el político digno de este nombre hace con la política en grande, es lo que se pide al periodista fino y perspicaz respecto de la política menuda. Comentar lo que sucedió ayer, eso lo hace cualquiera en el oficio; adivinar lo que sucederá mañana, eso es lo que verdaderamente acredita.

En días de crisis, sobre todo, ¡qué apreciada es esa facultad! ¡Cuánto vale un periodista adivinador!»

Vale harto más que un profeta para la turba multa de católicos chirles que tan superficialmente miran las cosas; vale para ellos mucho más que el político genuinamente católico y acostumbrado á examinar las crisis de los pueblos á la luz de la filosofía por que se rige el Gobierno de la divina Providencia; y ese

político católico sabe cierto una cosa de las muchas que aquéllos ignoran, esto es, que el don de profecía no es «más raro que el de milagro», sino menos raro, ó sea más abundante, más frecuente.

«¡Cuánto vale un periodista adivinador!» ¿De qué vale si adivina que mañana Silvela no tendrá ministerio y al fin habrá de formarlo tan baladí como siempre? ¿Es esa adivinanza la solución de algún grave problema social ó científico, ó de algo que interese al mundo?

Pero... es verdad; vale tanto ese adivinador, que si un hermano Buenaventura, inspirado por Dios, acude á Roma para vaticinar en público el fin de la política de Julio II, se le mete en la cárcel, porque los políticos adivinos vaticinan lo contrario.

En fin, que hasta los tenidos hoy por mejores católicos, no creyendo en profetas porque les parecen muy *raros*, creen en periodistas adivinadores, á quienes conceden gran valor y miran con asombro; y por no dar importancia á los que pronostican fundados en la filosofía del Gobierno divino, danla á los que pronostican fundados en la política del gobierno humano. Y así andamos de lucidos.

Los mismos y el Gran Monarca.

Mas toda vez que es ley moderna dar más fe á los periodistas adivinadores que á los profetas inspirados, ¿por qué no han de ser éstos creídos, cuando de siglos atrás anunciaron lo que ahora ven venir los periodistas adivinadores? El que en éstos fía y en profetas no, ¿por qué razón no ha de admitir lo que unos y otros anuncian acordes? ¿Por ventura la previsión de los políticos, que aun siendo recta es de mera conjetura fundada en la filosofía y en la historia, es buena por sí sola y no cuando la confirma una profecía secular fundada en la inspiración de Dios?

Responden algunos superficiales que no consta si tales ó cuales profecías son inspiradas por Dios. Cierto que de algunas no consta; pero consta de muchas. Pues ¿dónde están éstas cuya inspiración consta, sino entre las conocidas y divulgadas, tanto del Canon bíblico como de las posteriores á él? ¿Hay otras por ventura? ¿Cuáles son, si las hay?

Ahora bien; ¿no dicen varias de esas profecías muy claro lo que los «periodistas adivinadores» anuncian algo turbio, porque la deducción filosófica sólo vislumbra entre cercanas sombras lo que el profeta ve con toda claridad á través de los siglos? Y aun tratándose de profecías respetables, pero cuya inspiración no consta, ¿no merecen fe cuando los acontecimientos presentes hacen prever á los buenos políticos otros acontecimientos inmediatos anunciados mucho antes por aquellas profecías?

Nuestra generación rastrera, abotargada por la soberbia de su ilustración superficial, viciada por la plaga de sabidillos y enseñada á menospreciar á los sabios, deísta ó indiferente cuando no es atea, da más autoridad al político porque le habla en su lengua, que al profeta porque le habla en la de Dios; y aun prefiriendo al político, si tiene éste la *desgracia* de que un profeta viera un siglo atrás lo que él ve ahora, pierde mucho de su autoridad. ¿Puede darse moralmente aberración más descomunal?

Ahí tenéis las profecías bíblicas y no bíblicas sobre el Gran Monarca: ahí tenéis las luminosísimas ilustraciones de los expositores y exégetas sobre lo mismo: ¿quién las cree? ¿No son profecías? Pues con eso está dicho todo: no merecen atención.

¡Si eso que anuncian los profetas lo anunciasen los «periodistas adivinadores» ó los políticos previsores...! Algo les perjudicaría coincidir con los profetas; pero, en fin, asegurándolo ellos, ya no va descaminado el que les cree. ¿No es eso?...

Pues bien; la próxima venida del Gran Monarca, désele este nombre profético ú otro cualquiera político, no es ya predicción de solos profetas, es también de políticos y periodistas. Apenas se hallará actualmente en los pueblos latinos un solo buen estadista, publicista ó político, que no negando el Gobierno de la divina Providencia, no convenga en que se impone por todos conceptos la venida de un hombre que salve á dichos pueblos en el día del inminente y fatal cataclismo. De este común sentir de los hombres previsores hemos citado multitud de testimonios. Añadamos uno más: el testimonio del previsor Eduardo Drumont, que en el citado número de su *Libre Parole* decía:

«Para que la elección de Jefe del Estado hecha por el pueblo ejerciera una verdadera influencia en los destinos del país, sería menester que surgiese de repente un hombre marcado con el signo de los jefes.

»Este hombre, para dominar, no habría menester que la Constitución fuese revisada; él mismo la revisaría, como Bonaparte revisó la Constitución que le estorbaba. El plebiscito, para este hombre, no sería más que la ratificación de un hecho consumado».

Pero lícito y santamente consumado, como será el triunfo del hombre que todos esperan, y cuya ratificación por un plebiscito libérrimo anunció *Luz Católica* mucho antes que Drumont, tanto para Francia como para España.

Ahí está, pues, el testimonio de los periodistas adivinadores, coincidiendo con lo que anuncian los profetas desde hace más de dos mil años. El que no crea á los profetas, habrá de creer á los políticos; y si no cree á unos ni otros, es que seguramente halla bueno el estado actual de cosas, y por tanto innecesaria la venida de un salvador; y en ese caso, ponga en cura su juicio, porque lo tiene enfermo; y para curarlo mejor, vea de no ponerse bajo la influencia fatal de números y nombres, en que sin duda cree quien de tal modo ve las cosas.

Por lo demás, un capítulo entero hemos de consagrar más abajo al testimonio de los periodistas adivinadores.

Al fatalismo.

El parecer de periodistas y políticos, coincidiendo con las afirmaciones de los profetas, es muy de tener en cuenta, es fuerte y estable como una demostración; pero aislado vale muy poco, vale generalmente nada, en casos como el que estudiamos.

Aislados y con las ínfulas que hoy se estilan y el deísmo que tantos estragos hace en la fe de los dedicados á estudiar la marcha de los acontecimientos políticos, valen tanto, á fe mía, los periodistas *adivinadores* y sus panegiristas aduladores, valen tanto los católicos pintojos que fían en políticos paradojos, que por culpa de unos y otros va corriendo la sociedad al fatalismo, y por consiguiente al deísmo que es un fatalismo disfrazado.

Aun se habla mucho de la Providencia de Dios; pero el ochenta por ciento de los que dicen creer en ella, viven y obran como si realmente no existiera. En esta revista lo hemos demostrado algunas veces, citando hechos y doctrinas de hombres que pasan por muy católicos.

Confiesan la divina providencia con los labios; mas si atendéis á sus obras, éstas os dirán lo que condenó el Deuteronomio: «*Fortitudo mea, et robur manus meae, haec omnia mihi praestiterunt*. Mi fuerza y la robustez de mi brazo me granjearon todas estas cosas».

¿Qué se seguirá de esa política inspirada en el deísmo, sino que muchos «católicos» lo profesen por error y otros por contagio, unos y otros sin darse cuenta, y que se abra un ancho camino al fatalismo de los políticos incrédulos?

Viene al tema lo que nuestro estimado colega *El Heraldo Astorgano* escribió el mismo día que el

colega citado en el párrafo V. Decía bajo el título *La Política y la Mecánica:*

«He aquí dos ideas que siempre se han considerado como diametralmente contrarias; y sin embargo, muchos de nuestros estadistas y modernos sociólogos tratan de constituir á las leyes matemáticas, á la mecánica, en fuente de todo buen gobierno; han vuelto, sin darse cuenta, al fatalismo pagano y, como entonces, consultan los astros, las entrañas de las víctimas y tienen sus pitonisas.

Y aquí les había de arrastrar necesariamente esa filosofía y esa sociología puramente naturalista. Y ciertamente, el hombre que ha perdido la fe, y se ha encerrado dentro de lo que se ve y se palpa, el horizonte de sus conocimientos está limitado, como por un círculo de hierro, por los límites del espacio visible; este es la eterna morada de la naturaleza y de la humanidad; este es su sepulcro y la bóveda celeste su tapa.

Y como según ellos la humanidad no tiene otro fin distinto de la naturaleza, aquí están y viven compenetradas como un alma y un cuerpo; una vive para la otra recíprocamente; todo, pues, cuanto existe y puede existir según esta flamante ciencia, se reduce á ese grande ataúd de la naturaleza, que jemás se llenará, y á unos cuantos séres vivos que corren con la velocidad del tiempo á zambullirse en él: Comamos y bebamos, que mañana moriremos, dicen como Epicuro. . . .

Mas, como donde preside la ley matemática, la mecánica; donde hay ley irresistible y fatal, el Gobierno en su propio sentido no tiene lugar, no hace falta; ó cuando más, debe encomendarse á gente que entienda de matemáticas. Y por eso en España hemos estado tan bien gobernados».

Hemos estado y estamos y estaremos, mientras haya tantos «católicos» cuyas creencias tienen más de superstición que de fe, y cuyo providencialismo es más bien deísmo vergonzante, y cuya religión da más culto y crédito á políticos adivinos que á verdaderos providencialistas y profetas.

Hemos estado y estamos y estaremos, mientras haya tantos «católicos» que fíen más en la fuerza de las armas y en el número de los ejércitos que en la Providencia del Dios de los ejércitos.

No sólo los ateos y fatalistas quieren gobernar el mundo como si fuera una máquina, sino también muchos que ponen su boca católica en el cielo y arras-

tran su lengua política por la tierra. Son más matemáticos que creyentes. Número de hombres, número de fusiles, número de pesetas, número de qué se yo cuántas cosas, y número crecido, muy crecido, sin lo cual no fían en la Providencia aquella que dió tantas victorias á los caudillos de Israel y de la España de otros siglos.

Somos una máquina: mucha fuerza, mucho número de ruedas motoras, engranajes, correas, combustible y demás, y nuestra industria saldrá airosa, aunque Dios se quede allá en sus cielos. Eso vienen á decir.

¿Y así nos hemos de regenerar? ¿Hay hombre sensato que piense en defender la Fe con las armas, mientras haya tanto deísta vergonzante? Con las armas se vence los cuerpos; pero ¿y las almas? ¿y las doctrinas? ¿Qué victoria sería la de un ejército que las profesara tan perniciosas? ¿No sería más bien un castigo de Dios?

Compañeros, desengañaos. Antes de armar el ejército de la Cruz, sacad del error á los que deben formarlo; antes de librar batalla por el Dios de los ejércitos, procurad que todos los soldados crean en la Providencia del Dios de los ejércitos.

Evangelizad ahora y lucharéis después. Una vez que podáis formar un batallón de creyentes sin peros, de providencialistas rendidos, podréis conquistar el mundo. Primero predicad la Cruz, y después al servicio de la Cruz pondréis la espada. Debéis ser apóstoles y soldados.

Pero mientras andéis amalgamando la superstición y la fe, el providencialismo teórico y el deísmo práctico, y pongáis las matemáticas y la fuerza y el dinero á tanta altura como la religión y la protección divina, os perdéis y nos perdéis á todos.

(*Luz Católica*, núm. 113=4 Diciembre 1902).

El cataclismo se acerca.

Nos sale al paso uno de los periodistas adivinadores, antes de llegar al capítulo que vamos á consagrarles.

Un amigo ha tenido la atención de poner en nuestras manos el último número de un semanario local, sin duda para que viésemos cómo acuden las opiniones enemigas á confirmar las previsiones de *Luz Católica*, de las que tantas rechiflas se han hecho. Se juzga por la filosofía de la Providencia, se juzga por el texto de los profetas, y pasa por iluso y mentecato el que así juzga; pero luégo vienen los mismos que le llaman iluso, y dicen lo mismo que él ha dicho, bien que lo dicen *porque ese es su negro presentimiento* (textual), no porque tal filosofía ni tales profetas merezcan fe, á no ser algún Isaías.

Un profeta dijo hace trescientos años lo mismo que hoy dice un periodista porque los sucesos hablan: el periodista tiene razón; el profeta fué un iluso. ¡Tal es el criterio que hoy domina, hermanos! Pero, en fin, dejémoslo y copiemos estos párrafos del colega:

«La religión perseguida en su misma casa; apedreados y quemados algunos conventos; insultado y escarnecido el clero; decretada la expulsión de las congregaciones religiosas; consentida la horripilante blasfemia pública en papeluchos asquerosos y en libelos soeces; herido el pundonor y la honradez de la dama española con la sucia propaganda de libretos pornográficos.

Todavía presentimos todos mayores males y desgracias sin cuento. Y este presentimiento general en el que no discrepamos ni un ápice, tengamos estas ó las otras ideas, militemos en aquel ó en este campo político, es tan fuerte, tan unánime y universal, que llega á constituir criterio infalible de verdad...

Alfonso será coronado, reinará aunque sea poco; es necesario que así sea.

Después..... Después los transtornos, la desgracia, el mal, más colonias perdidas, la división de reinos, otra vez la

sangre, otra vez la peste, un liberalismo más práctico, la anarquía tal vez, la dictadura quizás, la usurpación y la ilegalidad cubriendo toda clase de crímenes y maldades... ¡el castigo!

La palabra de Dios ha de cumplirse; la señal de su cumplimiento está cercana...»

Perfectamente; y nosotros que en medio del arroyo nos abrazamos con nuestro mayor enemigo si el bien común nos lo aconseja, damos en este terreno la mano al colega, y prometemos conducirle, si el orgullito se lo consiente, á un campo donde hace no menos de veinticinco siglos que resuena la voz de un profeta, describiendo los tiempos que atravesamos y el próximo y efímero reinado de D. Alfonso, tal como lo prevé el colega.

En lo que éste no coincide con aquél es en el desenlace, porque el colega va á parar al triunfo del carlismo con D. Carlos, y el profeta al mismo triunfo sin D. Carlos. Necedad sería poner en duda cuál de los dos prevé bien.

El libro del profeta no es canónico todavía; pero sin duda llegará á serlo, y es ya de autoridad gravísima, como lo prueba el sencillo comentario de algunos de sus capítulos que hicimos en *Luz Católica.* Nos referimos al cuarto libro de Esdras.

(*Luz Católica*, núm. 80=17 Abril 1902).

CAPÍTULO VII

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN PERIODISTAS Y ORADORES.

CAPÍTULO VII

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN PERIODISTAS Y ORADORES

I

Se acerca el gran día.

Nuestro estado acfual.

Decíamos en el primer número de *Luz Católica:*

«Si no habéis reparado en los efectos de la maldición de Dios, esperad un poco y el cataclismo social os forzará á reparar, porque el torbellino de las iras de Dios va á destrozar muy pronto por nuestros pecados estas malditas sociedades modernas. ¿Os reís? También de Noé se reían sus contemporáneos... y vino el diluvio de agua, no tan horroroso como el que va á venir, que será de fuego y sangre».

¡Y vaya *si se rieron de nosotros!* Entonces nadie veía la catástrofe general que se nos viene encima; se nos trató de ilusos y visionarios; muchos periódicos católicos nos rechazaron y despreciaron; y hoy todos á una dicen lo que entonces dijimos y lo que desde entonces hasta hoy hemos repetido en todos los números de nuestro semanario.

Para edificación de nuestros lectores, no nos satisfaremos con los artículos que á los precedentes capítulos hemos tomado de varios periódicos, sino que recortaremos algo de lo que sobre el caso han dicho

estos días otros periódicos, valiéndonos solamente de los que tenemos más á mano, y así quedarán plenamente confirmadas por plumas ajenas las principales predicciones de *Luz Católica* y su providencialismo, al propio tiempo que daremos á los partidarios de los «periodistas adivinadores», de que arriba nos habló un colega, una prueba para ellos irrebatible, acerca de nuestra cuestión.

—«España se disuelve y con España Europa; á lo menos la Europa latina que con la luz del Evangelio recibió el cetro de la civilización.

Los últimos sucesos de Zaragoza y los que le han precedido y siguen en todas partes, revelan que se aproxima la hora de Dios, es decir, la hora de la justicia, porque «Dios es justicia y Dios no muere» y «cuando el hombre se agita Dios le guía».

Repetimos que Europa se disuelve; mas no con esto decimos que se extinga: de la Europa liberal fundida al fuego socialista y apartadas las escorias, renacerá la Europa cristiana sin mezcla de farsas y mentiras. Terrible será la prueba, pero el triunfo es seguro».—(*La Lectura Popular*, 1.° de Agosto).

—En la conciencia de todas las personas medianamente reflexivas se refleja el presentimiento de una catástrofe social más ó menos próxima. Al menos previsor se le viene á la memoria con insistencia la profética esclamación de Aparisi Guijarro lanzada en pleno Congreso poco antes de estallar la revolución de 1868.

«¡Esto se va! dijo, tomando el sombrero en ademán de despido. ¡Esto se va! repiten también en el momento presente todos los españoles que conservan el sentido común ó el *sentido moral. Pero ¡cuán profunda es la diferencia del esto se va* de ahora al *esto se va* de entonces!

En 1868 los revolucionarios españoles abrazaron á la Matrona España con el amor casto é inocentón del adolescente. En la revolución que con espanto se presiente, los revolucionarios se echarán sobre la Matrona que simboliza la madre Patria, con el amor libidinoso del libertino encanecido, que viola y extrangula. El movimiento de entonces apenas traspasó los umbrales de la región política. El que se ve venir, será esencialmente socialista y anárquico.

Todo ha de quedar envuelto, por más ó menos tiempo, en la confusión caótica que pugna, tiempo hace, para salirse de la región de las ideas y derramarse inundando el terreno

de los hechos y asfixiando á la vida social. Será la apoteosis de la civilización moderna».—(*La Verdad* de Tortosa, 10 de Agosto).

—«El satanismo levanta sus banderas; el Antecristo llama á las puertas del siglo XX..., apesta á petróleo, trae el puñal del asesino y la tea del incendiario, camina sobre máquinas de rotativos, va rodeando turbas fanatizadas, dejando, cual siniestras huellas de su paso, un rastro de estragos y ruinas, profanaciones y sacrilegios..., y, sin embargo, asegura que su misión es pacífica y que no va contra la Iglesia ni el culto.

Sí, como el lobo no va contra la oveja, ni el verdugo contra el bien, ni Satanás contra Dios».—(*El Triunfo*, 14 de Agosto).

—*El Pilar* ha reproducido muy oportunamente estas proféticas palabras del P. Ramiere, S. J.:

«No nos hagamos ilusiones; hace veinte años la sociedad llegó al borde del abismo, y entonces las masas no estaban tan profundamente corrompidas como lo están ahora. Desde aquella época la secta anticristiana ha trabajado con infernal actividad y perseverancia para acumular en las últimas capas de la sociedad inmensos tesoros de concupiscencia y rencores, y la negra humareda que de este volcán se escapa por los respiraderos que le ha abierto la ley sobre las reuniones públicas, nos permite apreciar de antemano los desastres que ocasionará su próxima erupción».

¿Qué hacemos?

«Tenemos en frente á nuestros enemigos organizados para la lucha, desplegando sus huestes en orden de combate, laborando por su causa á grito pelado y á pleno pulmón, enardeciendo á sus masas, citándonos á combate y provocándonos con jactancias y denuestos, en medio de una feroz algarabía de errores é insultos groseros, de burlas inicuas y de blasfemias repugnantes. Por contera tienen un plan perfectamente conocido, á pesar de que para engañar bobos y sincerar su conducta, lo mal encubren con un antifaz grosero.

¿Qué hacemos entretanto los católicos? Permanecer cruzados de brazos y sin plan alguno que nos permita ponernos en condiciones de defensa. Si no tuviésemos fe en la eficacia de la verdad para triunfar en la dura prueba del insidioso error, si no creyésemos con toda el alma en la verdad de la divina promesa de que «las puertas del infierno no prevalecerán», era cosa de desesperarse al contemplar nuestra calma.

Bien está que creamos y esperemos, pero en movimiento,

obrando, cooperando con nuestros actos al triunfo de la verdad, convirtiéndonos en soldados de la fe, sirviendo de voluntarios instrumentos á la acción de la Providencia. No importa que seamos muchos; lo esencial, lo absolutamente necesario, es que seamos buenos, decididos, probados; bastó el puñado de hombres de Gedeón para derrotar á los filisteos.

A prepararse, pues, pronto, cuanto antes, con urgencia, según hemos dicho y de conformidad con el deseo expresado por varios excelentes colegas católicos. Desechemos pueriles temores y ciertas prudencias que quizá son horribles cobardías.

Los cobardes, los pusilánimes, los cómodos y muelles de voluntad, no pueden formar en el ejército de cruzados de Cristo, deben desecharse como impedimenta, esperando confiadamente los acontecimientos, porque *si Deus pro nobis, ¿quis contra nos?*».—*(La Constancia*, 12 de Agosto).

—«Ya no caben componendas ni prudencias cobardes. Pasó la época de los paños calientes y de los paliativos. Se nos provoca á la lucha, y á la lucha nos vamos. Y que se nos provoca no cabe dudarlo ni un momento. Se nos provoca práctica y teóricamente.

Se incita á las masas para que *prácticamente* vayan contra la reacción.

Se incita á la opinión para que se rebele contra el actual estado de cosas, y concluya con el clericalismo. Es decir, que lo que aquí se quiere es una revolución.

Perfectamente bien: ¿se quiere luchar? ¿se quiere sangre? Dispuestos estamos á verterla toda por defender nuestra fe y nuestros templos.

¿Se quiere poner á prueba nuestra mansedumbre tantas veces invocada? Prometemos que saldrá mal de la prueba.

Porque ya estamos cargados, oprimidos con tal saña, que sentimos nuestro corazón henchido de ardor y nuestros brazos dispuestos á moverse.

Venga, venga esa revolución que se nos anuncia; venga esa ocasión *práctica* de vernos las caras.

Venga, que no huiremos. Con la Cruz por bandera, con el liberalismo por sustento, no tememos á esas masas anticlericales.

Moriremos; morirá esta generación envuelta entre la sangre del combate; pero de esa misma sangre saldrán soldados nuevos hasta vencer.

Sí, hasta vencer, porque *Dios está con nosotros*».—*(La Cruz*, de Bilbao, 9 de Agosto).

—«Doloroso es que los buenos tengan que andar armados; mas los hechos demuestran con qué genero de canalla tienen

que habérselas. Pero, por lo demás, ¿la ley no provee á la defensa de los hombres de bien, concediéndoles en todos los países civilizados el uso de armas? ¿Y esta concesión no significa que quien no quiera dejarse matar tiene pleno derecho y acaso obligación de hacer uso de las armas? De otro modo, ¿á qué vendría á reducirse esta disposición legal? ¿De dónde puede ya sacarse que está prohibida la propia defensa *cum moderamine inculpatae tutelae?*».—*(La Civilta Cattolica,* de 3 Agosto).

—«El famoso Obispo monseñor Mermillod, aquella figura de apóstol que dejó tan buenos recuerdos como orador, escritor y propagandista, al despedir á una peregrinación en 1888 les decía:—«Os parecéis muchos católicos á los sauces llorones; inclináis la cabeza gimiendo sobre todos los males de que os constituís esencialmente en testigos contristados. Creedme: gemid menos y obrad más; dad tregua á las lágrimas para aplicar las manos á las obras. Llorando se mantienen paralizadas fuerzas que debieran ponerse en ejercicio. Meditad sobre estas palabras del Eclesiástico: «*La tristeza no es buena para nada*».

Claro está. Con lamentos estériles y con lágrimas que á nada práctico conducen, no se conseguirá nunca la regeneración de esta patria infortunada ni se irá á ninguna parte. Lo que se quiere es acción. Estamos en unos días en que es necesario obrar y obrar valerosa y enérgicamente.

Es menester que los católicos nos persuadamos de que si la prudencia es una virtud, virtud es también la fortaleza, y ésta no está reñida con aquélla, antes bien, se hermanan y se completan.

A la canalla impía, que sólo satisface sus instintos de bestia con carne de católicos, no hay que irle con lágrimas ni con lamentaciones, sino con la virilidad y la energía del que sabe responder valientemente á la fuerza con la fuerza en defensa de legítimos y sagrados derechos.

Es evidente de toda evidencia que si los buenos contestasen como se debe á los atropellos y salvajadas de los impíos, éstos no se atreverían á continuar su infame campaña.

Obras y no lágrimas es lo que hace falta para dar la batalla al enemigo».—*(Varios periódicos).*

Providencialismo.

«Premios á la virtud liberal.

Años 1833 á 1840.—¡Viva la libertad! ¡Viva laC onstitución! ¡Abajo los curas! ¡Mueran los frailes!—*PREMIO.*—Cólera morbo y siete años de guerra civil.

1854 á 1856.—¡Viva la libertad! ¡Viva la República! ¡Viva la Reforma! ¡Abajo los curas y frailes!—*PREMIO.*-Otros dos años de cólera y otros dos de asonadas y motines.

»*1865 á 1867.*—¡Viva la libertad! ¡Viva Prim! ¡Viva la República! ¡Mueran los Obispos neos!—*PREMIO.*—El cólera otra vez en casa.

1868 á 1874.—¡Viva la libertad! ¡Viva Hohenzollern! ¡Viva Amadeo de Saboya! ¡Viva la República democrática! ¡Viva la internacional! ¡Viva el cantonalismo! ¡Viva la soberanía del pueblo! ¡Abajo Dios! ¡Mueran los frailes!—*PREMIO.* —La fiebre amarilla, la segunda guerra civil, el bombardeo de Valencia, el bombardeo de Cartagena, sublevaciones, secuestros, robos, anarquía y su chispacito de cólera morbo asiático para conservar la simiente.

1898 á 1900.—¡Viva la integridad de la Patria! ¡Abajo los traidores! ¡Abajo las peregrinaciones católicas! ¡Abajo las placas del Corazón de Jesús! ¡Mueran los Jesuitas! ¡Viva la libertad!—*PREMIO.*—Dos guerras sangrientas, pérdida de Cuba, pérdida de Puerto-Rico, pérdida de Filipinas, pérdida de nuestras escuadras, pérdida de nuestra vergüenza. Trancazo, peste bubónica dentro de la península, ruina general.

1901.—¡*Electra* libre! ¡Mueran los Jesuitas! ¡Mueran los frailes! ¡Abajo las Ordenes religiosas! ¡Viva la democracia! ¡Viva la República! ¡Abajo el culto católico externo! ¡Abajo procesiones, jubileos y hasta la asistencia libre á los templos! ¡Guerra á la enseñanza religiosa y, bajo el pretexto de clericalismo y fanatismo, guerra á todo lo que se roce con la verdadera Religión!—*PREMIO.*—Aguardémoslo; está en puertas y debe ser gordo.—X. Y. Z.»—*(Varios periódicos).*

Preparémonos.

«Hace cuatro años un extranjero muy principal, y persona distinguidísima, recorrió varias provincias de nuestra patria, observando y estudiando las costumbres de nuestro pueblo. Cuando regresó á su país, le preguntaron sus amigos qué impresiones traía de su escursión por España. Contestó:

«Es un pueblo de blasfemos y renegadores, es un pueblo que trabaja en las fiestas, como si allí no estuviese vigente la ley de Dios. Es un pueblo que por su apostasía, va rápidamente al salvajismo. Yo he visto y he oído con espanto lo que allí pasa y se dice contra Dios, contra la Hostia consagrada, contra la Virgen y contra todo lo más santo de nuestra divina Religión. Aguardad, que no se harán esperar tremendos castigos: Yo tengo fe en la Providencia y en su justicia, añadió;

creo en el supremo dominio de Dios sobre los hombres y sobre todos los acontecimientos; sé que «Dios es paciente porque es eterno»; pero las naciones que, como España, permiten que sus hijos se encaren contra el Omnipotente, y le escupan las horripilantes blasfemias que allá he oído, han de recibir pronto la paga que tales atrocidades merecen. Aquello es un reto continuo á la divinidad, una provocación estúpida é infernal al Criador de cielos y tierra».

Y las profecías del extranjero se han cumplido ya en gran parte; las venganzas divinas se han patentizado formidables, y es de temer que si nuestro pueblo no se corrige, mayores han de venir todavía.»—(*El Restaurador*).

—«Dónde iremos á parar, Dios lo sabe. Pero si la nave social no recoge velas, irá avanzando el progreso de los grandes crímenes, y sentiremos menudear los tiros y las puñaladas á los poderosos y á los pequeños. Y así se irán precipitando en los abismos las generaciones, que pasarán á la eternidad con el hierro ó el plomo anarquista clavado en ese corazón, de donde huyeron las santas creencias y los hermosos amores».—*(El Correo Fspañol)*.

—«No somos pesimistas. Nos parece hasta de mal gusto la cantinela de que «todo está perdido», de que *nulla est redemptio*, de que «España va de tumbo en tumbo, y ya muy cerca del abismo que ha de tragársela». Huímos instintivamente de los hombres lúgubres que no profetizan más que catástrofes. ...Pero ¡ay! que no podemos sustraernos siempre á la dolorosa impresión que nos producen síntomas alarmantísimos que, no hay que dudarlo, son de próxima y, en la apariencia al menos, de inevitable disolución nacional».—*(El Universo)*.

—«Jamás ha condenado Dios á la opresión y al envilecimiento á todo un pueblo, sin que éste provocase antes la ira divina con sus vicios y maldades. ¿Se nos oprime ahora? Creednos, estábamos corrompidos; por eso el azote de Dios ha caído sobre el pueblo, y ha estallado hasta en el silencio de los claustros. Vistámonos de cilicio, humillemos nuestra frente delante de Dios; pero al volverlas á nuestros opresores, no la humillemos, alcémosla, al contrario, con noble intrepidez, porque ellos son, no somos nosotros, los que ahora deben temblar.»—(APARISI GUIJARRO.—*Varios periódicos)*.

—«El liberalismo hará el último esfuerzo para conservar su poder, comprendiendo que la batalla que ha de librarse es decisiva, y que del éxito que alcance depende su vida ó su muerte. ¿Cómo ha de consentir el infierno que el espíritu cristiano en toda su extensión y en toda su fuerza se aplique á las instituciones todas de España?

Mas sobre el infierno está el cielo; sobre el demonio, Dios; sobre las maquinaciones del tiempo, los altos planes de la eternidad. Y cuando en el reloj de las eternidades haya sonado la hora de la misericordia divina, las montañas se allanarán al paso de la bandera católica».—*(El Triunfo)*.

—«Nuestro excelente compañero en la prensa *El Siglo Futuro*, inserta un hemoso artículo firmado por el notable escritor y redactor de dicho periódico Sr. Botella, excitando á los católicos españoles á trabajar, realizando propagandas en pro de las ideas católicas, utilizando para ello todos los recursos legales, con el objeto de levantar los ánimos desmayados y abatidos de los católicos, reavivar el entusiasmo, mediante la fe, que vive amortiguada entre el rescoldo de nuestras egoístas pasiones.

Es necesario para ello que los católicos despierten, penetrándose bien del peligro, y que sacudiendo su apatía y egoismo, se determinen á obrar. No basta no hacer, quedándose en casa tranquilamente y presenciando la marcha de los acontecimientos; es necesario hacer, obrar, dar la cara en defensa de la religión, dejando las comodidades del hogar, para formar en las filas de los cruzados del ejército de Cristo.

Pertenecemos á la Iglesia militante, y cada uno de los católicos es un soldado, que se halla obligado á sacrificar hasta su propia vida en defensa de su bandera. El que no se halle dispuesto á cumplir con este deber, es indigno de llevar el nombre de cristiano, un desertor del ejército del Cristo. No sólo son pecaminosas las malas acciones; además de los pecados de comisión, los hay de omisión».—*(La Constancia)*.

—«*La paz sea con vosotros;* así saludaba Jesús á los apóstoles, y esta es la frase más repetida por los cristianos hasta hoy: *pax vobis*. Y, sin embargo, Cristo hablando de las persecuciones, decía á sus discípulos: *Nolite terreri, oportet hæc fieri*. No queráis temer; conviene que así suceda.

Ahora bien: ¿por qué nos convendrán las persecuciones? Nos convienen, en primer lugar, porque la historia nos enseña que tras las más terribles persecuciones, la reacción no se ha hecho de esperar. La persecución de Diocleciano nos trajo á Constantino; la de Juliano el Apóstata, á Teodosio; tras los bárbaros, vinieron Recaredo y Carlo-Magno, y las últimas blasfemias de Lutero nos anunciaron la aparición en la Iglesia de la Compañía de Jesús.

Además, las persecuciones convienen principalmente para sanear la atmósfera moral de la Iglesia».—*(El Obrero Setabense)*.

(Luz Católica, núm. 54=10 Octubre 1901).

II

Estamos empezando.

Lo que nos reserva el porvenir.

«Si los católicos no pensaran en formar Ligas, ni en celebrar Jubileos, ni en la colocación de placas del Corazón de Jesús, ni en elecciones, y se concretaran á estar quietos en sus casas y á rezar en los templos, nadie les molestaría ni se metería con ellos», ha dicho un periódico sectario.

¡Es todo cuanto se puede decir en nombre de la libertad! Y de hecho, si nos cruzamos de brazos y no oponemos la resistencia que el derecho nos concede, llegará el día en que nos veremos perseguidos por sólo ir á la Iglesia, por profesar la Religión católica, y ni en casa ni en el templo se nos dejará tranquilos, como nos lo dicen. ¡Oh malaventurados tiempos!» —*(Semana Católica de Madrid).*

—«Y así, mientras las manifestaciones republicano-revolucionarias se permiten, y se prohiben por los gobiernos actuales las manifestaciones del culto católico, ¿qué podemos esperar? ¿qué es lo que viene?

La revolución, revolución de corte trágico, como dice Costa, revolución espantosa y temible, como presienten todos». —*(Varios periódicos).*

—«¿Se viene el cielo abajo?. Lo parece, según son de formidables los rugidos que lanzan las hienas anárquicas, anticlericales, socialistas y demás alimañas de la selva humana.

Se ha observado que las fieras del desierto presienten las tempestades, y antes que éstas se desencadenen se agitan desusadamente; dan horribles alaridos y se precipitan de un lado á otro, presas de un pánico instintivo.

La excitación reinante entre los elementos de la *España salvaje,* los rugidos, los bramidos, los rebuznos, las coces, los corcovos, las cabriolas, las carreras y los saltos de los animales que más se parecen al hombre (de esos animales que nacen, viven y crecen entre nosotros, y para los cuales toda España es selva), denuncian infaliblemente la proximidad de alguna formidable tormenta.

¿Qué quieren, qué piden, á dónde van tantas muchedumbres de fieras? A punto fijo ni ellas mismas lo saben. Se con-

ciertan obedeciendo á impulsos que ignoran tal vez de dónde parten. Se lanzan por las veredas y encrucijadas, ahullando por fuerza del instinto. Tienen hambre quizá.

Por si acaso, hay quien cuida de arrojarles al paso cebo apetitoso; solomillo de fraile, burgueses trufados y guardia civil en salsa. ¡Oh! ¡Cómo se sacian las fieras!

Detrás de esas dentelladas ¿qué va á venir? Los bárbaros del Norte. Las turbas anárquicas que Lerroux amaestra en Barcelona; los hunos que Blasco Ibáñez tiene en conserva en Valencia; los salvajes que de los cuatro puntos cardinales están esperando la hora de lanzarse al universal exterminio.

Irremisiblemente viene la tempestad. Las señales son inequívocas».—*(El Ebro).*

El gran peligro.

«Si el descreimiento se generaliza entre los soldados lo mismo que entre los obreros; si la revolución va reclutando adeptos en los cuarteles al par que en las fábricas; si por el socialismo hacen causa común los que empuñan el arado y la piqueta y los que manejan el fusil y el cañón, ¿cuál es la suerte que está reservada á nuestra sociedad, que carece de fuerza moral y sólo se sustenta sobre el férreo pedestal de la fuerza armada? ¿Qué terrible hecatombe se desarrollará el día en que los soldados se pongan del lado de sus camaradas los obreros y enfrente de un poder odiado por todos igualmente?

¡Ay! ¡cuán terrible responsabilidad la de aquellos que han descristianizado al pueblo! Le han robado la fe, le han dicho que es rey y dios, y poco importa que al pueblo se le llame rey, y hasta se le llame dios, si no tiene ningún reino en la tierra y se le ha quitado la esperanza de poseer el del cielo.

Entonces me vino á la memoria lo que yo leía en un excelente libro de texto cuando cursaba los primeros años de mi carrera.

«¿Qué ha de hacer este rey sin fe, cubierto con andrajoso manto y con un cetro de caña? ¿Se contentará con políticas herodianas, con disposiciones pilatescas y con el *ave rex* de sus aduladores?

»Sentadas ciertas premisas, él tiene la fuerza de la lógica; atendiendo al número, él tiene la lógica de la fuerza. Encendidas en las clases populares todas sus concupiscencias, no invoquéis la palabra *orden,* que es un sarcasmo para gentes sin pan y sin creencias.

»¡Ay del día en que se rompa ese equilibrio convencional y mecánico que produce esta paz eterna! ¡Ay del día en que

las muchedumbres ateas se den el abrazo con ejércitos descreidos!...

»Vendrá, si Dios no lo remedia, la liquidación social y el *Dies irae* de las naciones, porque si para las colectividades no hay infierno, el infierno vendrá aquí para los pueblos».

¿Estará próximo ese día? ¿Seremos pronto testigos de ese inmenso trastorno social? Los hechos nos inclinan á creer que sí».—*(El Triunfo).*

—«Los católicos oportunistas que se escandalizan de todas las manifestaciones públicas de la vida católica, se forjaron la ilusión de que, pasado el hervor de las pasiones políticas, volverían las aguas á sus antiguos cauces y continuaría la tranquilidad material necesaria para vivir sin sobresaltos y poder asistir á Misa los días de precepto *(si no sale algún inconveniente),* sin perjuicio de asistir cada día á los espectáculos en que se alimentan las más desenfrenadas pasiones. Pero los sucesos han venido á turbar la olímpica beatitud de los felices según el mundo.

Y no puede menos de ser así. Esta sociedad ha perdido el sentido moral. Cuando un emperador que tiene á sus órdenes casi un millón de bayonetas, no puede vivir tranquilo por el miedo, otro emperador más poderoso sale de su país para estrechar las manos de los que sustentan los principios que conducen lógicamente al regicidio. Así no es extraño que un tribunal de justicia de ese país vecino, imponga una pequeña multa á dos periodistas que mientras esos poderosos se abrazaban, ellos predicaban en crudo el regicidio, el asesinato, el robo y el pillaje.

¡Adelante! Medio siglo atrás se nos quería engañar diciendo que libertad era la facultad de hacer lo que se quiere sin dañar á nadie; hoy ya se acaba de borrar la última limitación, porque si se pueden violar los derechos de Dios, más se podrá negar los derechos del hombre. Y si se borraban entonces de una plumada los tres primeros preceptos del decálogo, ¿por qué no se han de borrar ahora los otros siete? Si es lícito blasfemar del Criador, ¿por qué no ha de serlo el matar y el robar, ó el ultrajar la mujer del prójimo? Adelante, pues, que guiados por esta borrachera de libertad, no hemos de parar hasta la libertad de las bestias salvajes del desierto».—*(Hoja Dominical).*

—«Se apresuran los tiempos, y á su precipitado empuje se divide la sociedad en dos grandes ejércitos: el ejército revolucionario y el ejército de la Cruz. El primero tiene caudillo, disciplina y ardor; el segundo está desorganizado, carece de disciplina y no mueve sus miembros con desembarazo por

las ataduras, finas y suaves, sí, pero ataduras al fin, de prudencia y mal menor.

Es un error gravísimo el despreciar la Historia, queriendo conquistar la verdad con arma diferente á la que manejaron siempre los mártires delante de los procónsules. La política de Cristo triunfó en el mundo por las imprudencias de los cristianos que, como San Sebastián y otros, preferían perder la vida á condescender con el error.

¡Bendita imprudencia la de aquella época, que, uniendo á los cristianos como hermanos en la tierra, les servía para su glorificación en el Cielo! ¡Maldita prudencia la de estos menguados tiempos en que, dividiendo á los buenos, prepara los caminos para el reinado de Satanás.

Mas ¿qué decimos de preparar los caminos? En Valencia ha triunfado ya en toda la línea. Los concejales elegidos para representarnos son en su inmensa mayoría *anticlericales*, algún fusionista, ningún conservador y dos carlistas.

¡Desdichada prudencia que no se atreve á combatir á los que no aceptan los mandatos del Papa y los Obispos respecto á la unión, tan deseada hoy día!»—*(La Libertad*, de Valencia).

¡Ya es hora!

«Con promesas que tienen de verdaderas lo que puede tener el jefe de todos los liberales, que es el mismo Lucifer, padre de la mentira; con protestas de que los hombres y partidos del turno no van contra la Religión católica, antes por el contrario, son celosos defensores de sus prerrogativas, y si dejan aullar á la fiera revolucionaria, es por evitar mayores males y por puro amor á la Religión; con ese sistema de corrupción en alta escala que tiene sus agentes en todas partes, desde los más altos palacios hasta los más bajos juzgados municipales y alcaldías de barrio, el liberalismo ha ido engañando, conquistando, unciendo á su carro de muerte á muchos incautos, á muchos desdichados y á muchos que querían ser engañados y que forman el menguado ejército de los Judas, apóstatas y traidores. Y así vive y medra entre sombras, prometiendo lo que no ha de cumplir; mintiendo con la desaprensión del que considera los Mandamientos de la ley de Dios cosa anticuada y *clericalismo* puro, contrario al progreso moderno; corrompiendo, con el fin de sellar bocas que debían estar abiertas para denunciar sus crímenes y torpezas. Y así muere España, y así se va perdiendo la fe, y así se enseñorean de nuestra sociedad el escándalo con título de adelanto y la hipocresía con título de prudencia.

Hora es ya de que comience el principio del fin, y que á esta guerra de emboscadas suceda la guerra franca que la Iglesia jamás temió y de la cual tan nobilísimos ejemplos nos legaron nuestros antepasados».—*(El Siglo Futuro).*

—«Corre peligro la religión de nuestros padres. En peligro se halla ya nuestra fe, nuestra patria, nuestro hogar, nuestras esposas y nuestros hijos. Un siglo ha que vienen siendo atacados furiosamente nuestros sentimientos religiosos y nuestro amor á la patria. Enemigos de fuera nos lanzan sus balas de impiedad, ateísmo é incredulidad.

Así es que ha llegado el momento y es deber de conciencia que todo el que se precie de católico y de español ocupe su puesto en la muralla.

Levanten la cruz los capitanes, que las espadas no faltarán á su defensa. Aun hay fe en el pueblo español y, gracias á Dios, aun hay adalides generosos, que con santa libertad salgan al campo á batir la impiedad y á vencerla hasta en sus últimos atrincheramientos.

No, no y mil veces no; no seamos cobardes, ni con nuestro silencio, ni con nuestras obras, para no tener que exclamar algún día y en apretado trance como Isaías: *Vae mihi, quia tacui*! ¡Ay de mí, porque callé!»—*(Ausetania).*

(*Luz Católica*, núm. 60=21 Noviembre 1901).

El principio del fin.

«Nuestra inacción y nuestras discordias han dado grandes ventajas al enemigo. Hemos tolerado todo género de traducciones del francés, desde las de Reclus y Zola hasta el decreto de Combes contra la enseñanza del Catecismo en dialecto bretón. Somos ya los parias de la libertad y las víctimas de un despotismo que se nos atribuía á nosotros, cuando los déspotas de hoy se creían siervos de ayer porque no ostentaban grandes cruces ni uniformes de ministros, ni collares de piedras preciosas en las gargantas de sus mujeres. ¿Podíamos continuar así, sin que nos hiciéramos dignos de semejantes ultrajes? ¿Íbamos á renunciar hasta el derecho de salir á la luz del día á defender nuestra fe y nuestro hogar, y á llamar por su nombre á los que están explotando la mentira? No: estamos, como ellos, en medio de la plaza. *Se renuevan los gloriosos combates de otros tiempos.* ¡Sea Dios bendito, y que esto perdone, que podamos decir con Montalembert: *¡Hijos de Voltaire, paso á los hijos de los Cruzados!*»—*(El Universo*, 14 Diciembre).

—«Un insigne escritor contemporáneo, gloria de la prensa

católica, acaba de pronunciar una palabra inspirada; ante las ruinas producidas por la persecución sectaria, eleva el corazón á lo alto, y con una firmeza que sólo se halla en la esperanza cristiana, exclama, lleno de confianza, *mirando á lo porvenir:*

«¡Dejemos á los muertos enterrar á sus muertos! *El árbol cruje y se viene abajo y ninguna mano humana puede ya gran cosa.* Pero á sus pies retoñará la rama incansable, que es la vida misma de la Iglesia, la vida siempre potente, desdeñosa de su marco, yerba tenaz que se endereza bajo los pies de aquellos que la pisan y creen destruirla... y brota en verdes oleadas por entre las grietas de las ruinas... que orla de esperanzas los sudarios tegidos por el odio y florece con brotes primaverales en torno de los trozos de las columnas rotas! El pasado es el pasado... Para nosotros, es el *mañana* el que es preciso prevenir y preparar... *Mañana*, esta es nuestra palabra de orden... nuestra consigna!

Ser católicos, pero católicos *de veras*, como aquellos de las catatumbas; entonces seremos fuertes, invencibles, tendrá influencia nuesta oración, y eficacacia nuestro trabajo; conquistaremos fácilmente el terreno perdido y caerán hechos pedazos á nuestros pies los ídolos modernos... entonces ese *mañana* se convertirá en un *hoy* victorioso y feliz. Aquel grupo de cristianos que se formó al pie del Calvario, no tenía preponderancia, ni talento, ni fuerza, ni poder, ni soldados, ni influencia política; y sin embargo, conquistaron el mundo para Cristo; y todo su poder consistía en una sola cosa: eran cristianos de veras...»—(*El Ancora* de Pontevedra, 11 Diciembre).

—«Oyese ya cercano el siniestro rumor de la tempestad que en próximo día estallará furibunda sobre nuestras cabezas; viene la subversión general, viene el cataclismo europeo, y si España ha de continuar siendo España, es menester que en ella se cumpla la ley histórica tantas veces cumplida; ley inexorable, que cien acontecimientos pasados nos demuestran establecida por la Providencia, y es que el primer paciente y el principal agente en los grandes trastornos y restauraciones de Europa, es España, España que, como los humildes del Evangelio, tanto á mayor altura se levanta cuando está más abatida.

La Patria, víctima de tiranos mil en todos los órdenes, está á punto de sucumbir y con gritos desgarradores nos pide que la salvemos. Aprestémonos á salvarla, cruzados de la Tradición, aprestémonos á salvarla, porque se acerca la hora suprema de librar la tremenda batalla con nuestros eternos enemigos, los *imitadores de Lucifer*. Esa hora la presienten todos, incluso nuestros enemigos: apenas hallaréis un perió-

dico que no la anuncie, porque todos saben que, tantos elementos de muerte aglomerados en esta desgraciada Patria, la muerte han de producir y no la vida, si los hijos de la Tradición no los barren á tiempo.

Tiene la historia su filosofía providencial, y las leyes de esa filosofía establecen, en sentir de cuantos filosofan católicamente, que los vientos sembrados ahora nos darán la tempestad muy pronto, y estos polvos traerán lodos mortíferos, como los soldados de la Tradición no aventen oportunamente los polvos de la tiranía y detengan los vientos de la revolución».—(*La Lucha*, 20 de Diciembre).

—«El Sr. Canalejas no quiere negociaciones con Roma, sino que las Cortes legislen y el gobierno decrete sobre institutos religiosos y sobre dotaciones de culto y clero, sin avisarlo siquiera á la Santa Sede; á esto es á lo que en el lenguaje del nuevo partido radical se llama *supremacía ó independencia del Poder civil*.

Y á eso tienden muchos, muchísimos que todavía no se han declarado por Canalejas; y para proceder gradualmente, empiezan por llenar de vituperios y amenazas al gobierno silvelista porque no procede descaradamente contra la Iglesia; y en parte tienen razón, pues más vale tener cien enemigos francos que uno solapado. *El Liberal*, por ejemplo, recordando las palabras de Maura en solemne y reciente sesión parlamentaria, dispara todos sus cañones á la vez, y dice:

«O convocar en seguida un nuevo parlamento, ó inaugurar desde la *Gaceta* la revolución de arriba abajo que consideraron necesaria para evitar la revolución de abajo arriba. Si vacilan en cumplirla, caerán ó se dispersarán antes de verificarse las elecciones. Y su fracaso, igual por lo ignominioso, será, por lo accidentado y revuelto, infinitamente peor que el de los fusionistas».

Por otro lado, dice nuestro querido compañero *El Siglo Futuro*:

«Parece haberse confirmado por el propio cosechero la noticia de que el Sr. Sagasta proyecta retirarse de la vida política. Y parece seguro que si el Sr. Sagasta se corta la coleta, sobrevendrá la liquidación del fusionismo. No falta quien complete las anteriores noticias añadiendo que el Sr. Silvela, segundo puntal del presente edificio político, se vendrá necesariamente abajo en cuanto falte el primero, y que con la liquidación del fusionismo coincidirá la del liberalismo conservador».

Como quiera que sobrevenga la cosa, ello es que todo esto se acaba y que el trono de Don Alfonso tambalea. Canalejas lo prevé, y se prepara para recoger la herencia de los

impíos. Disueltos los partidos turnantes, irremediablemente viene Canalejas al frente de una república masónica».—*(La Libertad*, 20 Diciembre).

(*Luz Católica*, núm. 116=18 Diciembre 1902).

III

La ola sube.

Viene la República.

Luz Católica fué el primer periódico católico que predijo la preponderancia de Canalejas (ahora accidentalmente callado porque así conviene á la masonería) de que un colega acaba de hablarnos, así como en anunciar otras muchas cosas que ahora todos repiten. Nuestra humilde revista dió el santo y seña, y por más que se la haya despreciado, á ella vienen á parar todos. Casi tres años hace ya que decíamos en el núm. 14 de dicha Revista:

«En España mismo vamos empujados á una república impía, cuya aparición será como la señal definitiva del desquiciamiento de las naciones. Dúdelo quien quiera, yo le aseguro que pronto lo verá si vive, aunque las apariencias le induzcan hoy á tenerme por iluso. Y si no temiera decir demasiado á quienes no me han de creer, quizá pronunciaría el nombre funesto del llamado á ser presidente: *la masonería está actualmente empeñada en hacerlo glorioso*».

Después lo repetimos cuantas veces fué menester, y más de cuatro miopes lo tomaron á chacota: ahora lo ven todos... Pero continuemos con los periodistas.

A los precedentes recortes, recogidos por *Luz Católica* como al descuido, porque sólo poníamos los que buenamente nos venían á la mano, sin empeño en reunir los centenares ó millares que hacían al caso, añadimos aquí algunos posteriores, de más actualidad y no menos notables que los anteriores. Tampoco los hemos buscado de intento: á mano los teníamos, y no necesitamos de otros, porque son un compendio fiel de lo que dice toda la prensa sensata.

Empecemos por los que atañen á la República, que son una mera confirmación de lo dicho por *Luz Católica* cuando nadie lo sospechaba:

—«Corren malos tiempos. Pronto, sin embargo, cambiarán, pues si los hombres no somos lógicos, Dios sí que lo es, y hace que quien sembra vientos coja tempestades. La república socialista llama á la puerta; los que apoyaban al Sr. Sagasta andan ya del brazo con el Sr. Canalejas; el antiguo fusionismo unido al moderno anticlericalismo, si es que alguna vez vivieron separados, con pasar un corto puente podrá dar el ansiado golpe á las órdenes religiosas, á la libertad de la enseñanza católica y á cuanto hoy constituye el último baluarte de la fe de nuestros hijos que el enemigo trata de asaltar á viva fuerza».—(*La Lectura Popular*, 1 Julio 1903).

Con motivo de la crisis ministerial motivada en el último gabinete Silvela por la salida del Sr. Villaverde, decía *El Universo:*

«No es hoy por hoy improbable que á la salida del señor Villaverde sigan muy pronto otras de indudable significación, y no será un visionario el que vea, de seguir así los cosas, al digno y respetable general Azcárraga marchando otra vez hacia el palacio de la Presidencia á llenar otro paréntesis forzoso de la política. Y ¿después? ¡Sólo Dios sabe lo que podría acontecer!

A los republicanos cogen estas cosas en los primeros fervores de su recién formada unión. Es natural, es lógico que pretendan dar fe de su existencia, y nadie puede dudar de que *para promover agitaciones les sobran fuerzas. Con ellas se sumarán las de Canalejas,* y *el peso de la Prensa de gran circulación no es dudoso tampoco que caerá hacia ese lado.* Todo, en suma, indica que hay peligro de ir á un período de verdadera y gran confusión; á una crisis profunda en la que padecerían, como de costumbre, la Iglesia y la patria».—(31 Marzo 1903).

Esta vez sí que se acreditó el colega de ser redactado por «periodistas adivinadores». A la salida de Villaverde han seguido otras de tanta significación como supone el gabinete silvelista en masa, y el mismo Villaverde fué encargado de formar el actual.

La prensa de gran circulación se inclina ya al lado republicano, como previó el colega; y tanto se inclina, que no parece probable ya la subida del ge-

neral Azcárraga al poder; más probable parece el triunfo de la República, y á este propósito dicen los siguientes telegramas de ayer 21 de Julio:

«*El Liberal* combate al nuevo Gabinete de Villaverde, el cual, dice, huye de la presencia de las Cortes. Ha entrado—escribe—por la puerta falsa y saldrá por la ventana. Vemos venir un temporal deshecho».

Por último, inserta una carta de D. Joaquín Costa, en la que felicita al Sr. Salmerón por la formidable acusación que ha hecho de la Regencia.

«Habrá—escribe—abierto los oídos á los sordos y los ojos á los ciegos».

«*El País* supone que la pasada crisis ha tenido por objeto constituir un Gabinete de resistencia contra el avance de la ola republicana.

«Ha tenido—continúa—marcado carácter palatino. Significa la disolución del partido conservador. Este Gabinete será el último del actual régimen».—*(La Correspondencia de Valencia)*.

Nada, pues, falta á los «periodistas adivinadores» para declarar á *Luz Católica* inspirada por algún Profeta. Si no fuera por lo mucho que se nos ha tratado de visionarios é ilusos con motivo de estas cosas, no pondríamos aquí tales menudencias de periódicos, que parecen impropias de un libro; mas no lo son en nuestras circunstancias.

Periodista hubo—uno de nuestros más míseros y calumniadores adversarios—que, al salir nosotros á campaña, llevó mil sandeces contra *Luz Católica* á *El Correo Español* y *La Voz de Valencia*, burlándose de nuestras previsiones muy á placer suyo. Poco después ya quería pasar él por profeta en dichos colegas, y hoy no le llega la camisa al cuerpo, pensando en los horrores que vienen y emborronando muchas cuartillas para expresar su miedo. No decimos más, porque sería tanto como publicar su nombre.

Así *El Correo Español* como *La Voz de Valencia*, se han desengañado al par de otros periódicos; ahora ven nubarrones los que antes nada veían «en doscientas leguas á la redonda del planeta que habitamos»,

como dijo el primero. De éste hemos copiado y aun copiaremos algún parrafillo. De *La Voz* se va á leer lo que sigue:

—«*Cumplimiento de una predicción.* ¡Esto se va!... ¡Esto se va!, decía en ciertas Cortes de cierta legislatura un hombre que era sabio, orador, jurisconsulto, poeta y español de antigua usanza.

Y en verdad, aquellas palabras eran una profecía, pues ¡esto se va!... La mentira, la envidia, el odio, la lujuria, los rencores, el desprecio á todo lo digno de respeto, los insultos, el ateísmo práctico, invaden las páginas de los periódicos, hacen gemir las prensas.

El veneno no está ya en los vasos rotulados que avisan el peligro, no; el veneno está disuelto en el aire y destroza y mata.

La disensión entre dos caciques republicanos ó entre uno que lo es y otro que aspira á serlo, ha sido causa de que viéramos todos cómo se tiran á la cara la podredumbre interior, cómo se revuelcan sobre el odio, cómo revuelven el fango...

No se perdonan familia, nombres, apellidos, respetos al pudor social; todo, todo es preciso destaparlo para que huela, para que se hunda el más débil, para alucinar más y más á esas infelices huestes comandadas por su falta de luces, víctimas de ambiciosos que luchan á latigazos, á patadas y á la greña.

¡Esto se va!... Ya no hay frenos; nada se salva de la calumnia y del insulto; no es posible el buen gobierno; el celo por el bien general y particular, porque aturde el trueno de los mueras y los apóstrofes.

Se incita al pueblo á que como *Señor*, como *Rey*, haga de verdugo, manchando su fingido manto de armiño y la corona de relumbrón que le ciñen sus engañadores, y rompa decididamente los lazos de todo deber.

Y se leen todos los días estas cosas, sin que los diarios se denuncien; quedan impunes tantas infamias, creciendo el mal como el cáncer que devora ó como la fiebre que abrasa.

No se paran en sus insultos procaces; la figura grandiosa y paternal de León XIII, venerada por reyes y emperadores, estadistas, literatos, sabios, genios católicos y no católicos, se ve escarnecida, y al gran Pontífice se le llama «*pobre* viejo» con desprecio; se le achacan los males de España por su influencia en nuestros gobiernos (¡!), y se llega hasta decir que si con la muerte de León XIII se acabara el Pontificado, cabría desearla...

Es horrible... ¡Esto se va!...»—(*La Voz de Valencia*, 19 Marzo 1903).

Nos viene á la mano un recorte de *Ausetania* que coincide con lo anterior de este modo:

«Claro es que la Iglesia Católica, siendo inmortal por su propia naturaleza, no podrá caer muerta, ni por todas las acometidas de sus infernales enemigos, ni por las disensiones de sus propios hijos que la habrían de defender. El Divino Fundador le ha prometido su asistencia durante todos los siglos; y estamos seguros de que lo que no consiguieron los gigantes que ya pasaron, tampoco lo han de ver los pigmeos que todavía viven.

Pero no puede negarse que si los católicos españoles de buena cepa no hacen algo más que *lamentar lo que se avecina*, y no se unen para salvar la Religión y la Patria, habrán de ver, por más que lo lamenten, la caída de muchos templos y el infierno en sus propios hogares».—(30 Mayo 1903).

Mirando lo porvenir.

«Para todo el que con espíritu de calma y perfecta imparcialidad se para un momento á considerar el estado de transición de la política española en estos momentos, el espectáculo que á sus ojos ofrece nada tiene ciertamente de consolador y lisonjero.

Marejada en las alturas y merejada en el pueblo. Arriba, crisis; abajo, desorden. El gobierno vacilante, incierto del rumbo que ha de seguir en las actuales difíciles circunstancias; los partidos políticos, trabajados por hondas excisiones, divididos, disgregados; el pueblo inquieto, agitado por febriles pasiones é impaciencias, dejando á cada paso traslucir su malestar, disgusto y descontento. Esto es lo que se ve, lo que se oye, lo que se palpa por todas partes.

No por vana figura retórica, sino por íntimo convencimiento nacido de la atenta observación de la realidad, podemos afirmar que nos hallamos en pleno período de transición. Los partidos medios desaparecen, se disuelven, mueren. Todo induce á hacer creer que ha sonado ó está próxima á sonar la hora proféticamente anunciada por Donoso Cortés, aquel gigante de la tribuna española: la hora en que «las palomas se dirigirán al oriente y las arpías al occidente».

Sobre las ruinas de la vieja política, levántanse hoy los partidos extremos: los radicales á un lado, los católicos al otro.

Comienzan á deslindarse los campos; la lucha va á ser en lo porvenir entre elementos y fuerzas bien definidos, lucha de todos los odios contra todas las virtudes, de todas las tira-

nías contra todos los derechos, de las sombras con la luz, de Satán con Cristo, del socialismo revolucionario contra el catolicismo, fuente y principio de todas las santas libertades y derechos.

Confiamos en que el éxito de la batalla habrá de decidirse no por medio del maüsser, ni del cuchillo, ni del garrote, sino de las ideas y principios, porque cremos sinceramente que la fuerza destruye pero nada crea, y sólo tenemos fe en la virtualidad de la idea.

¿Quién triunfará? fácil sería adivinarlo, si los católicos se unieran con la misma fe y entusiasmo que, aunque de una manera aparente, acaban de unirse los republicanos y socialistas».—(Varios periódicos. Mayo de 1903).

La desunión de los católicos no es la causa principal de nuestro presente estado, antes bien ella es efecto de otra causa mayor, bien que mientras ella exista, no triunfaremos. Las causas son múltiples. En su concepto religioso las conocemos todos; en su concepto social son menos conocidas, y no acabarán de serlo sino cuando venga la paz, comparando las causas de ésta con las causas que la impedían.

A 8 de Marzo del año corriente celebróse en el Colegio Dominicano de Corias (Asturias) una gran velada literaria en honor de Sto. Tomás de Aquino. Reseñábala *El Universo* unos días después, y hablando del discurso pronunciado por el P. Fr. Emilio D. Colunga, decía lo siguiente:

«Averiguó después las causas de esta situación lamentable y quejóse amargamente de que sea uno de sus principales *motivos el socialismo, que reclama la abolición de fronteras* y destrucción de razas y nacionalidades.

Sin embargo, el orador mostró esperanzas de ver algún día la paz internacional completamente realizada; vió claros indicios de ella en la Unión Postal y Telegráfica... etc., y sobre todo en el Congreso que ya funciona en La Haya; esperaba que las guerras se acabarían por completo y «los soldados se convertirán en obreros, los fusiles en azadas y los cañones en telescopios»; y lo esperaba, porque también lo esperaba León XIII, como lo mostró citando sus palabras; y terminó aclamando ese día venturoso en que la paz internacional viva en los corazones de Estados y pueblos, de gobernantes y gobernados.

Una salva interminable de aplausos fué clara muestra del agrado con que recibió el público este discurso, interrumpido antes por exclamaciones de aprobación».

Dedúcese de todo lo dicho que en España vamos ya pensando todos de la misma manera.

El sentir de la prensa católica en general es tan unánime, que no hay ya un solo periódico que no repita de diversas maneras lo anunciado en los recortes de este capítulo. *La Señal de la Victoria* está publicando un extracto de lo que dice nuestra prensa, como hacía *Luz Católica*: es digno de leerse; edifica ver la unanimidad con que todos los católicos de letras aprecian lo porvenir y los medios eficaces de vencer la revolución masónica que tenemos encima.

Pero hay varios publicistas católicos que en su manera de ver tienen entre sí más puntos de contacto que los otros; á tres de los aludidos vamos á consagrar unas líneas.

IV

Tres expresiones de una misma idea.

Don Ramón Nocedal.

«El espíritu revolucionario ha cambiado en realidad cristiana la actual realidad que conviene á Europa en un conjunto de incendios y de volcanes próximos á estallar...

»La Iglesia está llena de luz, resplandeciente de lujo, pero es una catacumba de donde no quieren dejar que salga la palabra de Cristo. De allí no se va á las fieras, antes por el contrario nos quieren envilecer á fuerza de dignidades y regalos. Yo pido con toda mi alma que acaben pronto las catacumbas doradas y que vuelvan aquellas catacumbas primitivas.

»Señoras... seguid defendiendo el hogar cristiano y la santidad del matrimonio, contra el cual se arrojan el matrimonio civil, el divorcio y el amor libre (después de hacer guerra á la perfección evangélica), que ya vienen predicando los hijos naturales del socialismo y el anarquismo. A defender el hogar cristiano, á formar los hijos contra el poder liberal.

»Formad en la familia para que la fuente de la sociedad dé corazones que luchen en la vida política por la patria y por la fe; y vosotros, gallegos de los dulces paisajes y de las ciudades monumentales, apercibíos á la defensa; mañana será tarde. La centralización os arruina ya, pero llegarán días en que el envilecimiento sea completo, si no acudís á los comicios á defender la fe de Cristo y los derechos del pueblo. .

. . . .

»Y no se nos diga que nos hemos opuesto á la unión de los católicos. Eso es una calumnia. Nos hemos opuesto y nos opondremos á la unión de los católicos con los liberales.

»Cierto que es triste ver izada la bandera francamente anticatólica con un cinismo que hubiera parecido imposible hace algunos años, pero á mí no son esos los que me asustan, porque se presentan renegando franca y públicamente de Jesucristo, y demostrando con su conducta la razón que asistía al Papa para llamarles imitadores de Lucifer; á mí no son esos los que me espantan; los que me asustan son los que van á la Iglesia conmigo, se dicen hijos de Jesucristo, adoran al

mismo Dios que yo adoro, recitan la misma doctrina, comulgan y reciben los mismos Sacramentos que yo, y después de tranquilizar y acallar de esta manera á los católicos, lo esperan todo de la piedad privada, recomendando orden y prudencia, y por evitar mayores males van consolidando la obra de los radicales y adormeciendo á los católicos, envileciéndolos, encanallándolos y dando así bríos á la fuerza revolucionaria.

»Los que me aterran son los que dicen que hay que contentarse con la hipótesis, que hay que conformarse con la realidad... como si no existiera la libertad humana, la Providencia divina para trasformarla; como si Jesucristo no hubiera venido á enseñarnos á trasformar la realidad pagana en realidad cristiana».—(Discurso pronunciado en el teatro de Santiago).

Desde que el Sr. Nocedal pronunció en Santiago de Galicia las anteriores palabras, las cosas se han agravado y él ha seguido en su expresión la gravedad de las cosas. De sus imponderables discursos en el Congreso de los Diputados, podríamos tomar largos capítulos; pero nos bastan los siguientes párrafos del que pronunció á 15 de Julio:

«España en otros tiempos era *finis terrae*, hoy está amenazada de ser el centro y el campo de batalla del futuro conflicto universal. Así como en otros tiempos éramos camino y vínculo entre América y Europa, y Sevilla el punto central, el imperio de las riquezas que iban y venían, hoy, por estar entre Europa, Africa y Asia, estamos en medio de la corriente á donde parece inclinarnos el movimiento y la vida. Estar al lado del Mediterráneo es ya estar en una posición verdaderamente estratégica; pero estar en el Océano ó en el Atlántico, tener los puertos que poseemos en ambos mares, y además las rías gallegas, y Portugal al Ocaso y Gibraltar al mediodía, es estar amenazados de ser el campo de batalla donde diriman todas las naciones la lucha de lo porvenir.

Y yo pregunto al Sr. Presidente del Consejo de ministros: Aunque gastemos todo lo que España puede gastar, ¿tiene hoy España los medios para crear y mantener la escuadra y el ejército que necesita, no sólo para defenderse de tal ó cual nación, mil veces más poderosa, sino para resistir el choque de todas las naciones á la vez? O yo soy el ciego y el loco, ó es locura y ceguedad presumir que España tiene hoy medios de ponerse en el estado de defensa que es menester. Y no vale decir que se buscarán alianzas. ¡Pobres de nosotros si nos

aliamos con poderosos! Seremos sus víctimas. Verdad es que si no nos aliamos con nadie, seremos víctimas de todos. . .
. . . .

«Hay algo más que hacer. La revolución desde arriba ha de ser para deshacer todo lo mal hecho; es volver al punto de partida; es, en primer lugar, restaurar la unidad de pensamiento y acción, fortalecer el vigor de la raza; no sólo el vigor material, sino el vigor moral, constantemente quebrantado, deshecho y pulvererizado por esas malditas libertades que han hecho de España, no ya una colección de partidos y clases en guerra constante, sino un montón de átomos disgregados, traídos y llevados á merced de todos los vientos.

Lo primero que hay que hacer, lo que urge y no se hace en poco tiempo, ya lo se; es acabar con todos esos gérmenes de discordia, suprimir la libertad del error, y buscar y afirmar la unidad de la verdad. Sin eso, ¿qué es lo demás? Como estamos de desgarrados y envilecidos, ¿qué se puede esperar? Sólo así se puede recobrar la esperanza de remedio; sólo así se puede recobrar la vida que se nos escapa, y el movimiento, y la fuerza, y alguna esperanza de llegar al puerto de salvación.

Y no me llaméis reaccionario ni retrógrado, que no lo soy. Yo no quiero volver atrás; yo no quiero ir adelante, y subir, y prosperar; lo que quiero es arrancar de mi patria las huellas espantosas de dos siglos de retroceso, de dos siglos de constante ir hacia atrás, peor que eso, de ir hundiéndonos en insondables abismos: yo quiero encender la fe, renovar las ideas y principios, restaurar ó substituir las instituciones que nos hicieron grandes, que nos hicieron dueños del mundo, que nos hicieron los primeros agricultores, los primeros jurisconsultos, los primeros políticos, los hombres de ciencia más eminentes, los maestros de todas las naciones, que hicieron á España reina y señora de la tierra. A eso quiero que vuelva España; y apoyándose en aquella incomparable grandeza, y borrando estos dos siglos de retroceso borbónico y de retroceso liberal, proseguir y aspirar á grandezas aun mayores si es posible».

Ahora bien; compárese todo esto con lo que *Luz Católica* dijo y repitió mil veces; ora deduciendo consecuencias de las profecías, ora juzgando por la filosofía providencial de la historia, y se verá claro como la luz meridiana que Nocedal y nosotros casi no discrepamos un ápice en juicios y aspiraciones sobre nuestro presente y nuestro porvenir, sobre todo en la idea de que España es la llave de los destinos del

mundo. A falta de *Luz Católica*, ahí está el presente libro confirmando lo que decimos.

Y pues hablamos del Sr. Nocedal, permítasenos repetir lo siguiente, del núm. 42 de *Luz Católica:*

«De todos modos, yo tengo mis razones secretas, pero sólidas, para creer que el Sr. Nocedal ha de desempeñar un papel muy principal al lado del Gran Monarca, junto con otros carlistas, integristas, y simplemente católicos».

Si el lector piensa que uno de esos carlistas puede ser Mella, aceptaremos su opinión, pasando ya á leer algo de este orador insigne.

D. Juan Vázquez de Mella.

«Clámase ahora por la unión de los católicos, como se clama siempre que las circunstancias se presentan difíciles dentro de las situaciones doctrinarias; se busca la unión, como panacea para curar los males de los creyentes, cuando la tempestad arrecia: y cuando la revolución es mansa, nadie se acuerda de la unión: sólo se busca ésta en los momentos supremos.

Pues por mi parte temo más á la revolución mansa que á la revolución desordenada y fiera: con ésta deseo combatir, porque despliega una bandera, dice á dónde va y lo que quiere, y es por tanto grato al creyente luchar con ella, sabiendo que su vida tiene que ser de lucha y de combate; pero la otra, la revolución mansa, es difícil de desenmascarar, por presentarse á veces como heraldo de la fe y hasta con apariencias místicas, con lo que engaña á los incautos, que se dejan seducir, sin que sus intenciones sean menos perversas que las de aquélla. Merced á esa revolución mansa hemos llegado á caer en un estado de completo enervamiento nacional.

Por eso, insistiendo en la defensa de mis ideales, para la batalla que se avecina, opongo principios á principios... Apelaré á todos los recursos para combatir al enemigo, no para traicionarle; por los medios pacíficos y legales no se ha hecho nunca en la historia una revolución seria. . . . .

. . . .

«He visto que se acercaba la suprema y definitiva batalla social, y me he retirado á prepararme en el estudio y ante el altar, afilando mis armas para tomar con fruto parte en el combate, dispuesto á defender una almena de nuestras tradi-

cionales fortalezas y á clavar mi arma en el mismo corazón del enemigo...

Abrigo el presentimiento de que el día en que se apague una lucecilla, que sigue enviando sus destellos desde las cumbres del Vaticano, vendrá la avasalladora ola negra, arrastrando consigo trozos de altares y astillas de los tronos, en compañía de una nube siniestra y sombría, signo de la tempestad: y llegará pronto una noche en que no quedarán en pie más que dos ejércitos en línea de combate, dispuestos á librar la descomunal batalla; esta noche no la temo: sé que vendrá: más bien la deseo: ya tarda demasiado, haciendo con su tardanza que se gasten las resistencias necesarias para el combate... y, pasado el momento supremo, al pie de la cruz quemada surgirá triunfante un nuevo altar».—(Discurso pronunciado en el teatro de Santiago).

Meses después, en el Tívoli de Barcelona, pronunciaba Mella uno de sus más arrebatadores discursos y decía:

«Las olas de la revolución braman enfurecidas en torno de la desmantelada nave doctrinaria que sólo lleva á bordo y como defensa la discordia agrupada debajo de enseñanzas rasgadas, donde se lee como recuerdo que sirvió de grito de combate ese epitafio del honor que se llama el *Tratado de París*.

Y las olas que se enfurecen y avanzan, ¿qué traen sobre sus espumas? ¿La República? La República, acerca de cuyo apellido guardan silencio sus partidarios como única manera de encontrar en la mudez el acuerdo, no es más que una ola que avanza porque la empujan otras más grandes y enrojecidas que vienen detrás.

No habrá extendido el velo de sus espumas sobre la playa *y las rocas que hayan recogido los restos deshechos* de la nave doctrinaria, sin que una cordillera movible de aguas encrespadas la envuelva, y otra aún más grande avasalle á la anterior y, lanzando bramidos aterradores, se desborde, inundando toda la llanura.

Sólo en la barrera que marcan las montañas donde se han estrellado tantas irrupciones se detendrá ese mar. Y cuando empiece á retroceder y vuelva á reposar en el hondo cauce de donde sólo le saca la ira de Dios, no quedarán en la llanura ni en la playa desolada más que los despojos de esas naves que se destruyen unas á otras sobre un océano llamado á destruirlas todas.

No son éstos momentos de desmayos cobardes, sino de

virilidad resuelta, en que es faltar al deber no redoblar la energía. Pero no basta que nos agrupemos con resolución varonil los hombres; es preciso no consintamos en la dispersión de los principios. Integra ha de permanecer la bandera sin separaciones absurdas entre la Religión y la patria, entre el regionalismo y la Iglesia. El regionalismo será católico ó no será. La patria grande y pequeña, regional y común, es, antes que la tierra que se pisa, las tradiciones que enlazan á las generaciones que nos precedieron, y la base de esas tradiciones y la primera de todas es la religión. Sólo creyendo lo que amaron y creyeron nuestros antepasados podemos llamarnos sus sucesores y no ser anillo desprendido y roto de la cadena que ellos forjaron con sus espadas sobre el ara de los altares».

Mella no nos copia; sabe más de lo suficiente para que no haya menester copiarnos; pero Mella ha dicho, tan terminantemente como Nocedal, lo mismo que *Luz Católica* viene diciendo desde su primer número: que la suprema y definitiva batalla es inminente; que después de León XIII viene la ola negra de guerra y cisma; que al llegar ésta, no habrá carlistas, neutrales, etc., sino dos ejércitos, el de Cristo y el de Belial; que esta tempestad religioso-social es necesaria para que se purifique el mundo, y por lo tanto Mella desea que venga pronto, como Nocedal y nosotros; y que después aparecerá el arco iris de la paz, y «al pie de la Cruz quemada surgirá triunfante un nuevo altar».

Mella, Nocedal y el que esto escribe aprecian de igual manera las circustancias y prevén el mismo desenlace. Nocedal, Mella y nosotros somos *tres expresiones de una misma idea.*

Ya es tiempo de obrar.

Por lo que á nosotros hace, sabido es que no fiamos el desenlace á las palabras, sino á la acción; y aunque no lo parezca, es oportuno decirlo y repetirlo aquí: A este propósito, hacemos nuestra la introduc-

ción de un magno artículo que el P. Vilariño publicó hace un año en el *Mensajero del Corazón de Jesús*, y es como sigue:

«*¡Esto está perdido! ¡Esto no tiene remedio!*

He aquí una de las poquísimas cosas en que convienen la inmensa mayoría de los hombres buenos en España. Considerándonos en alta mar como en aquella nave, que pintaba un poeta, sin timón y rota, incendiada del rayo y mecida por la borrasca, exclamamos desesperados y abatidos:

El huracán arrecia, el bajel arde
Y es tarde ¡ay! es muy tarde
Para alcanzar la sosegada orilla.

¿Y por qué ha de ser tarde? ¿Por qué ha de estar ya todo perdido? ¿Por qué no ha de haber remedio? ¿Qué nuevo genio del mal se ha levantado, que pueda lo que no pudo Arrio, lo que no pudo Lutero, lo que no pudo Voltaire, lo que no pudo Bismarck, y nos obligue á clamar llenos de abatimiento: «¡Estamos perdidos! ¡Es tarde! ¡ay! ¡es muy tarde!».

¿Cuándo es tarde para un católico? Somos un ejército que no tiene nada de vencido, sino que por miedo verdadero y falsa prudencia está contentándose hace ya mucho tiempo con decir que está el mundo muy malo, y con batirse en retirada, sin saber en gran parte de quién ni por qué se retira. Cambiemos de conducta y, volviendo el rostro, convirtamos la retirada en ataque, el ¡estamos perdidos! en grito de victoria, y el ¡es ya tarde! de los pusilánimes en el ¡no prevalecerán! del Evangelio..... Haciendo lo que está de nuestra parte, pero confiando en solo Dios, creamos que todos los anticlericales, aunque fuesen más numerosos, más sabios y diestros de lo que son, ni aun así podrán vencer si nosotros no queremos».

A esto del P. Vilariño nos permitimos añadir las siguientes palabras de un artículo que en Marzo de 1902 publicamos en una revista católica:

«Nada tan oportuno hoy como recordar el examen de amor á que Jesucristo sometió á S. Pedro para confiarle la solución de todas las cuestiones religiosas y sociales.

—Pedro, ¿me amas más que todos estos?

—Señor, bien sabes que te amo.

—Pedro, insiste Jesús, ¿me amas?

Y S. Pedro responde lo mismo:—Señor, tú sabes que te amo.

—Pedro, la pregunta por tercera vez, ¿me amas?

Y S. Pedro, casi llorando de tristeza por aquella aparente desconfianza, le responde:

—Señor, Tú que lo sabes todo, bien ves cuánto te amo.

Entonces Jesús le manda que apaciente sus ovejas.

No le pregunta si sabe, si habla bien ó si tiene poder; pregúntale si le ama, no una, sino tres veces.

Corazón es lo que falta; las teorías de los sabios no salvan á los pueblos, sino los hombres de corazón, y yo no los veo por ningún lado. Todo son discursos de cabeza, pero los del corazón no parecen.

La solución de todas las cuestiones sociales, más que la doctrina—con ser ésta tan necesaria,—es el corazón, es el amor de Cristo, y sin él vamos al cataclismo social.

¡Charitas Christi urget nos!»

En una palabra: más que entendimiento de cabeza, hemos de tener *entendimiento de manos*, como dice un Profeta. Si hablamos mucho y obramos poco en defensa de Cristo, no amamos á Cristo: obras son amores y no buenas razones, dice el proverbio común.

CAPÍTULO VIII

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN EL PROGRAMA CARLISTA

CAPÍTULO VIII

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN EL PROGRAMA CARLISTA

I

Creencia antigua y variación moderna.

El imperio del Gran Monarca es de programa carlista.

El Españolismo, ó sea el Carlismo auténtico ó tradicional, es una cosa; las profecías que hemos dado á conocer son otra muy diferente. No es necesario creer en éstas para ser españolista; pero nunca lo será perfecto el que sin serio examen las rechace, ya que tan íntima relación tienen con España; y menos lo será el que fíe á la política moderna la restauración de la Patria, sin hacer caso de la filosofía providencial de la historia, que claramente nos conduce á los mismos desenlaces anunciados por los profetas.

Repitámoslo en oposición á lo que dicen algunos adversarios tontos: el Españolismo no son las profecías, no es la creencia en el Gran Monarca anunciado por mil profetas; pero tampoco las profecías ni el Gran Monarca son el carlismo, y sin embargo, el carlismo en masa creyó aquéllas y esperó firmemente en éste, cuando algunos escritores vincularon las profecías á

D. Carlos. La creencia fué tan general y arraigada, que antes de la última guerra y al principio de ella vino casi á formar parte del programa carlista. Es más; sólo hace unos diez años que se leyó en el Círculo carlista de Valencia un discurso nuestro, en el que tratábamos de profecías aparentemente aplicables á D. Carlos, y el discurso fué aplaudido hasta el frenesí y se trató de publicarlo, á lo cual nos opusimos; pero la prensa carlista habló de él.

Cuando los carlistas de personas han creído ver que D. Carlos no puede ser el Gran Monarca anunciado por tantos profetas, entonces todas las profecías han sido patrañas para ellos, y eso del Gran Monarca un armadijo con que engañar á tontos; entonces el carlismo que admitió las profecías como verdades evangélicas, las rechazó como burdas fábulas indignas de hombres serios.

Pues nosotros, herederos del espíritu carlista auténtico, seguimos creyendo en profecías y esperando al Gran Monarca: nosotros no variamos; creemos lo que el carlismo en sus buenos tiempos creyó; ó por mejor decir, no creemos, pues lo vemos claro, muy claro.

En 1869 publicóse en Lérida, imprenta de M. Carruez, un libro compuesto por D. J. Lascoé M., que no era otro que el Dr. D. José María Escolá, fundador de la Academia Bibliográfico-Mariana de dicha ciudad. Titulábase el libro: *Historia del porvenir sobre el imperio del Gran Monarca y triunfos de la Iglesia Católica hasta el fin del mundo, según las profecías más célebres antiguas y modernas;* y excusado es decir que todas las aplicaba á D. Carlos, por lo que mereció de los carlistas una acogida entusiasta, que á los dos años hizo publicar otra edición corregida y muy aumentada, sin nombre de autor.

Este libro, por cierto de crítica muy floja, fué el primero de profecías que la Providencia puso en nues-

tras manos. Al principio nos burlamos de él; después vimos algo serio, y empezamos á separar el grano de la paja. Así, pues, en un libro carlista y muy grato á los carlistas aprendimos á creer en las profecías sobre el Gran Monarca y á interpretarlas con más ó menos acierto. Después, derrochando dinero, adquirimos más de cien volúmenes sobre la misma materia, casi todos aprobados con elogio por la Autoridad Eclesiástica. Pues bien; en el libro del Sr. Escolá, que si mal no recordamos mereció al autor una felicitación del propio Sr. Duque de Madrid, leemos la siguiente Dedicatoria, que es el sello carlista:

«Al Sr. D. Carlos de Borbón y de Este.—Señor: El mayor servicio que puede hacer un vasallo á su Rey es revelarle los secretos del porvenir.—Baltasar premió á Daniel con los mayores honores, á pesar de haberle anunciado el próximo y horroroso término de su reinado.—A. V. M. no se le anuncian desgracias, sino grandezas y glorias las mayores.—Sin embargo, el que en nombre de tantos vates os descubre vuestros destinos futuros, sólo os pide que correspondáis con fidelidad á vuestra elevada misión.—A los Reales pies de V. M.—J. Lascoé».

Es más; en cien lugares de su libro cierra terminantemente el Dr. Escolá las profecías á favor de Don Carlos, en lo cual se conformó con la opinión entonces general.

También nosotros al principio creímos que el Gran Monarca no podía ser otro sino D. Carlos, según las profecías; pero luégo salimos de nuestro engaño estudiando á los Profetas y comparándolos con la filosofía de la Providencia, y entonces, aunque sin excluír á D. Carlos, fuimos como Daniel, para anunciarle desgracias que se van cumpliendo. Mas los carlistas de personas no lo hicieron así; despreciaron las profecías cuando vieron que su aplicación á sólo D. Carlos no podía sostenerse tan bien como antes, y de un dogma carlista hicieron un objeto de burla.

Con frecuencia ha demostrado *Luz Católica*, prescindiendo de profecías y valiéndose de la filosofía

providencial de la historia, que el Gran Monarca debe venir, y muy pronto; pero de todo se han burlado esos contumaces que consideran agotada la Omnipotencia de Dios en D. Carlos, y hasta se han mofado como pobres imbéciles del imperio universal que su propio Rey vislumbró y predijo, introduciendo vastísimos horizontes en el campo carlista. Sí, señores, carlista es la idea del gran imperio por obra de España; ¿por qué la rechazáis ahora, vosotros que un día la admitisteis como indudable? He aquí lo que dice D. Carlos en su *Diario*:

«La raza latina tiene que salvarse ó perecer para siempre. No creo que esté destinada á esto. Entonces necesita una unión, pues ha pasado el tiempo feudal; se acaban las naciones, y de las razas es el porvenir. Prueba de ello, Alemania, Rusia y los Estados Unidos. ¿Quién sabe si á los Borbones les ha reservado la Providencia esta misión? (1). Pero de todos modos, traten ellos de hacerse dignos.

»Esto pensaba yo en mi retiro de Ebenzweyer, luego de casado; pensaba en una confederación latina; como español pensaba en unas cortes de la confederación en Madrid, como punto céntrico de los latinos de uno y otro mundo, y veía la bandera federal latina respetada por todos.

»La corriente del siglo XIX tiene su origen en la Revolución francesa. De pocos años á esta parte toma cuerpo en Europa otra idea, que es nueva y antigua: yo soy el *representante* de ella en España, y la veo desarrollarse como en ninguna parte. Estoy seguro que la veré triunfante. A pesar de los muchos desengaños, de las dificultades, al parecer insuperables, conservo viva fe en el triunfo. Sé que hemos de lograrlo á pesar de nosotros mismos; por esto no hago caso de las miserias que presencio, y tan sólo me paro á considerar los síntomas inevitables de salvación que veo para España, y tal vez para nuestra raza. *Estoy convencido que, si han de vivir los pueblos latinos, á España deberán la vida, y esa vida se mantendrá por los grandes principios que están escritos en nuestra bandera*».—(*Diario* de D. Carlos, 18 de Abril).

«Pero, por fin, ¿qué sucederá? Que no habrá en España más que una solución, y se sabrá que esta solución sirve para el caso. Eso es lo que sucederá y probablemente *de España*,

(1) El Gran Monarca es descendiente de la *rama antigua* de los Borbones y los Austrias, según todos los profetas.

no de Francia, vendrá la LUZ que Europa necesita y América también, y á su resplandor podrá empezarse la grande obra que reclama más que nadie esta vieja, abatida y degenerada raza latina, para la que todavía puede haber días de grandeza y bienestar».—*(Ibid.* 6 de Mayo).

¿Qué dicen ahora los ignaros esos que son carlistas sin saber por qué, y antiespañolistas sin saber por qué, y combaten las profecías sin saber por qué, como no sea porque éstas convienen poco á D. Carlos? ¿Qué dicen los que se mofan de lo porvenir y niegan la filosofía de la historia ó de la Providencia, sólo porque no conduce á concluír absolutamente en favor de D. Carlos? ¿Seguirán afirmando neciamente, en perjuício de la Iglesia, de la Patria y de la Monarquía, que nosotros hemos apostatado del Programa por ellos mantenido incólume? ¿Quién lo mantiene, quién lo llevará al triunfo con la ayuda de Dios, sino los que fielmente lo seguimos hasta en nuestras ideas sobre el Gran Monarca español y su imperio, que será la regeneración social del mundo por obra de España? ¿Puede afirmar eso D. Carlos y nosotros no, y decirse que si lo afirmamos somos ilusos, visionarios y enemigos del carlismo verdadero? ¡Cuán cierto es que es infinito el número de los estólidos!

(*Luz Católica*, núm. 92=10 Julio 1902).

Los destinos de España y el Gran Monarca.

El Iltmo. Sr. Martínez Vigil, Obispo de Oviedo, honra de la literatura y de la ciencia como de la Religión, publicó, bajo el título de *Clericalismo*, una brillante serie de artículos que reprodujeron varios periódicos. En la introducción hablaba de la vocación ó misión de España en los siguientes términos:

«Dice Renán que el pueblo que tiene una misión, no suele servir para otra cosa. Por eso el pueblo hebreo, que tenía la misión de preparar la venida del Mesías, no consiguió jamás, á pesar de los esfuerzos de Salomón y de Josafat, ser un pue-

blo como otros pueblos limítrofes suyos, y después que cumplió aquella misión, desapareció como pueblo. El pueblo español tiene también su misión histórica providencial: la de propagar la religión del Crucificado; sublime y grandioso empeño que dió á esta heroica nación dos siglos de oro. Y como semejante misión no tiene un término fijo, cual lo tuvo la misión de los hijos de Jacob, la perpetua fidelidad en su desempeño pudiera muy bien asegurar á España la perpetuidad de su existencia. De esa fidelidad viene apartándose la España oficial hace un siglo, decreciendo su grandeza y su poderío en proporción con su falta de correspondencia á su destino providencial; era potencia de primer orden, y hoy carece de toda representación en los conciertos de las naciones que dirigen los asuntos internacionales: opinamos en esto como Renán: el pueblo que tiene una misión, no suele servir para otra cosa.

A consecuencia del grande y último desastre nacional á que nos condujo la locura de querer ser un pueblo como otros pueblos, en vez de anudar el hilo interrumpido de nuestra historia para ser de nuevo un pueblo netamente español, al día siguiente de ese desastre, se esperaba de nosotros uno de esos arranques de regeneración que fuera como el despertar del dormido león, emblema de nuestra pujanza. Así lo afirma una acreditadísima revista extranjera, que nos ama de veras, para añadir con marcada pena: «Nos extraña el no ver por ninguna parte indicios de uno de esos arranques colectivos que han preparado la regeneración de tantos pueblos».

¿Quiénes fueron los culpables de que no hubiera semejante arranque? Lo hemos indicado ya, y algún día lo demostraremos. Hoy nos conviene insistir en el tema de la misión providencial de nuestra Patria amada.

Tema es este del que mucho ha tratado *Luz Católica*, hasta en la *Sección recreativa*, como en los números 10 y 16. Creen ó fingen creer nuestros gratuitos adversarios de hoy que la idea de esta misión, del providencialismo y del Gran Monarca es nueva en nosotros. Diez años lo menos hace ya, como se ha indicado arriba, que el Sr. Secretario de la Junta Provincial Carlista de Valencia leyó un discurso nuestro en una velada literario-musical que el Círculo Carlista dedicaba á la Inmaculada Concepción de María,

y en él decíamos lo siguiente, que arrancó no pocos aplausos:

«Nos bastaba *contener* (misión carlista) el desbordamiento de la impiedad, y lo hemos contenido. Por lo demás, si la Virgen está permitiendo nuestros infortunios nacionales, es para purificarnos con el fuego de la tribulación; es para que á fuerza de desgracias se convenzan todos los españoles de que la única salvación de la Patria está en la Fe Católica y en el amor de María; es para que, agobiados por la adversidad, abominemos de este liberalismo vil que nos la causa, y así abominándolo, seamos después *los salvadores del mundo.*

España va hundiéndose en el abismo de la impotencia y de la miseria. Pues esto, atribuirse debe á insigne favor de la Virgen, que por este medio, permitiendo que palpemos nuestra ruína, quiere que tengamos más motivos que otras naciones para odiar de corazón y de alma ese mónstruo de libertad que nos destroza. Y lo repito; así lo quiere, porque nos tiene destinados á que seamos de nuevo *los salvadores del mundo.* Hasta hoy lo hemos sido, y lo seremos en adelante.

¿Qué hubiera sido de Europa si nuestros padres no hubieran detenido al bárbaro muslim en las fronteras del Norte, y no hubieran enervado sus fuerzas con una guerra de ocho siglos? ¿Qué hubiera sido de América, si nuestros héroes no la hubieran descubierto, conquistado, civilizado y evangelizado? ¿En qué habría parado Europa si Carlos I y Felipe II no hubieran contenido la infernal reforma? ¿Qué sería hoy de Europa si nuestra armada no hubiese hundido la pujanza del turco en las aguas de Lepanto? ¿Cómo estarían hoy las naciones europeas si el gran invasor Napoleón hubiese podido quedarse en ellas con los mil millones de francos y los formidables ejércitos que dejó sepultados en España?

Lo que hubiera sido Dios lo sabe; pero toda vez que Lamennais y Claussel de Conserges han dicho que en esta última ocasión España salvó á Europa, bien podemos añadir que la salvó igualmente en las demás ocasiones.

Pues así en lo venidero, no lo dudéis, bajo la protección de María y el amparo de la Iglesia, salvaremos á Europa y al mundo. En mil profecías anuncian los Santos la futura gloria de España, de la cual aseguran que saldrá el Gran Monarca, aquel Monarca objeto de tantas profecías, que ha de dar la paz á la tierra.

Las falanjes de Mahoma por un lado, herejes furibundos por otro, pretenderán invadir el mundo; pero este Gran Monarca los exterminará y se apoderará de la Tierra Santa, á

cuyas guerras acudirán, según el B. Nicolás Factor, legiones de voluntarios españoles.

Este Gran Monarca ha de ser, creamos á los Santos, el que de acuerdo con el Gran Pontífice Angélico, igualmente anunciado, dará á la Iglesia días de paz cual nunca se han visto, y hará de la tierra un solo templo donde se adore á Dios en espíritu y verdad.

Ahora bien; ¿quién ha de ser el Gran Monarca? Yo no lo sé; pero sé que la Sibila Casandra y después S. Isidoro de Sevilla y Sta. Brígida dijeron que saldría de España. No sé, repito, quién ha de ser el Gran Monarca; pero puedo deciros con Sta. Cata Catalina de Racconigi que pertenecerá á la casa de Borbón.

Su nombre Dios lo sabe; pero oyendo estoy á S. Vicente Ferrer que dice á los barceloneses: «Él, el gran Duque Carlos, conducirá de nuevo al Pontífice á la ciudad del Sol, y por el mismo Pontífice será coronado Emperador de Oriente y de Occidente».

«¿Os admiráis? Pues así está escrito, así ha de ser, y así será».

Esto escribí y se leyó ha tantos años; todos los carlistas de Valencia lo oyeron, todos lo aplaudieron, y en periódicos lo elogiaron. Y ahora, ahora... los oficiales no lo quieren entender, dicen que soy un iluso, un fanático, un traidor, un vendido, y del Este al Oeste y del Norte al Sur me acusan todos de que divido á los católicos con estos seductores embustes, cuando por la unión lucho, padezco y me sacrifico; cuando los únicos que impiden la unión son ellos, ellos, y por eso los buenos católicos les combatimos, de acuerdo con los buenos carlistas.

(*Luz Católica*, núm. 31=2 Mayo 1901)

"Nolumus hunc..."

Entré una vez en cierto hospital de desahuciados, y vi con espanto la desesperación pintada en aquellos rostros cadavéricos. Fortísimos lazos me unían con los desesperados enfermos de aquel asilo de la muerte; púseme, pues, á estudiar con verdadero ahínco cuál

sería la causa de que la muerte no saliese de aquellas estancias construídas para dar salud á los enfermos, y por fin hallé que la causa eran los médicos encargados de asistirles, todos egoístas, ignorantes, inhumanos, atentos siempre á su medro y no á la salud de tanto paciente desdichado. Palabras tenían muchas y muy bonitas; las obras eran muy feas, tanto como la muerte que en dicho hospital reinaba como señora absoluta.

Hallada la causa, busqué el remedio, y al fin dí con un médico notabilísimo que era todo abnegación é inteligencia para los enfermos que se le confiaban. Ponerse en sus manos era recobrar la salud. ¡Cuánto bien haría á mis queridos desahuciados del hospital de la muerte! A buen seguro que ésta huiría espantada, dejando paso á la vida en la enlutada vivienda de tantos cadáveres ambulantes.

Con el alma henchida de alegría presenté el médico á mis queridos enfermos.—Despedid á todos esos medicastros que os dejan morir, les dije, y confiaos á este que os salvará; porque su saber es grande y su celo por vosotros aun es mayor. Aquí donde tanto tiempo ha reinado la muerte, va á reinar la vida.

Esperaba yo que los desahuciados alabarían á Dios por tanta dicha... ¡Qué desengaño! A cajas destempladas me echaron de allí, colmándome de injurias, improperios, calumnias y amenazas, porque osaba proponer un salvador. Hechos á sus médicos homicidas, parecíales que en todo el mundo no podía haber uno bueno, uno que les sacase del hospital fatídico, y me tomaron por iluso, fatuo, mentecato, loco, negociante y traidor á los antiguos compromisos de amistad.

Tal vez mis lectores no sepan el nombre de aquel hospital. Se llama España; los enfermos son los sectarios de los partidos, cuyos jefes son los médicos, y el salvador ha recibido de los profetas el nombre de

Gran Monarca. La idea del Gran Monarca no ofende á nadie, pues todavía no se ha definido quién es el hombre, si favorable ó si contrario á tal ó cual partido ó á ninguno, si Carlos ó Ramón, Jaime ó Alfonso, fraile ó lego, sacristán ú obispo, corneta ó general.

Sin embargo, la mayoría de los desahuciados, de esos mismos que por *borreguismo* siguen á sus jefes ó rabadanes aunque no esperen de ellos la salud, al solo oir el nombre de Gran Monarca sublévanse como los enfermos del hospital de la muerte, ó bien exclaman frenéticos como los judíos. *¡Nolumus hunc regnare super nos!* «¡No queremos que ese reine sobre nosotros!» Y quien de ello les habla, pasa por fátuo, por iluso, loco y otras cosas peores.

¡No tenemos hombre! dicen doliéndose como el paralítico de la piscina; y cuando el Salvador se les presenta y dice que cojan su camastro y echen á andar, siguen tendidos burlándose de las intervenciones divinas en favor de los enfermos.

Hace menos de veinte años, apenas había un carlista instruído que no creyese firmemente en todas las profecías sobre el Gran Monarca; hoy á lo sumo, creen en *El hombre que se necesita*, y que sólo puede ser su jefe, así Dios les presente uno de cincuenta codos más de talla, cien veces de mejor cabeza y mil de mayor corazón. ¡O Don Carlos ó nadie!

Pero ¿quién os *aseguró* que D. Carlos *no puede ser* el Gran Monarca? ¿Es que Dios no tiene ya facultad para convertir las piedras en hijos de Abrahán? Queréis la salvación y acoceáis la idea salvadora... ¡Sois unos ignorantes desdichados!

De los demás, unos lo toman á broma, otros dudan, otros creen lo que les da la gana, la mayoría discurren como agudos *suístas*, y relativamente son pocos los que aceptan la idea por haberla estudiado. No es maravilla: esa fué siempre la suerte de los profetas y de sus profecías, por lo mismo que el orgullo humano

se aviene malamente con lo superior á nuestros mezquinos discursos y reprobables concupiscencias.

El mismo Profeta de los profetas, el mismo Dios humanado para alumbrar y redimir á los hombres, ¿cuántos creyentes tuvo mientras predicó su doctrina anunciando la Redención? Unos pocos, casi reducidos por último á sus Apóstoles, y aun de éstos uno le hizo traición, otro le negó, los demás le abandonaron en el momento del peligro, y hasta deespués de resucitado hubo un Tomás que no creyó.

El Gran Monarca, el Vice-Cristo, como le llama el P. Vieyra, **tiene que pasar por un trance semejante á este del Redentor,** no lo olviden nuestros lectores. *Tres años de doctrina deben ser coronados por una especie de crucifixión moral y por un general abandono, y luégo será el triunfo de la resurrección.*

Volvamos á las profecías, repitiendo conceptos ya expresados en otros capítulos. La Iglesia es perfección de la Sinagoga. Si los judíos tuvieron tantos profetas que con antelación de siglos anunciaron los sucesos religioso-políticos del pueblo de Dios, con más razón los han de tener los cristianos; y si muchos de aquellos profetas anunciaron acontecimientos de los siglos cristianos, con más motivo deben los profetas de estos siglos anunciar aquellos mismos y otros acontecimientos. *Porque es herejía decir que en la Iglesia no hay espíritu de profecía, y lo hay mayor que en la antigua Ley. Profetas hubo siempre, hay al presente y habrá hasta el fin del mundo.*

Ahora bien; después del Apocalipsis, ¿donde están las profecías de estos profetas, si no son principalmente las que nosotros hemos citado, todas más ó menos directamente aprobadas por la censura eclesiástica, y varias por la Iglesia en general?

Si hay otras, gran bien haría el que las descubriese; y si no hay otras, negar éstas es hacernos muy

inferiores á los judíos que las tuvieron en tan gran número; lo cual, repitámoslo, es blasfemo y herético.

(*Luz Católica*, núm. 121=29 Enero 1903).

El Gran Monarca por plebiscito.

Cosas hay que pasan por ser tradicionales y son verdaderas corruptelas. Hora es ya de hablar claro, amigos, hora de ser monárquicos tradicionalistas españoles y no franceses. Los Borbones importaron de su tierra costumbres de corte que los reyes de la casa de Austria conocían poco y los anteriores nada; costumbres, privilegios, regalías, cesarismos, honores, adulaciones, vicios y abusos tan grandes, que parecían querer convertir á los reyes en seres sobrehumanos, llovidos de un cielo tirano para dominar á los hombres, más bien que para regirlos y proveer al bien común. ¿Queréis pruebas? Leed las crónicas y os las darán á montones; leedlas y hallaréis agravados los cargos que á los reyes exageradores de sus derechos hace Dios mismo en el primer libro de los Reyes, cap. VIII.

Con sus hechos vinieron á decir los Borbones lo que el despótico Luís XIV dijo con hechos y palabras: *El Estado soy yo*. Y no sólo el Estado, sino la nación. No es el pueblo para el rey, sino el rey para el pueblo; pero ellos, en sus obras, casi siempre manifestaron entenderlo al revés. Considerábanse reyes por derecho divino; lo cual es una atrocidad, y estoy por decir que una herejía religiosa y un crimen social. La Autoridad real es de derecho divino; el ejercicio de ella no: la autoridad viene de Dios; el derecho de ejercerla viene del pueblo: es infalible doctrina católica.

El pueblo, por lo tanto, es el que tiene el derecho de confiar á una persona la Autoridad que de Dios procede; y una vez elegida la persona por elección actual, ó por elección virtual como en las monarquías hereditarias, esa persona, ese rey, no es un amo, no es

un señor, es un depositario, un rector, un juez, un padre, que debe anteponer siempre el bien común al bien particular de su persona ó familia. No obrando así, deja de ser rey y se convierte en tirano.

Primero es la Patria que el Rey, primero el derecho de ella sobre él que de él sobre ella. De ahí las Cortes tradicionales españolas, que limitaban el poder real y que los Borbones corrompieron. Esta doctrina, la católica, la tradicional en España, la que siempre defendí, es la que me hizo odioso en las esferas oficiales del carlismo, y lo celebro.

La casa de Borbón ha sido siempre enemiga de estas enseñanzas fundamentales. Abusó, tanto abusó, que Luís XIV y Luís XV fueron los que provocaron la Revolución en Francia, con sus excesos incalificables, y en España la provocaron Carlos III, Carlos IV y Fernando VII. «Después de nosotros el diluvio», decía á Luís XV su querida du Barry; y vino el diluvio, que no por ser de sangre dejó de ser lógico: los reyes sentaron las premisas.

Pues muchos de aquellos odiosos privilegios y despóticas costumbres pasan todavía por ser capítulos de Tradición. Es menester que los españoles abramos, en fin, los ojos y defendamos nuestros derechos de hombres, de cristianos y de españoles, obligando al rey, así sea el Gran Monarca, á gobernarnos como un padre y no como un señor. Désenos un Alfonso V de Aragón españolistamente modernizado, un rey como Aparisi Guijarro lo quería, no un resabiado del absolutismo opresor y engendrador de revoluciones.

Por ese rey han batallado siempre los buenos carlistas, por un rey que hasta los parlamentarios de buena fe, monárquicos ó republicanos, aceptarían de mil amores, cuánto más los integristas. Verdad es que el Integrismo, aparentemente, no es monárquico; su lema es: *Dios, Patria y Fueros;* y al parecer, le halaga más una república católica como la presidida en el

Ecuador por García Moreno, que una restauración monárquica.

Si este espíritu no fuera más aparente que real, el Integrismo no sería tradicionalista, porque el tradicionalismo es monárquico. Cierto que vale más una república católica que una monarquía mal fundada, y más un García Moreno que un César ó Rey señor; pero si el Integrismo viese la posibilidad de establecer una monarquía sólidamente cristiana, un Felipe II renovado, por ejemplo, el Integrismo sería su más decidido apoyo: luego, á pesar de las apariencias, el Integrismo es monárquico lo mismo que el carlismo auténticamente tradicionalista.

Pues bien; el rey que el Integrismo desea, el españolismo se lo ofrece: es el Gran Monarca. ¿Por qué no apoya la prensa integrista la idea del Gran Monorca, aceptada ya por centenares de íntegros, y no menos de carlistas que están en todo al lado de *Luz Católica?* No creo que deje de apoyarla por temor al qué dirán, ni por juzgarla destituída de fnndamento, pues para fundamento sobra el presente libro. Si yo no fuera tan insignificante, le pediría que se ocupara del asunto, y ayudaría á disipar dudas y sombras y á no tomar por cierto lo que no lo es.

Entretanto, y puesto que Integrismo, Carlismo auténtico y Españolismo expresan lo mismo y se dirigen á igual fin, declaro que así el Integrismo como el Carlismo auténtico, no el oficial, no el afrancesado, pueden «contar con el franco y decidido refuerzo del P. Corbató» (1), y esto que digo de ellos y á ellos, dígolo igualmente á los católicos separados de ellos en política.

Conviene insistir en que el Españolismo, con su espíritu de concordia y su Gran Monarca, es lazo de unión de todos los católicos. El españolismo no es

(1) Frase de un Sr. Cura Párroco á quien este artículo contesta.

partido; es el espíritu de los partidos genuinamente católicos. Por lo tanto, pone los derechos de la Patria inmediatamente después de los de Dios, es decir, antes que los de todo rey. Su lema es: *Dios, Patria y Derecho.*

Derecho capital de la Patria ó de la Nación es elegirse un rey que la gobierne como Dios manda, según arriba se ha dicho. En el presente estado de cosas, ¿qué rey es el que la Nación quiere? La mayoría de los católicos no quiere ya á D. Carlos; muchos católicos le quieren; otros se inclinan á D. Jaime; otros se quedan con D. Alfonso XIII; otros toman á cualquiera, y otros esperan al Gran Monarca. ¿Qué rey, pues, es el que la Nación quiere? ¿Qué rey puede decir hoy que tiene de su parte la voluntad de la Nación, para ejercer legítimamente la Autoridad? Ninguno.

Ahora bien; si mañana la tuviera uno de ellos, éste sería el legítimo, mientras no se ilegitimase por mal ejercicio, y los demás no tendrían derecho alguno á reclamar. Tampoco, por consiguiente, lo tendrían de impedir que la Nación tratase de ponerse de acuerdo para decidir quién debía ser su rey. Cuando en Occidente hay un cisma horroroso y tres ó cuatro pretenden ser Papas legítimos, la Iglesia se reune en Concilio y les obliga á renunciar, para elegir luégo al que más le convenga.

A eso debiéramos tender todos los católicos españoles; á eso debieran consagrar sus desvelos los que todavía acarician las armas. Si el mero triunfo de las armas de derecho, ya tenemos el derecho en el trono: por las armas vino. ¿Qién admite esto? Luego las armas no bastan; es menester la voluntad de la Nación, y el que no la admita se coloca fuera del derecho.

Parece, pues, que el único medio de arreglar las cosas es una regencia, de uno ó más hombres á la vez, que con unas Cortes legítimamente elegidas celebre una especie de plebiscito para elegir rey. Si D. Carlos

se lleva la mayoría, rey será D. Carlos, ó D. Jaime ó D. Alfonso si la llevan ellos; y á ese rey, impónganle las Cortes un buen código de leyes fundamentales que debe ser el primero en jurar y observar; leyes que corten para siempre los pasados abusos, y hagan del rey un verdadero padre del pueblo. Ese es el derecho de España, y eso quiere el Españolismo.

Las dificultades son terribles, lo sé, no por falta de derecho, sino por sobra de fuerza armada contra el derecho. Sin embargo, no deben arredrarse por esas dificultades los que no se arredran por una guerra civil.

No me hago ilusiones. Todo esto se quedará por ahora en pura teoría, y muchos se burlarán; pero lo que no sepan ó no quieran hacer los católicos, Dios lo hará, Dios lo hará pronto por medio de uno, sea quien quiera; y este uno, regentando el sumo poder, llevará á cabo el proyecto sobredicho, y él mismo será libremente elegido rey por la Nación; y este rey, llámese como se llame, será el Gran Nonarca: tal será el principio del Gran Monarca. Sé lo que digo: ni una palabra retracto.

(*Luz Católica*, núm. 42=18 Julio 1901).

Pero yo veo clarísimamente que las cosas vendrán como no se piensa y por personas en quienes no se piensa. Yo quiero ser de Dios antes que de los hombres; por lo cual, si conociera que D. Ramón Nocedal, D. Alfonso, ú otro cualquiera había de ser el Gran Monarca destinado por Dios á restablecer el orden, me declararía en seguida su primer soldado. Yo peco tan poco en apreciar mal á D. Carlos, como algunos suponen, que si el Gran Monarca hubiera de ser yo mismo, postraríame en presencia de mi Dios y le diría:

«Señor, por Don Carlos de Borbón y Austria y por su augusta Esposa os he ofrecido mi vida varias veces; Señor, ¿no podría mejor que yo responder D. Carlos

á vuestro llamamiento? Señor, llamad á él, llamadle, y muera yo olvidado de los hombres si es menester; llamadle pronto, Dios mío, y triunfe con él vuestra España y por España vuestra Iglesia».

Publico lo que tengo en el corazón; otras veces lo he publicado ya. Y es que mi patriotismo no es de partido, sino de Patria: soy español y españolista. Mi patriotismo españolista no es de hoy, no es tan nuevo como algunos quieren suponer. De niño lo defendí con las armas, batiéndome como un veterano; de estudiante lo acaricié en composiciones literarias; y si entonces y después he pronunciado un panagírico del Padre Granada, de San Vicente Ferrer ó de otros, el patriotismo de ellos me ha servido de tema, y jamás he olvidado el mío predicando de la Inmaculada Patrona de mi Patria. Es el alma de todos mis escritos: yo quiero ser santo, yo pido á Dios que me haga santo; pero no he de serlo como San Luis Gonzaga, sino como San Hermenegildo ó San Fernando: tengo afición á unir la cruz con la espada.

(*Luz Católica*, núm. 25=31 Marzo 1901).

II

El hombre providencial del carlismo.

¿Será Don Carlos el hombre?

¡Quantum mutatus ab illo! En la Comunión Tradicionalista no hubo un miembro, ni uno solo, que no creyese firmemente en la venida del Gran Monarca. Cierto que no todos admitían ese nombre; pero el nombre no hace la cosa: admitían lo sustancial; admitían á cierra ojos y con su sangre defendían el deseo nacional, la esperanza nacional en un Restaurador que debía traernos la paz y la ventura, y extender su imperio á los pueblos latinos de uno y otro continente, como el mismo D. Carlos nos ha dicho.

En efecto, pues, todos los carlistas se batían ó trabajaban por la venida del Gran Monarca, diéranle este nombre ú otro á su gusto. ¿Rechazará algún carlista, que no esté loco, el testimonio del inmortal Aparisi Guijarro? Pues he aquí lo que escribía Aparisi Guijarro:

«Llegaba á París con el corazón apretado y temeroso. ¡Si será D. Carlos el Rey que necesita España!... Dije en las Cortes: *Se espera al hombre; no se sabe cuándo vendrá, si antes ó después de la Revolución; pero se sabe que vendrá.* ¡Si será D. Carlos ese hombre!...

»Llegamos, por fin, á la Babilonia moderna, y eché pie á tierra, siempre pensando: ¿Si será D. Carlos el hombre...? Tan pronto como llegué fuí á buscarle... Me atrevo á saludar en D. Carlos de Borbón y de Este á la esperanza de España.

»España necesita un hombre de sólido entendimiento y de gran corazón, y este hombre necesita de la asistencia de Dios; porque nunca quizá hubo en ningún país empresa más temerosa que acometer, ni tampoco más alta gloria que ganar...

»Esto se va, todo esto se va; fijad la vista en el Congreso, en Madrid, en las provincias; ¿no estáis viendo como se va? Yo sé, ó creo saber, como esto que se va *podría durar algún tiempo para desdicha de España... (El Rey de España).*

»¿Cómo se forma la constitución íntima de un pueblo? Si me lo preguntáis, contesto: ¿Y qué se yo? ¿Cómo se forma la lengua de un pueblo? ¿Lo sabéis vosotros? ¿Cómo se forman los metales en las entrañas de los montes? De una semilla perceptible apenas, ¿en qué manera nace y crece un árbol robusto y hermoso que da sombra á la tierra, nido á las aves y frutos al hombre?

»Aquellas tengo por grandes Constituciones, cuyos padres no son conocidos: *vulgo concepta* ¿Quiénes hicieron tal Constitución? Los siglos. Buenos y grandes padres, de quienes nacen hijos largamente vivideros.

»No siempre son los siglos; á veces se levanta un hombre y constituye á un pueblo; pero este hombre no es como los demás hombres: á los ojos del pueblo aparece *predestinado.*

»Tiene *misión*, como el mismo Rousseau confiesa. Hay en su frente una aureola ante la cual el pueblo se inclina. Baja de la montaña entre relámpagos y truenos, y después de conversar con Dios, da á los hombres una ley que sobrevive á grandes imperios y á largos siglos.

»Lo que hace principalmente el hombre *predestinado,* si bien se considera, es fijar y realzar lo que ya vivía en las costumbres del pueblo; extirpar abusos, sin tocar á la cosa, como se podan las ramas secas ó el pimpollo vicioso del árbol sin herir su tronco; y levantar aquel pueblo y empujarle por los caminos ó á la empresa á que por sus condiciones naturales parece formado. De suerte que el gran legislador es un publicador y perfeccionador, en buena parte al menos, de la obra de los siglos.

»Un rey debe ser el hombre más honrado de su pueblo, como es el primer caballero; un rey debe gloriarse, además, con el título especial de *Padre de los pobres* y *Tutor de los débiles*... ¿Qué puede apetecer en el mundo un rey cristiano, sino el bien de su pueblo? *(Restauración)*».

Eso escribía Aparisi Guijarro, convencido más que nadie de la necesaria venida del Gran Restaurador que debe renovar la España; pero oprimido muy pronto por crueles desengaños, despedíase «*hasta la eternidad*» del hombre en quien cifró sus esperanzas, y poco después le escribía una exposición de queja con Navarro Villoslada, Canga Argüelles y Gabino

Tejado, en la que se leen párrafos que durarán tanto como la memoria de tan insignes carlistas.

«De seguir las cosas como van,—le decían entre otras cosas muy graves,—*la causa carlista, humanamente hablando, está perdida*; que algunos con leales intenciones, y de esto no dudamos, *la están desdichadamente perdiendo*; que la causa en sus manos *no tiene grandeza moral*: que la inclinación de muchos hombres, y aun de clases, que un tiempo se notaba hacia el campo carlista, se ha detenido, ó por hablar mejor, *ha retrocedido*; y sobre todo, que está apuntando una doctrina funesta con la cual nosotros no podemos transigir, porque *el cesarismo está condenado como lo está el liberalismo*, por la Iglesia, por la dignidad humana y por el sentido común.

»El partido carlista, Señor, no es sólo un partido político, es un partido católico, ha enlazado su causa con la del Catolicismo; recibe su fuerza del estandarte que lleva en sus manos. Por eso los carlistas estamos obligados á ser mejores, para honrar ese estandarte: obligados á obrar en todos casos con mayor justicia, con mayor prudencia, con mayor dignidad, con mayor decoro; porque si así no lo hiciéramos, no perjudicaríamos meramente derechos personales ó políticos, sino los grandes, los permanentes, los santos intereses de la Iglesia Católica.

»El criterio de todos nosotros, comenzando por V. M., no es preguutar é indagar *qué es lo que conviene al Rey*, sino preguntar é indagar *qué es lo que conviene á la Iglesia de Dios*».

El hombre que se necesita.

Uno de los firmantes de la sobredicha exposición, D. Francisco Navarro Villoslada, varón casi tan eminente como Aparisi Guijarro, publicó un artículo que se ha reimpreso millares de veces y que aun hoy los carlistas leen con entusiasmo. Palpita en él la idea patria, la idea del Restaurador futuro, del Gran Monarca, como dicen los Profetas, ó de *El hombre que se necesita*, como dice el autor del artículo. Helo aquí:

«¡No ha de haber un hombre que nos saque de la anarquía en que vivimos!

Tal es la exclamación que se escapa de todos los labios, que se oye en todas partes. ¡No ha de haber un hombre!...

Reparadlo bien: es una frase hecha y nadie altera sus tér-

minos ni su construcción gramatical; y cuando una frase sale de igual modo por todos los labios, señal es indefectible de que una idea predomina en todas las inteligencias, un sentimiento en todos los corazones.

Seguid reparando: se dice «un hombre» y no se dice «una mujer». La frase es construída de este modo: ¡No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía! Y es que cuando la necesidad apremia, cuando un pueblo necesita gobierno, todos somos monárquicos, todos, sin exceptuar siquiera los mismos republicanos, que usan el lenguaje común y apelan á la frase hecha por el pueblo y para el pueblo, construída por todos los entendimientos y por todos los labios repetida. ¡No ha de haber un hombre! ¡Oh fuerza de la necesidad! ¡Oh poder del instinto de salvación! ¡Oh poder!, permítasenos el decirlo, ¡oh poder del poder verdadero! Se necesita un hombre, porque el poder es uno; poder dividido no es poder.

Sigamos, pues, observando cómo en momentos críticos, en circunstancias angustiosas, no sólo somos todos monárquicos, los republicanos inclusive, sino que somos monárquicos puros. No hay nadie que en tales días se atreva á ser monárquico constitucional.

Y esta no es sutileza ni ingeniosidad, ni sofistería, no. Cuando por abundancia de corazón y dejando exhalar la voz de la conciencia, se dice: ¡No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía! suele añadirse por comentario de la frase: un hombre que nos haga entrar á todos en vereda, un hombre que nos ponga á todos una mordaza, un hombre que nos traiga el orden, auque para el orden eche mano de una vara de hierro. ¡No se necesita tanto! Suspiramos todos por un hombre que sea para toda la nación y no para uno ni dos ó tres partidos; un hombre que mande con justicia, que gobierne con la moral del Evangelio, que administre con el orden y armonía de un buen padre de familia.

España necesita un hombre que sea hijo de las entrañas de la Patria, que tenga los sentimientos hidalgos y generosos del pueblo español; su ardiente fe, su valor caballeresco, su constancia tradicional.

Se necesita un hombre que diga al padre de familia: «Tú eres el rey de tu casa»; y al Municipio: «Tú el rey de tu jurisdicción»; y á la Diputación: «Tú la reina de la provincia»; y á las Cortes: «Yo soy el rey». Vengan aquí las clases todas de que se compone mi pueblo; venga el clero, la milicia, la nobleza, el comercio, la industria, y venga la clase más numerosa y necesitada de todas, ó mejor dicho, la clase de los pobres; vengan todos á exponer sus quejas, sus necesidades; pero tened entendido que aquí no mandan los sacerdotes, los

nobles, los militares, los abogados, los banqueros, los comerciantes, los industriales ni los jornaleros: el rey soy yo.

»Yo á la Iglesia le daré libertad y protegeré su independencia; yo no nombraré ningún obispo ni cura párroco; yo dejaré en libertad á toda Comunidad religiosa para que se establezca en donde quiera, con tal que no pida al Estado más que amparo y libertad.

»Yo daré libertad á la industria, á las artes, al comercio, á las ciencias y á las letras, libertad y protección á la propiedad; y á los pobres el pan del orden de las economías y del trabajo, que es su verdadera libertad.

»Abogado, á tus pleitos; no busques en los bancos del Congreso clientela, si no has sabido buscarla en el foro; médico, á tus enfermos; no vengas á matar con discursos políticos á los que puedes curar con tus recetas: escritorzuelo, á la escuela; aprende primero lo que te propones enseñar; empleado, á tu oficina, pues el Estado te paga para que sirvas á la nación, no para que medres en los bancos del Parlamento; y á trabajar todo el mundo, que la política está siendo la ley de los vagos y de la trampa.

»Yo reduciré á la tercera parte los empleos que hoy se pagan y reduciré la clase de cesantes con sueldo, empleando á todos sin distinción de colores políticos, por orden de antigüedad y manteniendo en su empleo á cuantos lo sirvan con inteligencia y probidad, aunque hayan sido progresistas, moderados, republicanos; yo reduciré asimismo los presupuestos y os daré el ejemplo de modestia para que gocéis el fruto de las economías. Yo pagaré las deudas que el liberalismo ha contraído y procuraré no contraerlas más.

»Yo me pondré á la cabeza del Ejército; yo llamaré á los sabios á mi país, las letras y las ciencias á mi palacio y los pobres á mi mesa.

»Yo lo perdonaré todo, lo olvidaré todo; quiero ser padre *antes que rey, mis brazos* primero se extenderán para abrazar que para mandar».

Este es el gobernante cristiano, este es el príncipe católico, este es el hombre que se necesita, el hombre que piden de lo íntimo del corazón cuantos en las angustias de una situación, cuyo origen quisiéramos olvidar y cuyos tormentos no quisiéramos ver, exclaman: ¡No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía!

¡Hombre ciertamente deseado! ¡Hombre verdaderamente popular! ¡Hombre exigido por el sufragio universal de lágrimas y sollozos universales! ¡Hombre libertador, que vale mucho más que liberal; pacificador, y, por lo tanto, enemigo de ese constitucionalismo, que es la guerra inevitable, esencial,

orgánica entre los que mandan y deben obedecer; guerra entre el Rey y el súbdito, guerra entre la nación y los partidos, guerra de los partidos entre sí, guerra sin tregua ni reposo, y cuyos gastos forman ese abismo sin fondo que se llama deuda perpetua.

No lo neguéis: vosotros, republicanos, cuando apeláis al *salus populi*, pedís un déspota; vosotros los progresistas, cuando enarboláis un palo, pedís un dictador; vosotros, unionistas, cuado esgrimís el látigo, llamáis á un amo; pero como vuestros labios están hechos al sentido liberal, no aciertan á modular el lenguaje cristiano. Os equivocáis; esos no son los sentimientos de vuestro corazón. Vuestro corazón, como el nuestro, como el de todo el pueblo español, pide, no un amo, ni un déspota, ni un dictador: pide un rey, un rey que reine y gobierne, un pacificador, un libertador, un príncipe cristiano.

El rey que sepa serlo, que gobierne con derecho, con justicia, con moralidad, con equidad y sin agobiar á los pueblos bajo la losa de tantos y tantos impuestos, ese tiene ya en su favor la popularidad más augusta, sufragio irresistible, y en este concepto el único sufragio soberano.

Tal es el hombre que se necesita».

Palabras y burlas.

Pues ese hombre del programa y de la historia carlistas, de las previsiones y esperanzas carlistas, de los sacrificios y de la sangre carlistas, de la fe y la constancia carlistas, ese hombre que no sólo es el deseado de los carlistas, sino de todo buen español, vendrá tal como lo pide el instinto nacional, tal como los carlistas lo defendimos cuando todos militábamos en un solo campo. Vendrá, sí, y si algún carlista lo duda, pregunte á Mella qué opina sobre el caso, y Mella, no pudiendo menos de ser sincero, le responderá que la esperanza en el hombre providencial, en el *predestinado*, que diría Aparisi, es el alma de sus brillantes discursos, y señaladamente lo fué de los que poco ha fué pronunciando por Cataluña, después de aquel su fracaso en Barcelona, que terminantemente y más de una vez predijo *Luz Católica*.

Pero Mella conoce bien las cualidades personales

de ciertos hombres, para no caer en las ilusiones de muchos que las juzgan llovidas del cielo. Mella sabe que el hombre viene; pero se guarda de pronunciar su nombre en público. Tiene fe en la Providencia, mas no en que tal ó cual hombre sea el enviado de la Providencia. Si la tuviera, Mella cometería una falta grave al omitir tan de intento el nombre en sus discursos, que sólo para su vanagloria servirían si no sirviesen para confirmar la verdad ó deshacer el error acerca de un punto en torno del que tanto gira.

Mella cree en el hombre; pero ¿quién es el hombre en opinión de Mella? Hubo tiempo en que este eminente orador aspiraba á ser general, ó por lo menos á iniciar algún movimiento poniéndose al frente de alguna partida, cosa que de su propia boca saben muchos y que probó hasta la evidencia el plan de levantamiento establecido por él con Soliva y otros. Luego Mella tenía fe en el hombre que ha de venir...

No tenemos nosotros tanta en sus facultades militares. En cuanto á otras, voz común es en Cataluña que Mella es hombre de mucha palabra y de no tanta acción; ingenio prodigioso y voluntad flaca; en fin, un eminente indolente, que es el mal de muchas eminencias del día. Pues los discursos son hoy como los truenos sin agua; mucho ruido y ningún fruto; y ese es, ni más ni menos, el fruto cosehado por Mella de sus grandes discursos en Cataluña, á no ser un pequeño aumento en las listas de *El Correo Catalán*, procedente de carlistas desengañados, y vueltos á engañar, no por Mella, sino por los *suscripcioneros*, con ocasión de Mella. Y el que lo dude, indáguelo en Cataluña y sabrá que decimos mucha verdad.

Pero, en fin, aunque hoy son menester hombres de acción, de voluntad, de energía, y no sólo hombres de inteligencia y de palabra, á Mella nadie le quita su mérito de orador extraordinario. Nosotros no le hemos escatimado nunca los elogios, testigo *Luz Católica*.

Sin embargo. conocemos á Mella bien, muy bien, y de ahí es que jamás pudimos resolvernos á enviarle ni un solo número de aquellos en que tanto le defendimos y alabamos. Decíamos lo que nos inspibaba nuestro amor á la justicia, sin cuidarnos para nada de ser gratos á la persona. Lo mismo hicimos con el Marqués de Cerralbo y otros.

Nos desviábamos del tema. Volvamos á preguntar: ¿quién es el hombre en opinión de Mella? No creemos que él mismo se tenga por el hombre de las profecías, aunque tanto lo puede ser él como otro; mas ya hay quien le ha tomado por tal, y es un órgano del carlismo oficial ese que niega toda profecía si la publicamos nosotros y la acoge y destroza con gran celo cuando puede traerla por los cabellos en bien de casa. He aquí lo que decía *El Combate* á 11 de Julio del corriente año 1903:

«Registrando hace algunos años las obras, datos y apuntes de un hombre que adquirió celebridad europea, que pasó por el mundo circundado con la aureola de taumaturgo y que se llamaba á sí mismo el ángel del Apocalipsis, encontramos felizmente un texto interesantísimo, que encierra una profecía acerca de la salvación de España.

Ese texto es un vaticinio de S. Vicente Ferrer, texto que está esperando un hecho para interpretarle conforme á la intención del vidente y á la más rigurosa exactitud histórica. Dice así:

«Y TÚ, BARCELONA, ÁNDATE CON CUIDADO EN EL COMER, EN EL VESTIR, HASTA TOMAR UNA DETERMINACIÓN. TU PRÍNCIPE ¡AY, AY! HABRÁ UNA SEÑAL Y LOS HOMBRES NO LA CONOCERÁN».

Según el texto, Barcelona ha de dar el santo y seña para la gran restauración. El príncipe pasará, al fin, por una serie de males expresados por las palabras ¡ay, ay! reveladoras, en el lenguaje profético, de graves é inminentes descalabros. En Barcelona, pues, aparecerá la señal que no han de conocer los hombres, esto es, á que no han dar importancia, porque pasará á los ojos de los enemigos de la Religón y del Trono como un suceso ordinario y sin trascendecia. . . . .

. . . .

El autor de estas líneas ha creído entrever la probable relación que intercede entre el anuncio profético de S. Vicente

Ferrer y el oportuno y elocuenre llamamiento que Barcelona ha escuchado de labios de un hombre, que, acaso, viva en la escasez, despreciando las solicitaciones de una posición brillante, y que con voz autorizada, como la del genio, cubierto con la aureola de una grandeza moral, ha revelado con tono apocalíptico la proximidad de la catástrofe, dando la señal de alarma que hará resonar bien pronto en todas las regiones españolas.

Cierto que Barcelona no ha tomado todavía la determinación vaticinada por S. Vicente, que la cuestión económica y foral no son más que preliminares y pasos con que debe andar cautelosa en el *comer y en el vestir*, pero no es menos cierto que esas vueltas y revueltas que lleva la cuestión catalana, pasarán al fin á convertirse en *una gran determinación*.

En ese sentido, la cuestión catalana es un problena, si las calles de Barcelona son todos los días el teatro de grandes luchas por *el comer y por el vestir;* si nadie ignora que con tantos trojes de rencores hacinados y con el calor de las disputas puede saltar la chispa, y que por otra parte, un *¡ay!* á manera de fatídico conjuro ondula en derredor de las instituciones, ¿será inverosímil, ante el criterio cristiano, ante la idea de la Providencia, que la señal de la restauración haya aparecido ya y que el insigne Mella, cuyo viaje á Barcelona, más bien que por voluntad propia, ha sido porque Dios lo ha ordenado así, sea el hombre destinado de un modo inconsciente á revelar la señal precursora de la restauración y que, según ha prometido, visitará las regiones de la Península?

Si así es, el triunfo está cerca y será ineludible porque es un anuncio del cielo; si no es así, redoblemos las energías para recorrer, á paso acelerado, la distancia que nos separa de la *gran determinación*».

¡Cuán poca aprensión y cuánta pedantería hay en estos párrafos!

Maltrátase aquí la profecía, truncándola y falsificándola como cualquier profano entremetido pudiera hacer: compárese con el texto fiel que hemos puesto en el capítulo I, art. III; y por si fuera poco, no pasa de decir en deshonor del Profeta, que «*se llamaba á sí mismo* Angel del Apocalipsis», cosa que no suena muy bien que digamos. La Iglesia misma le da ese título que él tomó por orden del cielo, confirmándolo con uno de los mayores milagros.

Dice también que halló la profecía «registrando las

obras» de San Vicente, y respondemos que no se halla tal profecía en sus obras, por lo menos en la edición latina de Augsburgo (1729) que nosotros poseemos. Sin embargo, nos causa mucha alegría el ver esta profecía admitida por el carlismo oficial: ya no podrá rechazarla en adelante. Aténgase, pues, á ella, y los sucesos le dirán pronto que el Carlos de tanta fe á quien ella alude es un Carlos desconocido aún en cuanto tal. La *señal* que anuncia está muy lejos de ser la soñada por *El Combate*, aunque ya se dió en parte y no ha sido conocida; y la gran determinación es muy otra de la que el colega afirma; y en fin, yerra en todo, de la cruz á la fecha.

¿Me pide pruebas? Tómese tantas como él da: cero. Dígole, sí, que de aquí á poco no hay mucho, y que Dios le pague el beneficio que hace á los carlistas con adoptar profecías de que los más de ellos reniegan.

A todo esto, queda Mella convertido en hombre anunciado por los Profetas hace quinientos años; pero no conocemos aún su opinión respecto de la personalidad del Gran Monarca. Vamos á descubrirla; y en prueba de la verdad de nuestra revelación, no invocaremos el testimonio de los que en varios lugares y ocasiones han oído lo que sobre esto dice Mella, sino el testimonio de los Reverendos PP. Benedictinos de Monserrat, en donde se dijo lo que se va á leer.

Háblase de política, de religión, de muchas cosas, y por fin, del Gran Monarca.

MELLA.—¿Quién opinan ustedes que es el Gran Monarca?

UN MONJE.—D. Carlos de Borbón; ¿quién ha de ser?

OTROS.—Conformes: no puede ser otro.

MELLA.—Están ustedes equivocados, puesto que el Gran Monarca debe ser sacerdote, perseguido, etc.

LOS PP.—¿Sacerdote?

MELLA, con socarronería.—Pues, sí, sacerdote, y

ese sacerdote es el P. José Domingo María Corbató, que para probar su misión publica una revista.

Uno.—¿Ha leído V. alguna vez esa revista, que ya no se publica como V. supone?

Mella.—No señor; pero me han dicho algo.

El uno.—Pues yo la he leído y veo que la burla de V. es injusta.

Nosotros.—Más injusta es la ingratitud del señor Mella con nosotros; pero de todos modos, le damos de buen grado nuestro permiso para que, respecto de nosotros, falle en lo que no leyó nunca; y si le parece poco, se lo damos también para que pida un lugar en el número de los antediluvianos que se burlaban de Noé.

En medio de todo, resulta una nota que nos conviene señalar, y es que en la conciencia de los carlistas se mantiene la fe en el Gran Monarca, por mucho que lo nieguen cuando les parece oportuno. Por lo demás, muy poca cosa nos ha de parecer la burla del Sr. Mella, para tomársela en cuenta, cuando estamos acostumbrados á que algún periódico del carlismo oficial trate de deshonrarnos con calumnias en todo género de lujurias expresadas con toda la desvergüenza del lenguaje de lupanar, y hasta anuncien el casamiento del P. Corbató-Gran Monarca con una señorita, cuyo nombre y señas dan y cuya mano dicen que él pidió hace ya mucho tiempo.

Es más; si pidiéramos justicia, en presidio estaría uno de esos descarados calumniadores, que de acuerdo con ellos osó imitar nuestra forma de letra y usurpar nuestra firma y rúbrica en una carta dirigida por él al director de un periódico, amigo nuestro, á quien invitaba al casamiento que íbamos á celebrar, en cuanto Gran Monarca, con la misma señorita, cuyo nombre, apellidos y señas expresaba. ¡Cuánto repugna tener que dar cuenta de estas cosas!

Esos son los argumentos que se nos oponen; y

cuando no, declárannos loco, visionario ó maniático, y quédanse tan frescos como si hubieran puesto en juego toda la lógica de Aristóteles, y sin pasar por el confesionario se van á comulgar ó tal vez á celebrar misa. Decimos lo que sabemos.

Búrlense, calumnien, rabien y pataleen, que nosotros no hemos de cejar. Ellos creen en el Gran Monarca por más que finjan; sólo que el Gran Monarca ha de ser D. Carlos, de tal modo, que ni Dios puede nombrar otro.

No dirán esa blasfemia expresa; pero implícita la dicen á cada paso. Y nosotros no negamos que Don Carlos puede ser el hombre; pero nos atenemos á los Profetas y á algo más que sabemos y no revelaremos mientras no sea hora. Todo lo que *por ahora* podamos decir, dicho será en la obra *Revelación de un Secreto*.

III

Nuestro candidato.

Falta un hombre.

No nos damos por satisfechos con los testimonios alegados acerca de *el hombre que se necesita*. Millares pudiéramos añadir; pero añadiremos sólo dos ó tres por brevedad.

El Correo Español, que un día llegó á clamar por la venida aunque fuese de un monje, de un Pedro el Ermitaño, para que nos salvase, muchas veces ha repetido en sustancia la misma idea. A 22 de Abril último, decía:

«Queremos llamar la atención sobre un hecho tan evidente y notorio, que no habrá nadie que lo ponga en duda: sobre el hecho de que no hay español, pertenezca á la izquierda ó la derecha, sea republicano ó dinástico, que deje de cifrar sus esperanzas en un hombre.

De ello tenemos pruebas todos los días. Basta que monte á caballo quien en buena cuenta no tiene otro destino que el de cabalgar sobre la lista civil para que se echen á vuelo las campanas dinásticas; basta que Canalejas haga un alto en el camino de sus mariposeos y dé señales de no haber perdido del todo el *carácter y las convicciones para que se le mire*, aun lamentando sus extravíos y sus errores, con respetuosa simpatía; basta que Salmerón, aun perpetrando una arbitrariedad, demuestre que quiere, no ya reinar, sino gobernar también á los republicanos, é imponerles su criterio, aunque sea empleando la camisa de fuerza ó el garrote del loquero, para que sus revolucionarios amigos exclamen: ¡Ese es el hombre!

Y el secreto de la acogida benévola y aun de la simpatía que despertó el advenimiento de los conservadores, no fué debido á otra cosa que á la creencia, bien errónea por cierto, de que en el Gabinete que formaron había, por lo menos, un hombre, un carácter, una voluntad, Maura: y *el secreto de las*

desilusiones, la causa del rápido descrédito de ese y de otros ministros, no ha sido otra que la de haber visto todos, aun los más ciegos, que los que diputaron por «hombres», por caracteres enérgicos y varoniles, por personas de convicciones y de voluntad, eran grandes retóricos y grandes sofistas.

Sí, seguimos todos, blancos y negros, suspirando por un hombre, ansiando el advenimiento ó el triunfo de un hombre. Es que, pese á todos los profetas de desgracias y á todos los que entienden que el mal se halla en la médula, en el país, en el pueblo mismo, en la masa gobernada, y no, como creemos nosotros, en la misérrima clase gobernante, es general la convicción de que para regenerarnos y fortalecernos bastaría el propósito firme y la voluntad decidida, no de un hombre sabio, sino de un hombre de bien colocado en las alturas, y que, ó nos salvaremos así, ó no nos salvaremos de ninguna manera.

Nosotros abrigamos esta convicción, y estamos seguros de que la hemos de ver realizada. La aspiración del pueblo es unánime; más pronto ó más tarde veremos al «hombre» que esperamos en las alturas del Poder, y entonces se iniciará el camino de nuestra redención. Estamos á oscuras y andando á tientas; la luz se hará; pero vendrá como siempre, de arriba».

No diríamos más nosotros. En verdad, nunca las naciones se han salvado sin la dirección de una persona moral ó física, enemiga de partidos y camarillas. Cuando el destrozo haga surgir esa persona y enarbole ella la bandera de Cristo, todos los buenos le aclamarán. Rey, general ó simple caudillo, poco importa con tal que aparezca; mas aun que fuera Rey, siendo un Rey según el corazón de Dios, ni los integristas, ni los buenos carlistas, ni ningún buen católico y español dejaría de aclamarle, fuese quien fuese este Rey.

Y para que vean nuestros lectores, si por ventura no está bastante expresado, qué cualidades pedimos á nuestro candidato, vamos á copiar lo siguiente del mismo periódico carlista, y de otro, subscribiendo:

«La Iglesia, hoy tan calumniada y perseguida, coronaba por decirlo así, la imponente grandiosidad del suceso (coronación del rey), ungiendo al monarca y bendiciéndole para demostrar al pueblo que su potestad venía de Dios. Es digna de recordarse, tomándola del *Pontifical Romano*, *De benedictione et coronatione regis*, la fórmula que empleaba en tan her-

mosa ceremonia; y ella sola basta para discenir la clase de alianza que podía hacer con el despotismo, una de las acusaciones más vulgares de sus detractores. Dice así el ritual:

«Lo que hay de más augusto entre los mortales es la dignidad real; pero está llena de peligros, de fatigas y de solicitud. Toda potestad procede de Dios, por quien los reyes reinan y por quien los legisladores definen el derecho; por consiguiente, tendréis que dar cuenta á Dios del rebaño que se os confía. Ante todo, debéis tener piedad y servir á Dios vuestro Señor con toda vuestra alma y con un corazón puro. Debéis confesar en su integridad y hasta el fin, y defender con todas vuestras fuerzas contra sus enemigos á la Religión cristiana y á la fe católica, que habéis conocido desde vuestra infancia.

»Mantened con firmeza para todo el mundo la justicia, sin la que ninguna sociedad puede durar, y distribuid á los buenos la recompensa y á los malos el castigo á que se hayan hecho acreedores. Protejed á las viudas y á los huérfanos, á los pobres y á los débiles contra toda opresión. Mostraos benigno, dulce y afable, como conviene á vuestra dignidad real, con los que desean acercarse á vos. Desempeñad de tal modo vuestro cargo, que se vea que *gobernáis*, no por interés propio, sino por el de todo el pueblo, y esperad la recompensa de vuestras buenas obras, no en la tierra, sino en el Cielo».—*(El Correo Español,* 12 de Noviembre de 1901).

«Queremos Rey y Rey legítimo, dice otro periódico carlista. Y le queremos porque lo es por nombramiento expreso de nuestras Constituciones. No somos fanáticos de un hombre; lo somos, empero, de la ley. Y á este rey legítimo que las leyes llaman, y el pueblo quiere, querémosle más bien administrador que autócrata voluntarioso; querémosle, como dicen las memorias de Carlos VII, criado de la Patria, súbdito de la Ley é hijo obediente de la Iglesia y de Dios. Queremos un Rey cristianamente demócrata, que señale la Historia con el nombre de *Padre de los Pobres y Rey de los obreros;* queremos, en fin, que el Rey cumpla la voluntad nacional, libremente manifestada en Cortes modelo y que, aun en lo menos importante, haya de pedir Consejo á varones sabios y justos»—*(El Cañón*, 19 de Octubre de 1901).

«Faltos de fe, pero con sobra de sagacidad y maña y guiados sólo por la adulación para encumbrarse, engañan á sus jefes y á su Rey. Sumiendo á la comunión en los fangos de la esterilidad y de las discordias, quieren más bien un Rey César qne un Rey católico y una monarquía veramente tradicional, en la cual el Rey tiene deberes que cumplir para con las regiones y éstas con el Rey; no al monarca que soñó el

insigne Aparisi y Guijarro, sino al Rey juguete de sus caprichos y despotismos; no el estandarte que recogiera Pelayo de la rota del Guadalete y alzara airado, con su potente brazo, en los riscos de Covadonga, fiando en Dios y en la Santa Virgen; empuñándolo en aquella lucha que acabará, al entrar triunfantes Isabel y Fernando en la Alhambra de Granada; sino al estandarte de las personas, y siempre y sólo de las personas».—(*El Cañón*, 16 de Noviembre de 1901).

Aquel es el príncipe de que España necesita; el contrario del que los «carlistas oficiales» quieren: sólo un príncipe que reuna aquellas cualidades puede humanamente salvarnos, y sólo él nos salvará en nombre de Cristo».

El ejército de la Cruz á los modernos corintios.

(Pasajes del Apóstol que no sólo deben ser leídos, sino meditados, fijando mucho la atención en algunas frases).

«No sentenciéis prematuramente; esperad que venga el Señor, el cual sacará á plena luz lo que está envuelto en tinieblas y descubrirá las intenciones íntimas, y entonces cada uno recibirá de Dios su premio...

«No os entonéis uno contra otro á favor de un tercero, dándole más atribuciones de las que están escritas; porque, ¿quién es el que te hace sobresalir entre los otros? ¿qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si todo lo bueno que tienes recibiste, ¿de qué te jactas como si no lo hubieses recibido? Ya estáis satisfechos, ya sois ricos; reináis sin nosotros, y plegue á Dios que, en efecto, reinéis para que así nosotros reinemos también con vosotros.

«Sin embargo, tengo para mí que Dios nos trata, á nosotros sus apóstoles, como á hombres los más viles, como á condenados á muerte, haciéndonos servir de espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres. Así es que nosotros pasamos por necios, por amor de Cristo, y vosotros por prudentes en Cristo;

nosotros por flacos, vosotros por fuertes; vosotros sois honrados, nosotros viles y despreciados.

«Hasta la hora presente hemos venido sufriendo hambre, sed, desnudez, malos tratamientos, y no tenemos donde fijar nuestro domicilio. Y nos afanamos trabajando con nuestras propias manos; y nos maldicen, y nosotros bendecimos; y nos persiguen, y sufrimos con paciencia la persecución; y se blasfema de nosotros, y oramos; somos, en fin, tratados como hez del mundo, como la escoria de todos.

«No os escribo estas cosas porque quiera sonrojaros, sino que os amonesto como á hijos míos muy queridos; porque aun cuando tengáis diez mil pedagogos en Jesucristo, no tenéis muchos padres». (*I cor., IV, 5-15*).

«Por lo cual, teniendo esta misión que la divina misericordia nos ha confiado, no decaemos de ánimo, antes bien ninguna cuenta hacemos de las ocultas infamias de los falsos hermanos; no procediendo con artificio ni alterando la palabra de Dios, sino recomendándonos nosotros mismos, por la manifestación de la verdad, á las conciencias de todos aquellos que amen á Dios.

«Así, pues, si nuestro evangelio está todavía cubierto de obscuridad, lo está solamente para los que se pierden, para esos incrédulos cuyos entendimientos ha cegado el dios de este siglo, á fin de que no sean alumbrados por la luz de la predicación de la gloria de Cristo, que es Imagen de Dios.

«No nos predicamos á nosotros mismos, sino que predicamos á Jesucristo Señor nuestro, poniéndonos á vuestro servicio por su amor. Porque el mismo Dios que mandó á las tinieblas producir la luz, ha hecho brillar su claridad en nuestros corazones para que propaguemos la ciencia de la divina verdad, según resplandece en Jesucristo.

«Mas somos pecadores, llevamos este gran tesoro

en vasos de barro, por donde se ve que la grandeza de nuestras obras es de Dios y no nuestra. Nos acosa toda suerte de tribulaciones, mas no por eso desfallecemos; nos cercan grandes apuros, mas en todos somos auxiliados; somos perseguidos, mas no desamparados; somos abatidos, mas no perecemos; llevando siempre la mortificación de Jesús en nuestros cuerpos, para que hasta en ellos se manifieste la vida de Jesús. Porque nosotros, los que vivimos verdadera vida, nos ofrecemos contínuamente á la muerte por Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal...

«Por lo cual no desmayamos, antes bien, aunque el hombre exterior decaiga, el interior se rejuvenece cada día; porque las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria, y así no ponemos nosotros la mira en las cosas visibles, sino en las invisibles, pues las que se ven son transitorias y las que no se ven son eternas». *(II Cor., IV. 1-18).*

(*Luz Católica*, núm. 63=12 Diciembre 1901).

IV

Epifanistas y Macabeos.

A la muerte por la Causa.

Estamos dando un grave escándalo de discordia, cuando la unión se va haciendo más necesaria. ¿Soy yo quien doy el escándalo? ¿Son mis amigos vidriosos? Por los frutos se conoce el árbol: mírense las obras de cada uno... Si mi pasado no basta, *esperad un cercano porvenir, y veréis desde el seno de vuestra paz comodona á qué nuevas y grandes tribulaciones me sujeta mi amor á la Religión, á España y al Rey que España necesita.*

Por los frutos, sí; mírense las obras de cada uno... ¿Cúyas son las mejores al presente? Fácil es averiguarlo, si todos buscamos la verdad como decimos. Yo he pedido pública y solemnemente á la Reina celestial de las Españas que interceda para que Dios me quite la vida, si con esta mi tenacidad de juicio soy perjudicial á la Causa de las Tradiciones católicas y españolas.

En verdad, esto que hago no es sacrificio, porque llega á perder todo apego á la vida quien, como yo, ha visto convertir por altos y por bajos sus desgracias en pecados, sus ignorancias en malicias, sus luces en traiciones, su amor á la verdad en motivo de grandes calumnias, y ha padecido y padece lo que Dios quiera no padezcan jamás los *amigos* esos que así me tratan.

De todas suertes, ofrecida está mi vida: ofrézcanla también esos que se escandalizan de mí; pidan á Dios

que les dé su gracia y les mate si no van bien... ¿No se atreven? Pues están juzgados.

Veamos si se atreven á otra cosa. Renovemos el sacrificio de aquellos siete hermanos que con su madre murieron mártires bajo el furor de Antíoco, ofreciendo á Dios sus vidas por su Ley y por su Patria, con lo cual el Señor se mostró propicio y el ejército de los Macabeos triunfó de todos los tiranos.

Ofrezcamos también nosotros nuestras vidas por Dios, por la Patria y por el Rey predestinado. Si pensáis que esto será morir sin gloria ante los hombres como héroes obscuros ó anónimos, pensad que así la gloria será mayor ante Dios. Haga, haga cada uno el sacrificio de su vida, diciendo:

«Señor, si mi inútil vida puede satisfacer en algo á vuestra justicia, tomadla cuando os plazca. Vuestra es; pero en cuanto habéis querido que también me pertenezca, yo os la entrego desde ahora, ofreciéndome á morir por el triunfo de la Religión, por el bien de mi Patria, por el pronto advenimiento del Rey á quien confiéis la salvación de España. Muera yo hoy mismo, Señor, si muriendo puedo contribuir á este bién común; muera yo y sálvense del mal mis conciudadanos».

Ea, amigos, pedid esto á Dios, pedidlo públicamente, si sólo por el bien común y no por los intereses de un partido personal trabajáis como decís: pedidlo y daréis una prueba elocuentísima de patriotismo y sinceridad. ¿No os atrevéis? Yo sí, yo lo he pedido ya hace tiempo, yo lo vuelvo á pedir ahora, yo renuevo á mi Dios el sacrificio de mi vida, no sin pedirle perdón de mis pecados. ¿Hay quien me siga? Declare su nombre y lo publicaré para que sirva de ejemplo.

A grandes males, grandes remedios: opongamos al positivismo brutal de la época la abnegación de los hijos de Dios; confundamos el apego á la vida con el

desprendimiento de la vida, y España se salvará; yo os aseguro que se salvará, no por las artes de la política ni de la guerra, sino por la abnegación de los que den su vida por la Causa patria.

Estos son los que en el torrente beben el agua con la mano, no de bruces; estos son los trescientos soldados del caudillo Gedeón, y bastan para vencer á Madián. Esperadlos; no tardarán en venir. ¿Quién es su Rey? Un Gedeón, el hombre de San Francisco de Paula y de mil Santos que proféticamente lo anunciaron. ¿Quién es este Gedeón, este hombre de los profetas? Dios nos lo dirá pronto. Por mi parte, repito lo siguiente:

«Si es D. Víctor, venga D. Víctor; si es D. Carlos, paso á D. Carlos».

No publicamos nuestra Revista en beneficio de partido político alguno; seguirá su camino aunque rabie el infierno, y si esto no se nos perdona, oraremos tranquilamente por los Sapricios, sin dejar de confesar nuestra fe hasta la muerte.

A decir verdad, sabemos que nos han de perdonar muy pocos, porque muchos tienen interés en que pasemos por enemigos suyos, y hasta de las profecías que publicamos se valen para afirmar que combatimos los derechos de esta ó aquella dinastía. ¿Podemos nosotros enmendar la plana á los profetas? Culpen á ellos, no á nosotros. Y pues dicen que, hablando del Gran Monarca, combatimos á este ó al otro príncipe ó rey, nosotros diremos que el Gran Monarca puede ser lo mismo un obscuro David que un D. Carlos de Borbón ó un D. Jaime. El que Dios quiera, ese será, pese á los planes y vanidades de los hombres. ¿Creen que es D. Carlos? Pues ó no tienen lógica, ó deben reconocer que, en ese caso, nosotros trabajamos por D. Carlos.

(*Luz Católica*, núm. 25=21 Marzo 1901).

Hágase la voluntad de Dios.

Este artículo es apéndice del anterior: dejo el *nos* grave por el franco *yo*, pues el *nos* me fatiga tanto como al inmortal maestro Aparisi Guijarro, y advierto que *epifanistas* es un mote que saco de Epifanes (el rey Antíoco), nombre griego que quiere decir *ilustre*. No es hora de declarar á quiénes llamo *Epifanistas* ó «ilustres»: *secretum meum mihi*... Digo solamente que á ellos se refiere esta primera parte, y que no aludo al Episcopado, ni al Carlismo, ni al Integrismo ó «Partido Católico Nacional», ni siquiera al alfonsismo. ¡Cosa rara! Bueno; pero ¿qué le vamos á hacer si es rara? Raro no es que haya epifanistas hoy como los hubo hace veintidós siglos. Léanse los libros de los Macabeos, y por los hechos de los epifanistas antiguos se vendrá en conocimiento de lo que pueden dar de sí los modernos.

Lo que han de dar de sí nos lo podrán contar en su día el Gran Papa y el Gran Rey de los Profetas. A uno y otro harán los epifanistas guerra encarnizada. Algo, pues, tendrán que padecer de esa guerra los que sigan á dichos dos personajes; algo también el que esto escribe, y tal vez mucho... Las tinieblas se espesan; del seno de la inmensa nube preñada de rayos y pedriscos, me parece ver salir un fantasma negro, negro como la muerte; compungido y devoto, devoto como Ananías y Safira; rodeado de luz blanca, blanca como las apariencias de la hipocresía; pálido de ira y henchido de ambición, con la Cruz en los pechos y el diablo en los hechos... No digamos más, no sea que lo descubramos antes de tiempo.

Por la parte que tocarme pueda en padecer la persecución del monstruo epifanista, publiqué y en el artículo precedente he repetido unas palabras que el lector habrá advertido. «*Esperad un cercano porve-*